

Yukio Mishima

Una vida en venta

Alianza editorial

Yukio Mishima

Una vida en venta

Traducido del japonés por Keiko Takahashi y Jordi Fibla

Alianza editorial

Índice

Tentaciones al leer a un Mishima inesperado

Una vida en venta

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12
- 13
- 14
- 15
- 16
- 17
- 18
- 19
- 20
- 21
- 22
- 23
- 24
- 25

26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54

Omnipotencia e impotencia de Yukio Mishima

Créditos

TENTACIONES AL LEER A UN MISHIMA
INESPERADO

CUANDO MISHIMA EMPEZABA a relacionarse, en la redacción de la revista *Ronsou* (Controversia), con un grupo de estudiantes contrarios a los activistas de izquierda que entonces dominaban en las universidades de Tokyo, les propuso un juramento por el que se comprometían a constituir la base del Japón imperial: «Juramos con el espíritu de auténticos hombres de Yamato alzarnos espada en mano contra cualquier amenaza a su cultura y a la continuidad histórica de nuestra patria». Tras redactar estas palabras, Mishima se hizo un corte en el meñique con un cortaplumas y pidió a los demás que le imitaran. Todos vertieron sangre de sus dedos en una taza, hasta llenarla. Entonces cada uno firmó el papel del juramento, mojando el pincel en la sangre. Algunos se marearon y uno tuvo que salir corriendo de la estancia para vomitar. Después de la firma, el escritor sugirió que se bebieran la sangre. Pidió que trajeran un salero, la sazonó y se llevó la taza a los labios para tomar un sorbo. Los estudiantes hicieron lo mismo. «Menuda pandilla de Dráculas estáis hechos», comentó Mishima al ver sus labios y dientes enrojecidos, y se echó a reír.

Poco después, en 1968, formaba con aquellos y otros estudiantes la organización *Tatenokai* (Sociedad del Escudo), un pequeño ejército privado cuyos miembros se adiestraban al pie del monte Fuji. El escritor se dedicaba a esa actividad, practicaba kendo y culturismo, y escribía. En ese año de 1968 publicó siete textos, entre narrativa y ensayos, sin contar con el himno de la organización que él mismo compuso. Uno de los textos fue la novela breve *Una vida en venta*, que apareció inicialmente por entregas, como es habitual en Japón, en la edición nipona de la revista *Playboy*.

Esta obra provoca diversas tentaciones. Por ejemplo, la de ver una conexión entre la repugnante escena en la redacción de *Ronsou* y el relato de vampirismo que Mishima incluye en la novela y del que tal vez la idea de beber la sangre sobrante, tras haberla utilizado como tinta, fuese la

inspiración. También resulta tentador interpretar como un desprecio de la crítica la imagen surrealista de los caracteres del periódico que se convierten en cucarachas. Por entonces Mishima estaba escribiendo la que sería su obra maestra, la tetralogía *El mar de la fertilidad*, y tenía sed de reconocimiento. El año anterior se había llevado una profunda decepción al no recibir el premio Nobel, según cuentan sus biógrafos. Ahora se lo habían concedido a Kawabata y, aunque se deshizo en elogios de su amigo y mentor galardonado, le comentó a un conocido que pasarían por lo menos diez años antes de que recayera en otro japonés. Evidentemente, él no tenía intención de vivir diez años más y soportar lo que el tiempo le hace a un cuerpo por mucho deporte y culturismo que practique.

La insatisfacción de Mishima con la crítica venía de lejos. Había llegado a la cima de su fama en 1956, cuando publicó *El Pabellón de Oro*. Al cabo de tres años, *La casa de Kyoko*, su novela más larga hasta la fecha, en la que trabajó durante un año y medio, algo insólito en él, y que, según el diario que llevó mientras la escribía, le había costado enormes esfuerzos, fue acogida unánimemente con frialdad por los mismos críticos que hasta entonces habían puesto su obra por las nubes. Todos consideraron la novela como el primer gran fracaso de Mishima.

Diez años después, cuando escribió este aparente divertimento que es *Una vida en venta*, la amargura por el desdén que mostraron incluso los críticos japoneses que él más valoraba hacia *La casa de Kyoko*, así como la no menos tibia recepción que dispensaron en 1963 a *El marino que perdió la gracia del mar*, que además tuvo una cifra de ventas modesta, señalando un claro declive de la popularidad de Mishima, podría haberle hecho imaginar esas cucarachas que son un travestismo de las frases de un periódico, tal vez en las páginas de la sección de cultura. Desde luego, la intención declarada de esa imagen es la de simbolizar la falta de sentido del mundo y la insignificancia de la vida, pero la tentación de suponer una sutil venganza de quienes negaron el pan y la sal a su libro más difícil, mientras que habían elogiado otros que, a su modo de ver, eran de calidad muy inferior, es demasiado fuerte. Hanio es un creador a su manera, un redactor publicitario de méritos reconocidos en su medio, como Mishima es un creador literario de fama mundial, y si uno veía la futilidad de la vida en los caracteres del periódico

convertidos en cucarachas, tal vez el otro viera en los repugnantes insectos la inanidad de los críticos que no le comprendían.

Una tercera tentación sería identificar a Hanio, el protagonista de la novela, con el autor, cosa que, en principio, no parece desencaminada, ya que Hanio tiene una obsesión con el suicidio que Mishima también tenía. No era lo mismo haber leído la obra cuando se publicó por entregas en *Playboy*, en 1968, que cuando se hizo la primera edición en forma de libro en 1998. Entre las dos fechas se intercaló el incidente que dejaría estupefacto tanto al mundo literario como a los japoneses que habían dejado muy atrás las aspiraciones imperialistas y para los que el *seppuku* era una reliquia que solo se veía en las películas de época. El suicidio ritual de Mishima sigue prestándose a diversas interpretaciones, la menos sólida de las cuales es la de que entre el genio y el loco no hay más que el espesor de una hoja de papel. En cualquier caso, es inevitable que su acto tiña de algún modo la lectura de cualquiera de sus obras y hasta induzca a establecer paralelismos que no lo son tanto.

Como aspirante a suicida, Hanio es todo lo contrario de Mishima. Este dejó bien claro en sus escritos, en sus declaraciones, en su película *Yuukoku* (Patriotismo), una representación milimétrica del *seppuku*, que consideraba el suicidio ritual japonés como la manera honorable de quitarse la vida. Contraponía el valiente *harakiri*, como se dice coloquialmente, al suicidio derrotista. Y un suicidio derrotista es lo que intenta Hanio cuando engulle el frasco de somníferos.

¿Cuál debió de ser la postura del autor respecto a su personaje? Yo diría que la del hombre anónimo que envía a Hanio una carta en respuesta a su anuncio de «Vida en venta», donde le dice que antes de la guerra se hablaba del «augusto pueblo japonés» pero que ahora ese pueblo vive en un mundo economicista. «El mundo dominado por el dinero todopoderoso siempre me ha indignado, pero la existencia de personas como tú hace que sea imposible evitar que la plutocracia se apodere de la vida.» Sin embargo, es posible que Hanio encarne también alguna faceta de su creador, aunque la radical incompatibilidad de sus respectivas ideas del suicidio los aleje en ese aspecto. En el diario que acompañó a la escritura de *La casa de Kyoko*, Mishima anotó: «Cuando desarrollo un personaje en una de mis novelas, a veces siento que está muy cercano a mi manera de pensar, pero otras veces lo alejo de mí

y hago que se desvíe y actúe como un ser independiente».

También siente uno la tentación de pensar que *Una vida en venta* podría ser un acto de exhibicionismo literario, una pequeña travesura por parte de un autor contradictorio que, pese a la ingente obra que produjo en pocos años, encontró tiempo para ejercer el narcisismo, como evidencian las películas de yakuzas en las que intervino o el álbum de fotos *Barakei*, publicado en España con el título *Muerto por las rosas* en 1966. Con *Una vida en venta*, parece como si se hubiera propuesto demostrar, con brevedad pero sin dejar margen a la duda, la capacidad que tenía de escribir sobre lo que se le antojara, por más que prefiriese atenerse a sus obsesiones, de desarrollar en muy pocas páginas una complicada trama en la que se entreveran una organización delictiva secreta y una red de espionaje, dotándola de ribetes cómicos, y ensamblarla con un relato de vampirismo a la japonesa, donde el móvil principal es la idea confuciana de la piedad filial, haciendo que el lector, seducido por el ritmo cinematográfico del relato, que transcurre en ambientes mórbidos y en ocasiones entre oníricos y surrealistas, una de esas intrigas retorcidas que incitan a devorar las páginas para ver en qué acaba todo, acepte de buen grado el inverosímil injerto.

Si en su vocación de suicida Hanio se aparta radicalmente de su creador, comparte con este una visión nihilista del Japón que, tras el periodo de posguerra, está a punto de alcanzar el llamado milagro económico. Le cuesta encontrar un sentido de identidad en un país que, a su modo de ver, ha dado la espalda a sus valores tradicionales para abrazar sin reservas los más prosaicos de las sociedades occidentales. El Japón que ven Hanio y Mishima es feo, lo es tanto en su paisaje urbano como en sus habitantes. La joven con la que Hanio traba conversación en un bar de ligue antes de ingerir el somnífero tiene, literalmente, la cara «aboniatada», el aliento del inspector de policía es fétido, los extranjeros despiden un efluvio dulzón y persistente que debe de ser su olor corporal, la anciana del hostel donde Hanio se refugia tras huir de Reiko, una mujer descortés y con demasiado blanco en los ojos, trae a la mente la figura de Celestina, el casero traza círculos con la lengua en el interior de la boca, «como si guardara un resto de comida en algún recoveco y lo rumiara para volver a saborearlo», el anciano que le ha hecho el primer encargo en su último encuentro se quita la dentadura postiza, con los restos

adheridos de los cacahuets que ha estado masticando, y se la enseña a Hanio. Por no hablar del repugnante método empleado para descifrar los telegramas codificados... pequeños detalles que se suman para dar la sensación de un mundo repulsivo y que son como bocetos de Grosz. En cuanto a la ciudad, la presenta como un nido de termes, aunque su juventud noctámbula más bien evoque el plancton de un mar abisal.

Arthur Miller, que admiraba a Mishima, decía de él que era surrealista y muy erótico, que creaba mitos enormes con una gran economía de medios y que sus novelas eran visiones comprimidas. Todo ello se encuentra en esta novela breve, donde «la sangre salía furtivamente por debajo del cuerpo como si lo hiciera con astucia, como si huyera aprovechándose de la confusión»; donde la esencia del suicidio que Mishima llamaba derrotista se expresa precisamente con una visión comprimida: «Ahora que le embargaba una agradable sensación de abandono a sus impulsos, no le apetecía levantarse para coger el paquete de tabaco que tenía delante de sus narices. Las ganas de fumar existían, pero levantarse para coger el tabaco que estaba fuera del alcance de su brazo extendido le parecía un trabajo tan pesado como empujar por detrás un coche averiado. Eso era el suicidio, en pocas palabras»; donde se dice que «tanto la vida como la política son más superficiales de lo que se cree. Claro que para poder pensar así hay que estar dispuesto a morir en cualquier momento. Es el deseo de vivir el que hace que uno lo vea todo complicado y misterioso». En cuanto al erotismo, aparte del «ejercicio» estratégico con Ruriko, es omnipresente pero contenido, expresado por detalles como una horquilla de pelo entre las sábanas o una mancha de sangre «en forma de pajarillo».

Si la edición de los años noventa tuvo una tibia acogida, esta vez una nueva generación de japoneses se ha dejado tentar por un Mishima inesperado, un autor al que mantenían a distancia, reacios a leerlo porque tenían la vaga idea de algo que Donald Keene ha explicado en uno de sus ensayos sobre él: «No vaciló en recurrir a ideogramas y vocablos poco usados cuando correspondían exactamente al matiz de significado que deseaba. Sus pensamientos y percepciones solían ser complejos en extremo. El uso de la lengua japonesa para una expresión intelectual en vez de emocional es un aspecto de su clasicismo». *Una vida en venta*,

engañosamente sencilla, contiene en pocas páginas la esencia de Mishima y, para sorpresa de muchos que lo tenían por uno de los huesos más duros de roer de la narrativa japonesa moderna, permite hacer algo que solo es posible con muy pocas de sus obras: leerla de un tirón.

JORDI FIBLA

Una vida en venta

CUANDO HANIO DESPERTÓ, la luz era tan intensa que creyó hallarse en el cielo. Sin embargo, persistía el dolor en la zona occipital, y no es posible que a uno le duela la cabeza en el cielo. Lo primero que reconoció fue el cristal pulimentado de una gran ventana desprovista de cualquier adorno en un entorno excesivamente blanco.

—Parece que se ha despertado —dijo alguien.

—Menos mal. Le he salvado la vida. Qué bien voy a sentirme durante todo el día pensando en ello.

Hanio se esforzó por alzar la cabeza y vio a una enfermera y un hombre rechoncho con uniforme de bombero.

—No, no se mueva —le dijo la enfermera, empujándole suavemente los hombros—. Todavía tiene que evitar los movimientos bruscos.

Entonces Hanio supo que había fracasado en su tentativa de suicidio. En el último tren de aquella noche había ingerido un puñado de píldoras para dormir. En realidad, se las tomó con agua de una fuente de la estación y entonces subió al tren.

Se tumbó en una hilera de asientos del vagón casi vacío, y ya no recordaba nada más.

SU ACTO SUICIDA NO HABÍA sido el resultado de profundas consideraciones, sino que el deseo de cometerlo se había apoderado de él repentinamente, aquella misma tarde, mientras leía un periódico del 29 de noviembre en la cafetería donde solía cenar. Deslizaba la vista por las noticias: «El empleado del Ministerio de Asuntos Exteriores era un espía. La redada ha tenido lugar en tres lugares, uno de ellos la Asociación de Amistad Sinojaponesa. Se anuncia un cambio definitivo en el cargo que ocupa McNamara. Tokyo

sumida en una neblina de contaminación, primera advertencia de este invierno. Petición de cadena perpetua para el atroz Aono, acusado de intentar la voladura del aeropuerto de Haneda. Un camión ha caído a la vía férrea, colisionando con un vagón. El trasplante de una válvula aórtica de un cadáver a una niña ha sido un éxito. Atraco en una sucursal de un banco de Kagoshima. El asaltante se ha llevado novecientos mil yenes». Todos ellos sucesos cotidianos que no tenían nada destacable. Ninguna de aquellas noticias había impresionado a Hanio. Entonces, de improviso, como si se le acabara de ocurrir que iba a irse de excursión, la idea del suicidio cruzó por su mente. Si insistiéramos en buscar el motivo de su acto, llegaríamos a la conclusión de que había intentado suicidarse porque no tenía ningún motivo para ello. No había sufrido un desengaño amoroso, y aunque lo hubiera sufrido, no era un hombre que se sintiera impulsado a suicidarse por eso. Tampoco tenía dificultades económicas. Era redactor de textos publicitarios. El anuncio del medicamento Sukkiri, de los laboratorios Goshiki, para trastornos estomacales era obra suya: «Sukkiri hakkiri korekkiri»¹. En el mundo publicitario se reconocían sus méritos, hasta el punto de que probablemente habría podido independizarse, pero él no tenía en absoluto esa intención. Trabajaba en la agencia Tokyo Ad y estaba satisfecho con el sueldo que le pagaban. Hasta el día anterior había sido un empleado de la mayor seriedad.

Pero sin duda la razón de su tentativa de suicidio tenía que ver con el momento en que hojeaba aquel periódico. Lo hacía desganadamente, repantigado en su asiento, y las páginas interiores se desprendieron de las que él sujetaba y cayeron al suelo bajo la mesa. Hanio debió de contemplar su caída como una serpiente perezosa que observara la muda de su piel. Se propuso recogerlas. Podría haberlas dejado en el suelo, pero probablemente pensó que las buenas maneras le exigían que las recogiese, o tal vez le hiciera decidirse algo más serio e importante, como el deseo de restablecer el orden en el mundo. No podemos saberlo.

La cuestión es que se agachó debajo de la mesa pequeña e inestable y extendió la mano. Entonces vio algo espantoso: encima de una de las hojas había una cucaracha inmóvil, pero en el instante en que movió la mano el insecto de color caoba lustroso huyó velozmente y se perdió, confundido con

los ideogramas impresos. A pesar del asco que sentía, Hanio tomó las hojas, dejó las que había estado leyendo sobre la mesa y se puso a leer las recogidas del suelo. Todos los ideogramas se transformaban en cucarachas. Cuando intentaba leerlos, huían mostrando sus oleosos lomos de un negro rojizo. De repente comprendió que era así como estaba hecho el mecanismo de la vida y, una vez lo supo, experimentó un irreprimible deseo de morir. Lo mismo que un buzón rojo en un día nevado, que queda muy bien con su gorro de nieve en la parte superior, desde aquel momento la muerte le sentó a la perfección.

Se sentía alegre sin saber por qué. Entró en una farmacia y compró el somnífero, pero pensó que sería una lástima tomarlo de inmediato. Entró en un cine, vio tres películas seguidas y, al salir, fue a pasar un rato en un bar de ligues al que iba en ocasiones. Una joven entrada en carnes y de aspecto inocente que no le despertaba el menor interés se sentó a su lado y él no supo qué hacer, aunque estaba deseando confesar que iba a suicidarse al cabo de un momento.

Empujó ligeramente con su codo el grueso codo de la joven. Ella, tras mirarle de soslayo, se movió perezosamente en la silla hacia él, como si estuviera haciendo un esfuerzo extraordinario. Entonces contrajo la cara aboniatada y se echó a reír.

—Buenas noches —le dijo Hanio.

—Buenas noches.

—Eres muy guapa, ¿sabes?

—Ja, ja.

—¿Imaginas lo que voy a decirte ahora?

—Ja, ja.

—No te lo imaginas, ¿eh?

—Bueno, algo sí que puedo imaginar.

—Esta misma noche voy a suicidarme.

En vez de mostrarse sorprendida, la joven soltó una carcajada. Se metió en la boca un trozo de *surume*² y lo masticó mientras se reía. El olor del *surume* asaltó el olfato de Hanio.

En aquel momento se les acercaron unos hombres que debían de ser amigos de la muchacha, y ella, saludándoles con exageradas sacudidas de la

mano, se levantó del taburete y se marchó con ellos sin despedirse de Hanio. También él salió del bar, un tanto irritado porque la chica no se había creído que fuera a matarse. Todavía faltaba bastante tiempo para el último tren, pero su decisión de tomar ese y no otro era firme, y tenía que encontrar la manera de pasar el rato. Entró en un salón de *pachinko* y se puso a jugar. Acertaba en todos los orificios y las bolitas salían sin cesar de la máquina. Aquella ilimitada cantidad de bolitas ganadas cuando había llegado al final de su vida parecía una broma estúpida.

Por fin llegó la hora del último tren.

Hanio entró en la estación, cruzó el acceso al andén, engulló las píldoras con el agua de una fuente y subió al tren.

[1](#) La originalidad fonética del anuncio es intraducible, pero viene a significar: «Toma Sukkiri y ten la seguridad de que tus molestias desaparecerán en seguida de una vez por todas». [*N. de los T.*]

[2](#) Calamar seco sazonado que se come como un tentempié. [*N. de los T.*]

AL FRACASAR EN SU TENTATIVA de suicidio, de alguna manera se abrió ante Hanio un mundo vacío, espléndido y libre. Desde aquel día se fueron interrumpiendo los hábitos cotidianos que hasta entonces le habían parecido eternos, y tenía la sensación de que todo era posible. Los días se iban para no volver, un día tras otro dejaban de respirar, y él podía verlos claramente, como si fuesen ranas muertas panza arriba puestas en hilera. Presentó su dimisión en la agencia Tokyo Ad y, como la empresa era próspera, le pagó una buena suma en concepto de finiquito. Así podría llevar una clase de vida sin restricciones por parte de nadie. Puso un anuncio en la sección de solicitudes de empleo de un periódico de poca monta. Decía así: «Vida en venta. Quien la compre puede utilizarla como le plazca. Soy un varón de 27 años. Garantizo que guardaré el secreto y que no causaré ningún inconveniente». Adjuntaba su dirección. En la puerta de su apartamento fijó un anuncio en inglés con una caligrafía de buen gusto: «Life for Sale. Hanio Yamada».

El día de la publicación del anuncio no se presentó nadie. El tiempo transcurría, vacío, sin nada que hacer, pero Hanio no se aburría en absoluto. Permanecía en su cuarto, tendido y mirando la televisión, con la mente en blanco o sumido en sus ensoñaciones.

Cuando lo llevaron en ambulancia al servicio de urgencias del hospital, estaba totalmente inconsciente, y lo normal sería que no recordara nada, pero, por extraño que pareciera, le bastaba oír la sirena de una ambulancia para que surgieran en su mente con toda nitidez recuerdos de cuando se hallaba en el interior del vehículo, tendido y roncando fuertemente, y un bombero que se había puesto una bata blanca se sentaba a su lado, las manos encima de la manta para sujetarlo y evitar que cayera de la camilla al suelo debido a las sacudidas de la ambulancia. El bombero tenía un gran lunar en un lado de la nariz...

Al día siguiente por la mañana llamaron a la puerta del apartamento. Cuando la abrió, Hanio se encontró ante un anciano de corta estatura y bien vestido, el cual, al tiempo que volvía la cabeza y miraba si había alguien a sus espaldas, extendía la mano hacia atrás para cerrar la puerta.

—El señor Hanio Yamada, ¿no es cierto?

—El mismo.

—He leído su anuncio en el periódico.

—Pase, por favor.

Hanio le condujo a un rincón donde había una mesa y varias sillas negras sobre una alfombra roja. Era evidente que quien vivía allí se relacionaba de alguna manera con el mundo del diseño. Tras hacer una cortés reverencia, el anciano tomó asiento. Su lengua producía un sonido sibilante dentro de la boca, como el silbido de una cobra.

—¿Es usted quien vende su vida?

—En efecto.

—Parece joven, y veo que vive bien. ¿Por qué se le ha ocurrido hacer algo así?

—No es necesario que me pregunte cosas superfluas.

—Por cierto, ¿a qué precio vende su vida?

—Pues... cobraré la voluntad.

—Semejante irresponsabilidad es inaudita. Usted mismo debe fijar el precio de su propia vida. ¿Qué me diría si le ofreciera cien yenes por ella?

—Si eso le pareciera a usted apropiado, lo aceptaría.

—Vamos, vamos, no diga tonterías.

El anciano se sacó una cartera del bolsillo y extrajo cinco billetes de diez mil yenes, tan nuevos que podrían cortar la mano con el filo, y los desplegó en abanico como si fuesen naipes.

Hanio tomó los billetes sin que sus ojos revelaran la menor emoción.

—Bien, dígame qué desea. No me negaré a nada.

—Veamos... —dijo el anciano, y sacó un cigarrillo con filtro de un paquete—. Si fumas de estos, puedes olvidarte del cáncer de pulmón —comentó inesperadamente, considerando que la relación con el vendedor de su vida ya era lo bastante estrecha para tutearle—. ¿Quieres uno? Claro que un hombre que vende su vida no le teme al cáncer. Bueno, lo que necesito es

muy sencillo. Mi mujer... mi tercera mujer, tiene veintiséis años, exactamente medio siglo menos que yo. Es una chica estupenda. Sus pechos se orientan hacia lados distintos, uno aquí y otro allá, como dos palomas que no se llevaran bien. Con los labios sucede lo mismo, uno apunta hacia arriba y el otro hacia abajo, y tienen una expresión de dulce fatiga. No sabría describir con palabras la maravilla de su cuerpo. También sus piernas son excelentes. Hoy en día están de moda las piernas delicadas, tan finas que parecen enfermizas, pero las suyas... no sabría expresar la manera en que se van ahusando ligeramente desde los poderosos muslos hasta los tobillos. También su trasero es hermoso y rotundo, con la forma de los montecillos de tierra acumulada después de que un topo haya cavado su agujero en primavera.

»Pues bien, esa mujer se obstinó en ir por ahí sin mí, y ahora es la amante de un *sankokujin*³. El hombre es un canalla descomunal que tiene cuatro restaurantes, pero sin duda ha matado a dos o tres personas en una querrela por los terrenos. Lo que quiero pedirte es que te pongas en contacto con mi mujer, que tengas relaciones íntimas con ella y entonces pongas tales relaciones en conocimiento de ese hombre. Cuando lo hayas hecho, con toda seguridad serás asesinado, y probablemente mi mujer también. Eso sería un alivio enorme para mí. Morir así requiere habilidad, claro está.

—Vaya... —dijo Hanio, que le había escuchado sin ningún interés aparente—. Pero ¿seguro que será todo tan romántico? Usted sueña con vengarse de su mujer, pero si a ella le hiciera feliz morir conmigo, ¿cuáles serían entonces sus sentimientos?

—No es una mujer que se alegre de morir. Esa es la diferencia contigo. Ella se aferra desesperadamente a la vida. Es como si tuviera un conjuro escrito en todos los lugares de su cuerpo.

—¿Cómo sabe usted eso?

—Pronto lo sabrás tú también. Bien, espero que sepas morir hábilmente. Supongo que no será necesario un contrato.

—No. No hace ninguna falta.

El anciano se quedó pensativo, mientras volvía a hacer unos ruiditos sibilantes en el interior de la boca.

—¿Tienes algo que pedirme para después de tu muerte?

—No, nada. No necesito funeral ni tumba. Tan solo le agradecería que,

cuando ya no esté, cuidara de mi gato siamés. Siempre he querido ocuparme de él, pero por pereza y falta de ocasión no he podido hacerlo. No le dé la leche en un plato corriente sino, de acuerdo con mi visión de cómo debe hacerse, hágale beber de una pala grande. Una vez el gato haya tomado uno o dos sorbos, álcele la cabeza con la pala. Con toda seguridad su cara se empapará de leche. Hágalo así una vez al día sin falta. Le ruego que no se olvide nunca de hacerlo, ya que es muy importante.

—No entiendo en absoluto a qué viene esto.

—Es que usted vive en un mundo totalmente normal y corriente. En lo que acaba de pedirme tampoco hay ni pizca de imaginación. Ah, por cierto, si saliera vivo del encargo, ¿tendría que devolverle los cincuenta mil yenes?

—No sería necesario, pero entonces tendrías que matar a mi mujer, fuera como fuese.

—Eso me convertiría en un asesino que actúa por encargo.

—Así es, en efecto. En cualquier caso, que esa mujer desaparezca del mundo para siempre será estupendo, pero deseo evitar el menor sentimiento de culpabilidad. Encima de las amargas experiencias que he sufrido, no quiero sentirme culpable. Bien, has de ponerte en movimiento esta misma noche. Cada vez que se produzcan gastos adicionales, solo tienes que decírmelo. Todo correrá de mi cuenta.

—Que me ponga en movimiento... ¿Adónde he de ir?

—Aquí tienes este plano, llévalo encima. En lo alto de esta calle en cuesta hay un lujoso edificio llamado Villa Borghese. Debes ir al apartamento 865. Está en la última planta del edificio, y parece que es magnífico, pero desconozco cuándo se encuentra ella ahí. Tú mismo deberás informarte del resto.

—¿Cómo se llama su esposa?

—Ruriko Kishi. Ruri escrito en sílabas *kana*, mientras que Kishi se escribe con el mismo ideograma del primer ministro Kishi —replicó el anciano, con el rostro realzado por un brillo que no era nada natural.

³ Este término, literalmente «persona de un país tercero», se aplica por igual a coreanos o chinos residentes en Japón, por lo que se desconoce de momento la nacionalidad concreta

de la persona mencionada. *[N. de los T.]*

EL ANCIANO CRUZÓ EL UMBRAL, pero, antes de cerrar del todo la puerta, volvió a abrirla y entró en el recibidor. Lo que dijo entonces era del todo correcto, ya que había comprado la vida de su interlocutor.

—Ah, me olvidaba de una cosa importante. Jamás hablarás con nadie de la persona que te ha hecho el encargo ni tampoco dirás qué es lo que te ha encargado. Ya que vendes tu vida, doy por hecho que tu moral comercial estará a ese nivel.

—No debe preocuparse en absoluto por eso.

—¿Me firmarás un juramento por escrito?

—Qué absurdo. ¡Jurar tal cosa sería tanto como decir que lo hago por encargo!

—En eso tienes razón.

Dio unos pasos hacia el interior del apartamento, emitiendo aquel sonido sibilante de la dentadura mal ajustada movida por el nerviosismo.

—Entonces, ¿cómo puedo confiar en ti?

—O confía plenamente o no confía. O duda de mí o no duda en absoluto. En cualquier caso, usted ha venido aquí y me ha pagado, lo cual me ha hecho creer que en este mundo existe la confianza. Además, señor cliente, aunque quisiera decirle a alguien lo que me ha pedido, no podría hacerlo, porque no sé quién es usted. Así que puede estar tranquilo.

—Qué tontería. Ruriko te dirá quién soy.

—Sí, es cierto, pero no tengo el menor interés en saber quién es usted.

—Comprendo. He conocido a mucha gente a lo largo de mi vida. Nada más verte, tu cara me ha inspirado confianza. Cuando necesites dinero, pon un anuncio en el tablón de mensajes que hay en la salida de la estación central de Shinjuku, por ejemplo «Espero dinero mañana a las ocho. *Life*». Cada día voy caminando a los grandes almacenes, pero, como no tengo nada que hacer antes de que abran, cuanto más temprano dejes el anuncio, tanto

mejor para mí.

El anciano se encaminó a la puerta y salió. Hanio lo hizo tras él.

—¿Adónde vas?

—¿Cómo que adónde? Solo puede ser a un sitio. Al apartamento 865 del Villa Borghese.

—¡Qué rápido empiezas!

Hanio recordó algo. Dio la vuelta al cartel que pendía de la puerta. En el reverso se leía: «Vida agotada».

EL EDIFICIO LLAMADO VILLA BORGHESE era blanco, de estilo italiano, y se alzaba al final de una calle en cuesta bordeada de sórdidas casas. Era fácilmente identificable desde lejos sin necesidad de consultar el plano. Hanio echó un vistazo a la recepción, pero no había más que una silla vacía, y se encaminó al ascensor que se veía al fondo. Avanzaba como si careciera de voluntad, manejado por medio de hilos. Se sentía eufórico y sin responsabilidades, una persona totalmente distinta del hombre que había sido antes de la tentativa de suicidio. La vida no podía ser más liviana.

Caminó por el pasillo de la octava planta del edificio solitario a aquella hora matinal y en seguida encontró el apartamento 865. Pulsó el timbre, cuyo plácido sonido se prolongó sin que hubiera respuesta. ¿No habría nadie en casa? Pero Hanio intuía que aquella mañana ella estaba allí sola. Era la hora en que una amante habría vuelto a dormirse profundamente después de haberse despedido de su hombre, y Hanio siguió insistiendo. Por fin pareció que alguien se acercaba a la puerta. La abrieron, pero solo la holgura máxima que permitía la longitud de una cadena, y apareció la cara sorprendida de una mujer. Llevaba camisa de dormir, pero su expresión no era la de quien acaba de despertarse, sino que no fingía en absoluto que estaba despejada. Era cierto que su labio superior se levantaba un poco y el inferior descendía, formando una línea vertical.

—¿Quién es usted?

—Soy de la compañía de seguros Life for Sale. Quisiera presentarle nuestros productos.

—¿Pero qué dice? Ni hablar de eso. No necesito ningún seguro de vida. Tengo mucha vida por delante y no me hace falta.

A pesar de que la mujer hablaba en un tono cortante, no cerraba la puerta, lo cual hizo pensar a Hanio que tenía cierto interés por él. Recurrió a una táctica de vendedor a domicilio e introdujo un pie en la abertura de la puerta.

—No le pido que me permita entrar, sino tan solo que me escuche. Será solo un momento.

—No, no quiero, porque mi marido se enfadará. Además, ya ve cómo estoy...

—Si lo desea, vuelvo dentro de veinte minutos.

—Bueno... —La mujer se quedó pensativa un momento—. Vaya a visitar otros domicilios y dentro de veinte minutos vuelva a llamar.

—De acuerdo.

Hanio retiró el pie y la puerta se cerró. Tomó asiento en un sofá ante la ventana al final del pasillo, desde donde veía allá abajo el paisaje de la ciudad iluminada por la luz invernal. Comprendía claramente que aquella ciudad era como un nido de termes. Por supuesto, la gente conversaba y decía cosas como «buenos días», «¿qué tal va el trabajo?», «¿está bien tu mujer?», «¿y los niños?», «la situación internacional está cada vez más tensa, ¿verdad?», pero nadie se percataba de que esas palabras ya no significaban nada. Fumó dos o tres pitillos, se dirigió a la puerta y llamó de nuevo. Esta vez se abrió en seguida y la mujer, con un vestido amarillo verdoso muy escotado, le invitó a entrar.

—¿Quieres tomar un té o una copa de licor?

—Hacerle ese ofrecimiento a un vendedor es un tanto excepcional, ¿no es cierto?

—No me he creído eso de que eres un vendedor de seguros. Me he dado cuenta antes, nada más verte. Si haces teatro, deberías actuar mejor.

—Ya, comprendo. Bueno, me tomaría una cerveza.

Ruriko guiñó un ojo mientras reía. Cruzó despacio la estancia y desapareció en la cocina, dejando en Hanio la impresión de un trasero grande que no armonizaba con la delgadez de su cuerpo.

Al cabo de un rato los dos brindaban con cerveza.

—Bien, ¿vas a decirme quién eres realmente?

—¿Y si lo dejamos en que soy el repartidor de la leche?

—No te burles de mí. En cualquier caso, has venido aquí sabiendo que este es un lugar peligroso, ¿verdad?

—No.

—¿Quién te ha encargado que vengas?

—Nadie me lo ha encargado.

—Qué raro. ¿Así que has tocado el timbre al azar, suponiendo que aquí habría una mujer guapa, con glamur, y, mira por dónde, has acertado?

—Pues sí, algo por el estilo.

—Eres un tipo con suerte, ¿no es cierto? No hay nada para acompañar la cerveza.

—Es raro tomar cerveza con patatas fritas de buena mañana, ¿no crees?

—Ah, tengo un poco de queso.

La joven volvió a la cocina y abrió apresuradamente el frigorífico.

—Qué frío está —le oyó decir Hanio.

Ella volvió con un plato que tenía algo negro entre las hojas de una ensalada.

—Aquí tienes.

Se le acercó por detrás, de una manera extraña, y de repente Hanio notó un objeto frío contra la mejilla. Miró de reojo y vio que era una pistola. No se sorprendió.

—Está muy fría, ¿verdad?

—Sí que lo está. ¿Siempre la dejas en el frigorífico?

—Sí. No me gustan las armas calientes.

—Vaya, qué maniática eres.

—¿No tienes miedo?

—No especialmente.

—Piensas que soy una mujer y te burlas de mí, ¿eh? No te preocupes, que te haré confesar poco a poco. Ve tomando la cerveza mientras rezas.

Apartó con cuidado la pistola de la mejilla de Hanio y, dando una amplia vuelta, fue a sentarse al otro lado de la estancia. Seguía apuntándole con el arma. Él sujetaba con mano firme el vaso de cerveza y miraba profundamente interesado la mano algo temblorosa de la joven.

—Qué bien te has disfrazado. Eres un *sankokujin*, ¿no es cierto? ¿Cuántos años llevas en Japón?

—Estás de broma. Soy japonés de pura cepa.

—No mientas. Solo puedes ser un espía contratado por mi marido. Tu nombre verdadero debe de ser Kim o Li o algo parecido.

—¿Quieres explicarme en qué basas esa absurda ocurrencia?

—Estás muy tranquilo, ¿verdad? Acierto al pensar que no eres honesto... Así que he de explicarte de nuevo una cosa que debes saber muy bien. Mi marido es un celoso irremediable, y precisamente anoche me acusó de algo sin fundamento que no tiene pies ni cabeza. Me molestó muchísimo, y veo que al final ha decidido que uno de sus esbirros me vigile. Ah, pero no vigilándome de lejos, no, sino entrando en mi casa con todo el descaro para poner a prueba mi fidelidad tratando de seducirme. Pues no os saldréis con la vuestra. Da un solo paso hacia mí y te pego un tiro. Fue él quien me dio esta pistola para mi defensa personal, y debe de estar rezando para que la use debidamente... Claro que es posible que te haya enviado aquí sin que sepas nada. Entonces habrías caído en la trampa. En ese caso no sabrías que has sido elegido para que te mate, demostrando así lo casta que soy.

—¿De veras? —Hanio se puso un dedo en un párpado y lo alzó mientras miraba a la mujer, sin mostrar el menor interés—. Ya que vas a matarme, me gustaría que fuese después de que nos hayamos acostado. Acostémonos y te prometo que me dejaré matar como un corderito.

En los ojos de Hanio se reflejaba claramente que sus comentarios irritaban cada vez más a Ruriko, como si consultara el mapa de una montaña cuyas curvas de nivel estuvieran muy apretujadas.

—No te importa lo que diga, ¿eh?, tú no te asustas por nada. ¿No pertenecerás casualmente al ACS?

—¿No hay una cadena de televisión llamada ACS?

—Vamos, no te hagas el inocente. Eres del Asia Confidential Service, ¿no?

—Me pierdo todavía más.

—Seguro que sí. Ah, qué tonta he sido. He estado a punto de matar a alguien y ser cautiva de ese hombre durante el resto de mi vida. Sin duda ha trazado un plan romántico para que yo sea una mujer adorable de veras. Primero me obliga a ser fiel y matar a un hombre, y entonces quiere tenerme cautiva para siempre, ya que él es una de las cinco personas capaces de dar refugio a asesinos en todo Japón. Qué horror. Vamos, confiesa ya si eres del ACS. —Convencida de que lo era, Ruriko arrojó la pistola sobre un cojín que estaba cerca de ella—. Si eres del ACS, será mejor que lo digas cuanto antes.

Hanio decidió seguirle la corriente, porque la situación empezaba a ser

molesta.

—Sí, soy del ACS.

—Entonces querías ver a ese hombre, ¿verdad? No imaginaba que lo del seguro de vida era una clave. Él podría haberme avisado antes de que vinieras. En cualquier caso, qué mal actúas. Eres un principiante en el ACS, ¿no? ¿Durante cuántos meses te has entrenado?

—Seis meses.

—Vaya, son pocos. Sin embargo, parece mentira que hayas podido dominar los idiomas del sudeste asiático y los diversos dialectos de China.

—Pues sí, ya ves —se vio obligado a responder él.

—Tu osadía es realmente digna de admiración —le halagó Ruriko con una expresión de sinceridad, y entonces se puso en pie y contempló la terraza. Había unas sillas de jardín con la pintura blanca desconchada, y la brisa rizaba el agua de lluvia depositada el día anterior en el borde de la mesa con la que hacían juego las sillas.

—Dime, ¿cuántos kilos te ha pedido que transportes?

—Ahora no puedo decirlo —replicó él, sin la menor idea de aquello a lo que la mujer se refería, y bostezó.

—En Laos el oro es barato. Con la cotización de Viang- chan, se puede ganar como mínimo el doble que en Tokyo. El hombre del ACS que vino el otro día era muy listo. Trajo el oro disuelto en agua regia en una docena de botellas de whisky escocés, y entonces lo restauró a su estado natural. Parece increíble que pueda hacerse una cosa así.

—Todos se limitan a fanfarronear y se esfuerzan por adornar sus historias. Yo mismo he venido con unos zapatos de oro forrados de piel de cocodrilo, pero se me han helado los pies.

—¿Estos zapatos? —preguntó Ruriko, mirando el calzado de Hanio sin disimular su curiosidad, pero no vio en ellos ni el brillo del oro ni nada especial.

Cuando la joven se inclinó, Hanio tuvo un atisbo del valle entre sus senos, el valle blanco y empolvado que formaban los senos de los que el anciano había dicho que se orientaban en distintas direcciones, ahora constreñidos a derecha e izquierda contra su voluntad, y al que Ruriko parecía aplicar talco. Hanio imaginó que besarla en aquel lugar sería como hundir la nariz en

polvos de talco.

—¿Cómo se importan en Japón, vía Laos, las armas americanas? ¿Pasan primero por Hong Kong? Qué manera tan complicada de hacerlo, ¿no crees? Si vas a la base americana de Tachikawa, la más cercana de todas, hay un montón de armas.

Hanio no le hizo caso.

—Por cierto, ¿cuándo vuelve tu patrón?

—Vendrá un momento a mediodía. Te ha avisado, ¿no?

—He llegado un poco antes. —Hanio se quitó la chaqueta y bostezó de nuevo—. ¿Qué te parece si entretanto nos acostamos?

—Has trasnochado durante varios días, ¿eh? Puedes dormir en la cama del patrón.

—No, la tuya estará bien —dijo Hanio, y asió bruscamente el brazo de Ruriko. Ella se resistió tenazmente y, extendiendo la mano, asió la pistola—. No seas estúpido. ¿Quieres que te mate?

—O sea, que tanto si viene tu patrón como si no, uno u otro de los dos me matará. Es lo mismo, ¿no?

—Para mí no es lo mismo. Si te mato ahora, seguiré viva, pero si entra el patrón y nos encuentra en la cama, nos matará a los dos.

—Un cálculo muy sencillo, ¿verdad? Pero respóndeme a esto. ¿Sabes qué clase de tortura sufre alguien que ha matado a un hombre del ACS?

Ruriko palideció e hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Pues te lo enseño.

Sin pensarlo dos veces, Hanio se acercó a una estantería, cogió un muñeco vestido con un traje folclórico suizo, hizo el gesto de romperle una vértebra de un golpe y lo dobló completamente.

HANIO SE DESNUDÓ PRIMERO Y, una vez acostado, revisó distraídamente su plan. «He de alargarlo el máximo posible. Cuanto más dure, tanto mejor. Así aumentan las posibilidades de que el patrón venga y me mate.» A su modo de ver, ser asesinado en acción era una excelente manera de morir. Si fuese anciano, sería un deshonor, pero no había una manera de morir más honrosa para un hombre joven. Sin embargo, lo ideal es precipitarse desde la cima del éxtasis a la muerte sin que un momento antes uno sepa que va a morir. En el caso de Hanio eso era imposible. Tenía que prolongar el acto presintiendo que le iban a matar, una situación creada por el negocio en el que se había embarcado. Si fuese un hombre normal, el terror y la inquietud le impedirían experimentar el placer sexual, pero Hanio no era así. La proximidad de la muerte significaba tener abierto un enorme espacio vacío y, como recordaba haber visto ya ese espacio, no le daba ningún miedo. Solo existía la vida presente, la sucesión de instantes hasta llegar al espacio vacío. Bastaba con que extendiera al máximo el acto y lo disfrutara en la medida de lo posible.

Era evidente que Ruriko tenía una gran confianza en sí misma. Bajó bruscamente la persiana veneciana hasta la mitad y, sin correr siquiera la cortina ni dar la menor muestra de pudor, se desvistió inmersa en la luz azulada, como la de un acuario. Entró en el baño, dejando la puerta abierta, totalmente visible su figura desnuda ante el espejo mientras se aplicaba perfume en las axilas y detrás de las orejas. La línea que fluía desde el final de la espalda hasta el trasero formaba una colina que hacía pensar en lo cómodo que iba a ser sujetarla. Hanio se excitó mientras la miraba y pensó que debía contenerse. Poco después, la mujer desnuda rodeó la cama dando unos pasos elegantes y se acostó con la mayor naturalidad.

—¿Por qué has dado una vuelta a la cama? —le preguntó él, sin poder refrenar la curiosidad, aunque sabía que no era el mejor momento para

intentar satisfacerla.

—Es un rito personal. Los perros suelen hacerlo antes de acostarse, ¿no? Es algo instintivo.

—Pues me has sorprendido.

—Mira, no tenemos tiempo, empieza ya —replicó ella lánguidamente con los ojos cerrados, y echó los brazos al cuello de Hanio.

Él dedicó bastante tiempo a la preparación del primer intento, volvió a los preliminares, lo intentó por segunda vez, retrocedió de nuevo, una estrategia para que el acto durase tanto como pudiera, y la joven se iba impacientando. Sin embargo, ya en el primer intento la diferencia con otros contactos sexuales asombró a Hanio. El cuerpo de Ruriko era merecedor de la obsesión de aquel anciano, y aunque su plan estuvo a punto de fracasar, finalmente logró resistir durante el tiempo necesario. La cuestión era hacerle pensar a Ruriko que quería seguir así, pese al peligro de muerte que corría, y por ello puso a prueba toda su maestría. Quería que pensara en lo profunda que sería su decepción si él terminaba ya, así que jugaba al gato y el ratón con ella, esperando que posponer el final le resultara agradable, y confiaba en su capacidad de hacer pequeñas pausas. La piel de Ruriko había adquirido una tonalidad rosada y, aunque estaba acostada, parecía como si flotara por encima de la cama. Tenía los ojos húmedos, y era como una prisionera que se aferrase a la luz que penetraba por una claraboya, pero resbalara y volviese a caer. Hanio acometía y descansaba, descansaba y acometía, pero, cuando lo intentaba de nuevo, le parecía caer en una trampa que le tendía Ruriko, y por ello permanecía largo tiempo sin alcanzar el clímax, obligado a imaginar distraídamente a Ruriko vista de espaldas y subiendo peldaño a peldaño hacia su éxtasis. En aquel momento Hanio oyó el sonido de una llave que giraba lentamente en la cerradura. Ruriko no lo había notado. Todavía cerraba los ojos con fuerza y movía a derecha e izquierda la cabeza, con las mejillas algo sudorosas.

«Bueno, aquí lo tenemos», se dijo Hanio. Tal vez una pistola con silenciador o alguna otra cosa iba a abrir un pequeño túnel rojo que iría desde su espalda hasta el pecho de la joven. Oyó el sonido de la puerta al cerrarse despacio. Estaba claro que había alguien dentro de la habitación, pero no ocurría nada.

Aunque estaba cansado y le costaba incluso el mero gesto de volver la cabeza, Hanio pensó que, puesto que el intruso le daba suficiente margen de tiempo, bien podría completar lo que estaba haciendo. Que la muerte le llegara en aquel instante sería una buena suerte increíble. No es que hubiera vivido esperando la situación en que se hallaba, pero, como si aprovechara con avidez una oportunidad llovida del cielo, había decidido dejarse caer en la trampa infinitamente exquisita de Ruriko. Incluso después de que hubieran finalizado las réplicas de aquella especie de temblor de tierra, no ocurría nada, y Hanio se irguió por encima de Ruriko, como una serpiente que alza la cabeza y el cuello en forma de hoz, y se volvió.

Un hombre rechoncho y de aspecto cómico, con una original americana de color albaricoque y boina, estaba allí sentado. Tenía un gran cuaderno de dibujo abierto sobre las rodillas y un lápiz en la mano, y dibujaba afanosamente.

—¡Ah, no te muevas, no te muevas! —dijo el hombre en un tono ligero, y volvió a concentrarse en el papel.

Al oír su voz, Ruriko se incorporó bruscamente. A Hanio le sorprendió ver la seriedad y el temor que reflejaba su semblante. Al tiempo que se erguía, la joven tiró de la sábana para envolverse en ella y se sentó en la cama. Su movimiento dejó desnudo a Hanio, pero no tuvo más remedio que sentarse también tal como estaba y observar ya a Ruriko, ya al hombre de edad mediana.

—¿Por qué no me matas, por qué no disparas de una vez? —preguntó Ruriko en un tono cada vez más estridente, y entonces añadió en voz lastimera—: Ya lo sé, quieres tenerme como una serpiente medio muerta, ¿no es cierto?

—Vamos, mujer. No hay que perder la calma, tranquilízate —replicó el hombre, que hablaba el japonés con un acento raro; no dejaba de mover el lápiz y hacía caso omiso de Hanio—. He terminado el boceto. Creo que va a ser una buena obra. Vuestro ejercicio era realmente muy bonito. Ya que me habéis estimulado la vena artística, ¿no podríais estar callados un poco más?

Tanto Ruriko como Hanio se vieron obligados a guardar silencio.

—BIEN, YA ESTÁ LISTO —dijo el hombre, cerrando el cuaderno de dibujo. Se quitó la boina y la dejó junto con el cuaderno sobre la mesa. Entonces se acercó a los dos y, como un maestro de primaria, se puso en jarras—. Vestíos antes de que pilléis un resfriado.

Defraudada su esperanza, Hanio empezó a ponerse las prendas de vestir que había dejado desperdigadas, pero Ruriko, en un arrebató de cólera, se levantó envuelta en la sábana y entró apresuradamente en el baño. La sábana se trabó con el ángulo inferior de la puerta y la joven, chascando la lengua, la retiró tirando con violencia de ella y dio un portazo.

—Ven aquí —le dijo el hombre a Hanio—. ¿Te apetece una copa?

Hanio no tuvo más remedio que volverse a sentar en la silla que había ocupado mientras tomaba cerveza con Ruriko.

—Esa chica necesita tiempo para arreglarse. Ya verás cómo se pasa media hora en el baño. No vale la pena que esperemos. Anda, toma una copa y después sé obediente y vete a casa. —Mientras hablaba, el hombre sacó del frigorífico una botella de Manhattan ya preparado, echó hábilmente una cereza en sendas copas de cóctel y finalmente vertió la bebida. Sus manos regordetas, con hoyuelos en la base de los dedos, daban una impresión de infinita tolerancia—. Por cierto, no voy a preguntarte quién eres. Ahora no sirve de nada preguntar, ¿verdad?

—Según Ruriko, soy un miembro de ACS.

—No tienes por qué saber eso. Una cosa así solo aparece en los cómics de suspense. Mira, yo soy muy pacífico, de veras. Jamás he matado, ni siquiera a un insecto. Pero ella es frígida, así que, para procurarle emociones, para que las experimente, he ideado diversos trucos. De ese modo la chica se satisface empuñando una pistola de juguete que ella cree auténtica. Yo soy absolutamente pacífico, en serio. Considero importante la ayuda mutua entre los pueblos por medio del comercio internacional y los negocios, de una

manera pacífica y armoniosa. No quiero herir ni el físico ni los sentimientos de nadie. Creo que esta actitud podría definirse como un humanismo de primera clase, ¿no te parece?

—Tiene toda la razón —replicó Hanio, atónito.

—Esa chica es insensible por completo a mi carácter pacífico. Le encantan las emociones fuertes, le gustan los cómics de suspense, así que debo hacer teatro. Le he hecho creer que he matado a mucha gente, le he metido en la cabeza una serie de historias, como la del ACS. Todo eso le chifla y es un remedio contra la frigidez, así que siempre la tengo encerrada en esta fantasía. Mira, si fuese un auténtico asesino, no es posible que una policía tan poderosa como la japonesa me dejara suelto por ahí. Claro que, si sirviera de estímulo sexual, no estaría mal que me convirtiera en un capo de los bajos fondos, un criminal empedernido, ¿no te parece?

—Comprendo, ¿pero por qué no me...?

—Tú no has cometido ninguna ofensa. Diviértete a Ruriko y, por lo tanto, me beneficias. No tengo motivo alguno para culparte de nada. ¿Quieres otra copa? Y en cuanto te la hayas tomado, vete a casa en seguida. Será mejor que no vuelvas más por aquí. Si empiezo a sentirme celoso, tendré un problema. Pero el dibujo de lo de antes me ha salido bonito de veras. Míralo, por favor.

El hombre de edad mediana abrió el cuaderno y le mostró un dibujo de lo que había llamado su «ejercicio», ejecutado con una destreza de dibujante profesional. De una manera extraña, incluso a Hanio le pareció bello y puro, pues no evocaba más que la diversión de unos pequeños animales, silvestres y flexibles. Parecía como si las personas dibujadas se entregaran con entusiasmo a un baile enérgico. Era exactamente un «ejercicio», y en el dibujo no se notaba en absoluto la acción de Hanio, que obedecía a unas intenciones precisas. Devolvió el cuaderno.

—Es un buen dibujo —dijo sinceramente.

—¿Verdad que es bueno? Cuando las personas están contentas, es cuando más bellas son. Esa es su imagen más apacible. No quiero molestar con estas cosas. Así está bien, no hay que hacer nada más... Anda, vete antes de que Ruriko salga del baño.

El hombre se puso en pie y extendió la mano para estrechar la de Hanio. Este habría preferido evitar el contacto con aquella mano blanducha, pero

pensó que ya era el momento de marcharse y se levantó.

—Bueno, adiós —le dijo el hombre, y se acercó a la puerta. Entonces puso la mano sobre el hombro de Hanio.

—Todavía eres joven. Olvida todo lo que hoy has visto, ¿de acuerdo? Este lugar, las personas con las que te has encontrado, bórralo todo de tu mente. Hazlo así y te quedará un buen recuerdo. Estas palabras son mi regalo de despedida. Están bien, ¿a que sí?

CUANDO HANIO SALIÓ AL brillante exterior, con una sensación de plenitud creada por las comprensivas palabras de despedida de aquel hombre de edad mediana, la experiencia de la mañana se le antojaba una ensoñación absurda. Aunque se consideraba tan nihilista como el que más, ahora se percataba de que había evolucionado desde el joven que había sido hasta convertirse en todo un hombre maduro y sagaz. En una palabra, le habían pasado por alto sus travesuras, como si fuese un niño.

Caminaba por las calles sumidas en el ambiente invernal, volviendo la cabeza por si alguien le seguía, pero no había nadie. Cuando pensaba que había sido engañado por un cómic de suspense... no, no solo él, sino que el anciano que le hiciera el encargo también había sido engañado.

Cerca había una cafetería nueva en la que entró para descansar. Pidió un café y un perrito caliente. Cuando la camarera le trajo el bocadillo, junto con un frasco de mostaza francesa, y Hanio vio el extremo de la salchicha que asomaba entre el pan, revelando su lustre y su frescura, se dirigió a ella.

—¿Tienes libre esta noche? —le preguntó sin pensarlo dos veces.

La muchacha, delgada como el cristal y ya desde el mediodía con el maquillaje de la noche, apretaba los labios como para recalcar que jamás se reía.

—Aún es de día.

—Por eso te pregunto si tienes libre esta noche.

—A estas horas del día aún no puedo saber cómo tendré la noche.

—Ya. El futuro es una incógnita, ¿eh?

—Claro. No sé qué ocurrirá dentro de quince minutos.

—Quince minutos. Vaya, qué extraordinaria precisión.

—Naturalmente. La televisión también hace una pausa cada quince minutos para los anuncios, y es un descanso, ¿no?, mientras tienes por delante nueva diversión. Con las personas ocurre lo mismo.

La camarera soltó una risotada y se alejó. En definitiva, las insinuaciones de Hanio habían caído en saco roto. Pero a él le daba lo mismo. Era evidente que aquella chica sacaba de la televisión los ejemplos para su vida. Tal vez así todo fuese más seguro, correcto y tranquilo para ella. Ya que probablemente su mente quedaría en suspenso al cabo de quince minutos para que pasaran los anuncios, no estaba obligada a pensar en lo que haría por la noche.

Como Hanio no tenía nada que hacer en su apartamento, caminó sin objeto de un lado a otro, gastando lo menos posible. Regresó a casa hacia medianoche. Tenía los cincuenta mil yenes en el bolsillo de la chaqueta, y pensó que debía devolverlos. ¿Cuándo volvería a presentarse el anciano? Hasta que apareciese y cancelara el asunto, el comprador de su vida seguía siendo aquel hombre, por lo que sería mejor que dejara en la puerta el cartel puesto del revés, con la inscripción «Vida agotada».

Aquella noche durmió profundamente. A la mañana siguiente oyó un sonido de pasos que se detuvieron ante su puerta, pero quienquiera que fuese se marchó sin tocar el timbre, probablemente porque había leído el letrero. Por un momento pensó que podría ser un asesino, pero se dijo que seguía engañándole un cómic de suspense. Mientras preparaba el café del desayuno, se miró en el espejo de la pared e hizo una mueca.

Se sorprendió a sí mismo porque durante el día entero no había dejado de aguardar la llegada del anciano. Quería verle cuanto antes, para que hiciera algo con su vida. Una vez la había comprado, debería responsabilizarse un poco más del producto. Por si venía y él estaba ausente, no salió de casa en toda la jornada. El sol invernal se puso pronto. Ya había oscurecido cuando el portero, que se encargaba de distribuir la prensa de la tarde a los inquilinos, deslizó un periódico por la ranura inferior de la puerta. Hanio fue pasando las páginas y se sorprendió al ver una foto grande de Ruriko en la sección de sucesos. La noticia decía: «Cadáver de mujer hermosa ahogada en el río Sumida. Se desconoce si se trata de un accidente o un homicidio. En el interior del bolso hallado en el puente se ha encontrado una tarjeta con el nombre Ruriko Kishi».

Así pues, la noticia trataba el suceso como algo curioso y extraño.

LA VISITA DEL ANCIANO, cuando Hanio, tras leer la noticia de la muerte de Ruriko, se sentía anonadado, no podía ser más oportuna. Había entrado en el apartamento como un intruso.

—Estupendo, lo has hecho muy bien, y has salvado tu vida. Ah, desde luego, eres un buen comerciante. Te estoy enormemente agradecido.

Mientras hablaba, se puso a dar unos pasos de baile en medio de la estancia. Semejante actitud crispó los nervios de Hanio. Asió por el pecho al hombre mayor y le metió bruscamente el dinero en un bolsillo.

—Largo de aquí —le dijo mientras lo hacía—. Le devuelvo los cincuenta mil yenes. Es el dinero con el que compró mi vida. Puesto que sigo vivo, no hay ninguna razón para que me lo quede.

—Vamos, vamos. Espera, hombre. Escúchame primero.

El anciano se resistía furiosamente, sacudiendo las piernas. Aferraba el tirador de la puerta y, como Hanio temía que los vecinos oyeran sus gritos, le soltó el pecho. El anciano se sentó en el suelo y exhaló un suspiro exagerado, mientras su dentadura producía aquel sonido característico. Gateó hasta una silla y tomó asiento, procurando mantener una apariencia de dignidad.

—No seas tan violento con un hombre de mis años.

Al percatarse de que tenía el dinero en el bolsillo, lo sacó con una expresión airada para dejarlo encima del cenicero. Hanio aguardaba con interés, a ver si el anciano prendía fuego a los billetes con una cerilla, pero el hombre no hacía gesto alguno que indicara semejante intención, y los billetes muy arrugados parecían flores artificiales y sucias sobre el cenicero.

—Es natural y comprensible que esté contento. Eres joven y no te puedes imaginar cómo me hacía sufrir ella con su desprecio. Esa mujer tenía que morir, y el pago que ha recibido es justo. Por cierto, te has acostado con ella, ¿no?

Hanio sintió que la sangre se le subía a la cabeza, pero, sin poder evitarlo,

bajó los ojos un instante.

—¿Qué? He acertado, ¿verdad? Te has acostado con ella, ¿eh? Vamos, dilo. Es una mujer especial, ¿no crees? Una vez te acostabas con ella, empezabas a odiarla, porque luego, con todas las demás mujeres, era como si masticaras arena. Si te soy sincero, debido a mi edad ni siquiera podía hacerlo con ella. Llegado a este punto, no quedaba más opción que matarla.

—Esa teoría no puede ser más simple. ¿Y ha sido usted quien la ha matado?

—Oye, deja de hacer bromas absurdas. Si yo fuese capaz de hacerlo, ¿crees que habría venido aquí a verte? Quien la ha matado es...

—Ante todo se trata de un homicidio.

—Pues claro que es un homicidio.

—A mí todo esto me parece una serie de mentiras y casualidades no calculadas. No puedo verlo de otra manera. Estoy pensando en volver a ese apartamento uno de estos días...

—Eso es lo único que no puedes hacer. Ten la seguridad de que allí estará la policía. ¿Quién sería tan tonto de ir para que lo detengan?

—De acuerdo, tiene razón. —Hanio ya había pensado que no valía la pena ir al apartamento. ¿De qué le serviría entrar en la habitación vacía donde sin duda ya no estaría aquel cuerpo flexible? Con toda seguridad, no habría más que una pistola helada dentro del frigorífico—. Pero lo extraño es que...

Por primera vez Hanio experimentó el deseo de contarle al anciano sus experiencias, con calma y una tras otra.

El hombre le escuchaba, produciendo aquel ruidito con la dentadura, pero, de una manera inconsciente, exhibía el residuo de su época de dandi juvenil, llevándose nerviosamente la mano cubierta de manchas de la edad a la corbata y tocándose con suavidad el poco cabello que le quedaba. A través de la ventana contempló el sauce seco visible entre los aleros de las casas, al que la brisa vespertina hacía oscilar. Era como si toqueteara los recuerdos de su desdichada voluptuosidad.

—Sea como fuere, lo extraño es que yo no he sido asesinado. ¿No es peligroso dejarme con vida? Podría ser un testigo, ¿no?

—No me digas que no lo entiendes. Naturalmente, ese hombre había decidido matarla, y tú tan solo eras un obstáculo para que pudiera hacerlo. Lo

entiendes, ¿no? Tal vez el tipo se agotó físicamente por ella, sin duda ya estaba fuera de combate. Si te matara a ti también, os enviaría a los dos al otro mundo, que está fuera de su alcance. Quería tener cuidado y acabar únicamente con ella, a fin de monopolizarla, por así decirlo. Desde luego, tu comportamiento ha reforzado su voluntad de matarla.

—¿Pero cree de veras que ese hombre es el asesino? No tenía en absoluto el aspecto de serlo.

—¿Dónde tienes los ojos? Ese tipo es el jefe de una organización criminal. Aunque fueses un testigo, ya habrá hecho sus cálculos para que no se descubra el pastel. Es posible que ahora mismo esté en el apartamento, en la habitación de Ruriko, llorando teatralmente su muerte. Mira, lo mejor será que te olvides lo antes posible del crimen. Al fin y al cabo, el juez le dará carpetazo, así que mantente al margen y ocúpate de tu negocio... Bien, aquí tienes cincuenta mil más, para celebrar tu éxito.

Sacó cinco billetes de diez mil, los depositó en el voluminoso cenicero de cristal tallado y se dispuso a marcharse.

—Entonces, no volveremos a tener ocasión de vernos, ¿no es cierto?

—Así lo espero. Ah, otra cosa. Ruriko no te habrá dicho nada de mí, ¿verdad?

—Bueno, no es que no me haya dicho nada... —replicó Hanio, sin poder refrenar su malicia.

El anciano palideció.

—¿Cómo? No es posible que te haya informado de mi identidad y mi nombre.

—¿Eso sería grave?

—¿Acaso te propones chantajearme?

—Aunque lo hiciera, usted no tendría problema alguno, ya que no ha cometido ningún delito contemplado por el código penal.

—Sí, eso es cierto, pero...

—Tan solo hemos colaborado un poco, aportando nuestros esfuerzos, para poner en marcha ciertos peligrosos engranajes del mundo, ¿no le parece? Normalmente, al mundo ni siquiera le mueve una palanca, pero si nosotros lo intentamos, arriesgando la vida, inesperadamente suceden cosas como un asesinato. Es una maravilla, ¿no cree?

—Eres un hombre extraño, pareces un expendedor automático de bebidas.

—Buena comparación. Basta con echar una moneda en la ranura para que la máquina se ponga a trabajar arriesgando su vida.

—Digamos que es la iluminación espiritual.

Hanio sonrió irónicamente, pero al anciano le pareció una sonrisa inquietante.

—En serio, ¿cuánto quieres?

—Si quisiera más, se lo pediría. De momento, con esto me basta.

El anciano se encaminó rápidamente a la puerta, con el gesto de quien desea marcharse lo antes posible. Hanio habló entonces, dirigiéndose a su espalda.

—Olvídese del gato siamés, ya que estoy vivo y puedo cuidar de él.

Tras decir esto, fue a la puerta, giró el letrero de modo que ahora decía «Vida en venta» y, bostezando, regresó al interior del apartamento.

YA HABÍA MUERTO UNA VEZ y no debería tener responsabilidades ni apego a un mundo que le parecía tan solo una hoja de papel de periódico cuyos caracteres eran cucarachas. En estas circunstancias, ¿qué representaba Ruriko para él?

La habían encontrado muerta, y la policía debía de estar buscando frenéticamente al asesino. No tenía la menor duda de que su visita al apartamento había pasado desapercibida a los demás inquilinos del edificio, pues ni siquiera se había encontrado con nadie durante los veinte minutos que permaneció en el pasillo, y tampoco había tenido el menor indicio de que, al marcharse de allí, alguien le siguiera hasta su casa. En una palabra, su presencia en aquel lugar había tenido la consistencia del humo. Ciertamente, no debía preocuparse por la posibilidad de que le llamaran a declarar como testigo. Solo sería peligroso que citaran al anciano y este hablara de Hanio a la policía, pero estaba completamente a salvo, porque era evidente que al anciano le preocuparía muchísimo que la policía se enterase de su relación con él. Aunque Hanio hubiera matado a Ruriko, el asesinato habría sido irresoluble y el caso se habría cerrado. Esa idea le estremeció. ¿Y si hubiese sido él quien la hubiera matado? ¿No podría haberlo hecho mientras estaba profundamente dormido? Tal vez aquel hombre curioso que llevaba una boina le había hipnotizado sin que él se percatara. ¿Habría acabado el hecho de vender su vida por relacionarle con un asesinato? No, era una idea absurda. Él no tenía ninguna responsabilidad. El hilo que conectaba a Hanio con la sociedad debía de haberse roto mucho tiempo atrás.

¿A qué obedecía entonces aquel recuerdo dulce y persistente de Ruriko? ¿Qué significaría haber experimentado el placer carnal? ¿Había existido realmente aquella mujer llamada Ruriko? Decidió no pensar más en su penoso negocio. Se preguntó qué haría aquella noche. Había vendido su vida por cien mil yenes, pero la podía revender. No quería hacer una cosa tan

convencional como irse de copas. En aquel momento tuvo una idea repentina y sacó de un armario un ratón de peluche que tenía una cara graciosa. Una muchacha que confeccionaba objetos de artesanía se lo había regalado tiempo atrás. Tenía el hocico puntiagudo como el de un zorro, con unos pocos pelos encima. Los ojos eran dos perlas cultivadas negras, un detalle que se estilaba mucho. El ratón llevaba una camisa de fuerza, una prenda blanca, de tela gruesa, que obligaba a cruzar los brazos para privar de libertad a las manos, y tenía en el pecho una inscripción en inglés: «¡Cuidado! Este paciente es feroz». Hanio pensó con toda lógica que la inmovilidad del ratón se debía a la camisa de fuerza, y si tenía aquella cara vulgar y corriente era porque estaba loco.

—Bueno, señor ratón —le dijo, y el roedor no contestó. Tal vez fuese un ratón misántropo.

Aunque no fuera un personaje de *El ratón de campo y el ratón de Tokyo*, probablemente también era un ratón campestre, engañado por uno de Tokyo y aplastado por la presión de la inmensa metrópoli. Seguramente no sabía cómo reaccionar ante el hecho de que era un ratón en una gran ciudad, y tal vez finalmente sufrió un ataque de ferocidad.

A Hanio se le ocurrió cenar sin prisas con el ratón. Lo sentó en el otro lado de la mesa, le puso una servilleta sobre la camisa de fuerza y le hizo esperar a que la cena estuviera lista. El ratón loco aguardó erguido. Hanio pensó en el menú que iba a ofrecerle y le preparó queso y un pequeño filete que podría masticar fácilmente con sus dientes afilados. Entonces hizo su propia cena y lo dispuso todo sobre la mesa.

—Aquí tienes, ratón, empieza a comer, sin cumplidos —le invitó.

No hubo respuesta. Al parecer, el ratón no solo estaba loco, sino que también padecía anorexia.

—Vaya, ¿por qué no comes? ¿No te gusta la comida que he preparado con tanto esfuerzo?

El ratón siguió sin reaccionar.

—Ah, ya caigo. Para ti es imprescindible escuchar música mientras comes. Qué lujo. Voy a ponerte una música suave, seguro que te gustará.

En medio de la cena, Hanio se levantó y puso en el estéreo *La catedral sumergida* de Debussy. El ratón continuaba en silencio y no probaba bocado.

—Qué tipo más raro. Como eres un ratón, puedes comer con las patas, ¿no?

Tampoco hubo respuesta y, a pesar de sí mismo, Hanio montó en cólera.

—¿No te gusta la comida que te he hecho? ¡Pues haz lo que te dé la gana!

Arrojó el plato con el pequeño filete a la cara del ratón. El impacto hizo que este cayera de la silla al suelo. Hanio lo recogió pinzándolo con dos dedos.

—¿Qué? ¿Ya te has muerto? Con qué facilidad te mueres. ¿No te da vergüenza? ¿Cómo? Oye, olvídate del funeral. No, ni velatorio tampoco. Púdrete en tu asquerosa madriguera como un auténtico ratón. No servías para nada cuando estabas vivo y tampoco sirves para nada ahora que estás muerto.

Cogió al ratón muerto y lo devolvió al armario de donde lo había sacado. Entonces se llevó a la boca el minúsculo filete que el ratón no había tocado. Tenía un sabor muy agradable, como si fuese un bombón de carne. «Si alguien me viera, le parecería un juego trivial para librarme como sea de la soledad. Es terrible que la soledad sea tu enemiga, pero en mi caso es una amiga», pensó Hanio mientras escuchaba a Debussy.

En aquel momento alguien llamó a la puerta con unos golpecitos muy discretos.

AL ABRIR LA PUERTA se encontró ante una mujer de mediana edad, nada atractiva, que llevaba el cabello recogido en un moño.

—He visto su anuncio en el periódico y vengo a informarme.

—Ah, se trata de eso. Pase, por favor. Estoy cenando, pero en seguida termino.

—Perdone la molestia —dijo ella tímidamente.

La visitante entró en el apartamento, mirando a su alrededor con nerviosismo. No debía de existir una acción más ambiciosa que comprar la vida de un semejante, y sin embargo, se dijo Hanio, todos sus clientes daban la impresión de ser unos desdichados. Mientras comía, la miraba con disimulo. No parecía un ama de casa, sino que, por su manera zafia de llevar el kimono, hedía a solterona que enseña literatura inglesa en un colegio universitario donde se imparten los dos primeros cursos de la carrera. Era un tipo de mujer que procuraba afirmar su personalidad diferenciándose de la juventud, y más la de su propio sexo, pues trataba a diario con chicas rebosantes de vida, pero tal vez fuese más joven de lo que aparentaba.

—La verdad es que he venido cada día, secretamente, hasta su puerta, pero siempre estaba puesto el cartel de «Vida agotada». Entonces me preguntaba qué significaba eso, porque si la vida que estaba en venta se ha agotado, usted estaría muerto, ¿no? Hoy también he venido, casi totalmente resignada a leer que la vida está agotada, pero habían dado la vuelta al cartel y ahora decía «Vida en venta». Qué alivio.

—Bueno, he completado satisfactoriamente el encargo anterior. Vendí mi vida, pero continuó vivo, como puede ver.

Mientras hablaba, preparó café para los dos y llevó las tazas a la mesa.

—Por cierto, ¿en qué puedo servirla?

—No es nada fácil de explicar.

—Conmigo no tiene que preocuparse en absoluto.

—De todos modos no es nada fácil de explicar.

La mujer permaneció unos instantes en silencio. Entonces abrió mucho los ojos en forma de media luna y fijó la mirada en Hanio.

—Si me vende su vida, es muy probable que esta vez no pueda volver vivo. ¿Está de acuerdo incluso en ese caso?

HANIO LA ESCUCHABA FRÍA y calmadamente, y la mujer, que tomaba el café a sorbos con los labios fruncidos, se sintió desarmada y repitió en el tono más sombrío posible:

—Morirá, no lo dude. ¿Está dispuesto?

—Sí, claro, pero dígame qué es lo que desea de mí.

—Bien, se lo diré.

La mujer se colocó bien el pliegue de la falda del kimono, como si temiera ser violada en aquella habitación donde estaba a solas con un hombre, pero, a juzgar por su aspecto, no existía la menor posibilidad de que le sucediera tal cosa.

—Verá, estoy a cargo del servicio de préstamo de una pequeña biblioteca. Sería inútil que me preguntara cuál, porque en Tokyo hay tantas bibliotecas como comisarías de policía. Vivo sola y, al salir del trabajo, compro varios periódicos de la tarde y en casa leo todos los anuncios del consultorio sentimental, los anuncios en general y las ofertas de empleo. Al principio solo me interesaba la sección de correspondencia entre amigos. Incluso decidí participar y alquilé un apartado de correos, pero estaba segura de que si llegaba a conocer personalmente a mis correspondientes me llevaría una decepción, así que cuando se mostraban apasionados interrumpía el contacto. Siempre hacía lo mismo.

—¿Por qué creía que iba a decepcionarla el encuentro con otra persona? —le preguntó cruelmente Hanio.

—Cada uno tiene sus sueños —replicó ella con obstinación, desviando la mirada—. En definitiva, hay que escuchar lo que dicen los demás sin burlarse. Me cansé del juego de hacer amigos por correspondencia y empecé a desear una comunicación más estimulante. Se diría que semejante cosa debe existir, pero en realidad no existe.

—Precisamente por eso publiqué en la prensa el anuncio de vida en venta.

—¡Escuche lo que dice su interlocutor hasta que termine de hablar! Hacia el pasado febrero, es decir, hace ya diez meses, en la sección de búsqueda de libros me llamó la atención un anuncio que decía: «Deseo comprar la obra *El libro ilustrado de los coleópteros de Japón*, de Gentaro Yamawaki, publicado en 1927. Pagaré doscientos mil yenes al contado, pero ha de ser una edición íntegra. Dirección de contacto: Apartado 2778, Central de Correos». Me pareció un precio excesivo, pero había oído decir que últimamente los libros antiguos se vendían a precios altos, y como aquella persona no lo encontraba en ninguna librería de libros antiguos, había publicado el anuncio. Pensar así era propio de mi oficio, y luego lo olvidé.

»Cada año, al final del ejercicio anual en marzo, efectuamos una reorganización general de la biblioteca. Por ejemplo, cambiamos las etiquetas de control, para lo que sacamos del almacén los libros polvorientos. No puede imaginarse el trabajo que eso nos da. Había centenares de textos de ciencias naturales, y entre ellos me llamaron la atención unos diez tomos sobre insectos cuyo aspecto original estaba semioculto por el polvo. Hay libros de ciencias naturales, como los de medicina y física, que suelen perder valor cuando se inventan nuevos tratamientos o se hacen nuevos descubrimientos, pero pensé que no sucedería tal cosa con unos libros de entomología, y empecé a examinarlos uno a uno tras quitarles el polvo. De improviso me encontré casualmente con *El libro ilustrado de los coleópteros de Japón*, de Gentaro Yamawaki, publicado en 1927 por la editorial Uendou. Entonces recordé el anuncio que viera en la sección de búsqueda de libros de un periódico y, por primera vez durante mi larga dedicación al oficio de bibliotecaria, tuve un mal pensamiento.

HE AQUÍ RESUMIDO lo que la mujer contó a continuación. Por supuesto, ella no había cometido ningún delito hasta entonces, y no con una clara visión materialista provocada por los doscientos mil yenes, sino por el deseo de poseer vestidos y artículos de lujo para mostrar a otras mujeres quién era ella, de repente surgió en el fondo de su pecho un sonido como de legumbres salteadas.

Tenía en las manos la papelera, y sin pensarlo dos veces metió en ella *El libro ilustrado de los coleópteros de Japón* y siguió arreglando los libros con una expresión de inocencia en el semblante.

—Voy un momento a vaciar la papelera —dijo a sus compañeras.

Salió al pasillo con la papelera en los brazos y extrajo el volumen para esconderlo en el lugar donde se depositaba el material desechado. Así, aunque un libro con el sello de la biblioteca apareciera en el exterior del edificio, siempre tendría la excusa de que lo había tirado por error junto con el contenido de la papelera.

Aquella noche, cuando volvió a casa y abrió el libro, estaba muy excitada y el corazón le latía con fuerza, como si se tratara de un libro indecente. De sus páginas se alzó un olor a polvo.

Era un libro realmente peculiar, que los lectores buscarían con afán, llenos de interés y curiosidad. No estaba claro si se había escrito con una finalidad artística o si era obra de un aficionado. Las ilustraciones eran heliotipos, bastante bonitas, pese al anticuado método de impresión, y el brillo de los lomos multicolores de muchos escarabajos les daba el aspecto de un anuncio de joyas. En el otro lado de la página figuraban los nombres científicos, los lugares de origen y las descripciones. Pero lo más curioso era la manera de clasificarlos. No se trataba de una clasificación científica, y el índice decía:

Primera clase. Familia lujuria (orden afrodisíaco, orden tónico).

Segunda clase. Familia hipnotismo.

Tercera clase. Familia asesinato.

Todo era por el estilo. Cabría considerar natural que, como era solterona, la mujer se hubiera saltado adrede la primera clase, que era la que más deseaba leer, y que su mirada se posara en la segunda clase. En la tercera clase especialmente, la del asesinato, habían hecho sin ninguna consideración unas marcas circulares rojas y subrayado varias líneas. Entre esa familia le llamó la atención un escarabajo llamado *higebuto hanamuguri* (*anthyna pectinata*) que figuraba en la página 132, pero, al buscar la ilustración correspondiente, vio que era un pequeño escarabajo de color pardo sin nada destacable, estrechado entre el lomo y el cuello, un cuello robusto desde el que se extendían las primeras patas y del que sobresalía un apéndice parecido a un cepillo. Se trataba de un escarabajo bastante común. La descripción continuaba: «Se crían en la isla de Honshu, en los alrededores de Tokyo, y se congregan en rosales, clerodendros y toda clase de flores. Su captura es relativamente fácil, y no se conoce solo por su poder hipnótico, sino también por su eficacia para cometer asesinatos simulando un suicidio. Si se administra a una persona el polvo de este escarabajo, después de haberlo secado y triturado, mezclado con bromisoval, un hipnótico cortical, es posible dar órdenes al centro cerebral del sueño de esa persona y conducirla al suicidio por cualquier método». La descripción finalizaba así, y la mujer intuyó al leerla que quien buscaba aquel libro lo hacía con la intención de cometer un delito. Con una hoja de afeitar eliminó minuciosamente el sello de la biblioteca en la guarda y la portadilla. Entonces escribió en una postal dirigida al apartado de correos: «Dispongo del libro que usted busca en edición íntegra. Si todavía no lo ha encontrado, se lo vendo en las condiciones por usted indicadas. Ahora bien, el pago debe realizarse a la entrega del libro, y el encuentro, preferentemente en domingo». Así de simple era el contenido de la postal, en la que indicó el número de su apartado de correos.

La respuesta le llegó al cabo de cuatro días. El remitente estaba de acuerdo en que se reunieran el domingo de la semana siguiente, y en cuanto al lugar del encuentro adjuntaba un plano donde se indicaba una casa, al parecer un chalé, a nombre de un tal Nakajima, que estaba bastante lejos de la estación de Fujisawa en Chigasaki. La redacción contenía numerosos errores, incluso

el nombre de la mujer estaba equivocado, y la caligrafía era infantil. Ella pensó que debía de tratarse de una persona muy rara.

A pesar de que aquella tarde de domingo hacía un tiempo primaveral, soplaban un viento frío cuando la mujer echó a andar desde la estación de Fujisawa en dirección al mar, siguiendo las indicaciones del plano. A un lado de la carretera asfaltada entró en un sendero cubierto de arena, que también se amontonaba al pie del viejo muro de piedra que rodeaba la urbanización de chalés. Una mariposa amarilla revoloteaba. Aún no se veía a nadie en la urbanización. Desde luego, últimamente en esa clase de lugares hay muchas viviendas cuyos inquilinos trabajan en Tokyo, pero aquella zona en especial parecía ser una urbanización de chalés antiguos y estaba muy silenciosa. Tras cruzar el pórtico en el que había una placa con el apellido Nakajima, un largo camino cubierto de arena se extendía hasta la casa, que era de estilo occidental y se hallaba en medio de un pinar. Su enorme jardín tenía un aspecto desolado, y el viento marino soplaban con furia.

La mujer tocó el timbre y cuando abrieron se sorprendió al ver un occidental grueso y rubicundo, vestido con una llamativa camisa a cuadros.

—Muchas gracias por su carta —le dijo en un japonés demasiado correcto que casi resultaba desagradable al oído—. La estaba esperando. Pase, por favor.

En la sala a la que le hizo entrar estaba otro extranjero, delgado como una mantis religiosa, que se levantó de su asiento y la saludó cortésmente. Ella había ido allí con la intención de huir si el ambiente le inspiraba temor, pero en la sala de solo doce tatamis⁴ había un conjunto de robustos sillones de estilo americano, y como estaban colocados directamente sobre la cobertura de tatamis, sin alfombra, daba la impresión de que la vivienda era provisional. No había otros muebles dignos de mención, y el *tokonoma*⁵ estaba ocupado por un televisor en color, la tonalidad de cuya pantalla apagada parecía la superficie negro azulada de un pantano. La puerta corredera de listones y papel estaba abierta, y el pasillo espolvoreado de arena se extendía hasta una puerta de vidrio que no encajaba bien y, sacudida por el viento, producía un ruido incesante. Saltaba a la vista que no estaba cerrada con llave, y la mujer tuvo la sensación de que la huida era posible desde cualquier lugar. El hombre delgado le ofreció una bebida alcohólica,

pero ella la rechazó, y entonces le trajo un vaso de limonada. La mujer ni siquiera tocó el vaso, pese a la sed que tenía, pensando en lo espantoso que sería ingerir un narcótico antes de que hubiera llevado a cabo la transacción. El extranjero grueso que hablaba japonés no le había dicho una sola palabra después de ofrecerle asiento. Como no mencionaba el libro sobre coleópteros, para llamar la atención ella hizo crujir la bolsa de la compra en la que había metido cuidadosamente el volumen y que tenía sobre el regazo, pero el hombre no reaccionó.

Los dos extranjeros cuchicheaban en inglés sin hacerle caso. Ella no entendía una sola palabra, pero, a juzgar por sus expresiones, era evidente que se trataba de algo serio. Poco a poco iba poniéndose nerviosa. En aquel momento sonó el timbre de la puerta.

—*Oh, maybe Henry...* —dijo el extranjero grueso, y se apresuró a abrir.

Precedido por un dachshund que parecía un león marino de largas orejas y pelaje aceitoso, entró otro extranjero algo mayor que sus compañeros, vestido con prendas ligeras, de facciones nobles. La actitud reverente de los otros dos daba a entender que era su jefe. Hicieron las presentaciones. El perro movía lascivamente las ancas. El recién llegado no parecía hablar en absoluto el japonés, pues, en un tono afable, le dirigió unas palabras rápidas en inglés.

—Henry dice que le está muy agradecido por visitarnos tal como prometió, y la tiene en gran estima —tradujo el hombre grueso.

Ella pensó que no había motivo para que la tuviera en gran estima, pero cuando el jefe añadió: «Ha traído el libro, ¿verdad?», se alegró porque por fin hablaban del asunto. Sacó de la bolsa el paquete y desenvolvió el libro.

—El dinero, ¿eh? —le dijo al hombre grueso para que lo tradujera—. *Money*, no lo olvide.

Pero él no le hizo caso. Al pensar en la posibilidad de que le quitaran el libro sin pagarle, a ella se le hacía un nudo en la garganta. El extranjero de más edad iba pasando las páginas del libro. Su semblante se había iluminado, señal de que estaba satisfecho.

—Disculpe —le dijo el hombre grueso—. Hasta ahora en todos los ejemplares de esta obra que habíamos conseguido faltaban treinta páginas. Parece ser que es la policía japonesa quien las elimina. Esta es la primera vez que tenemos un libro completo, y ya ve lo contentísimo que está Henry.

Íbamos a pagarle tras haber verificado la integridad de la obra. Aquí tiene, doscientos mil yenes. Cuéntelos bien, por favor.

Le hizo entrega del dinero, y en su mejilla apareció un hoyuelo que brillaba como un recipiente metálico esmaltado de blanco. El perro se acercó para oler el dinero. Ella contó los veinte billetes de diez mil yenes completamente nuevos y, tranquilizada, se levantó de su asiento para marcharse, pues no quería permanecer en aquel lugar ni un instante más de lo necesario.

—Oh, ¿ya se marcha? —le preguntó el hombre grueso. El delgado también se levantó para tratar de retenerla—. Ya que ha hecho un viaje tan largo para venir hasta aquí, ¿por qué no se queda a comer con nosotros?

—No, no se preocupe. Debo irme.

Rechazaba el ofrecimiento e intentaba marcharse porque presentía que iba a encontrarse con alguna escena horrible.

De improviso, el hombre grueso se le acercó más y le dijo al oído:

—Escuche, ¿no desearía medio millón de yenes más?

—¿Cómo?

La mujer se detuvo, dudando de haber oído bien.

⁴ Algo menos de veinte metros cuadrados. Una estera de tatami sirve como unidad para contar la superficie de las habitaciones. [*N. de los T.*]

⁵ Cubículo en la sala de estar donde se colocan rollos desplegados con pinturas, objetos artísticos o arreglos florales. [*N. de los T.*]

EL RELATO ORDENADO QUE ACABABA de contarle la mujer había interesado bastante a Hanio y le atraía, al contrario que ella, pues no tenía ningún encanto.

—Vaya, qué espléndida generosidad la de esos hombres. ¿Y va a decirme que cogió el medio millón y se marchó sin más?

—No, eso no podía ser. Me marché a pesar de todos los esfuerzos que hicieron por retenerme. Aunque no había indicios de que me persiguieran, eché a correr hasta la estación de Fujisawa, y cuando llegué estaba empapada en sudor.

—¿Y volvió a aquella casa?

—La verdad es que...

—La citaron de nuevo, ¿no es cierto?

—No, por alguna razón no podía olvidar lo que me habían dicho, así que un espléndido día de julio, un domingo aburrido en el que no tenía nada que hacer, volví allá para ver cómo estaban las cosas. Parecía haber alguien en la casa, y toqué el timbre. Esta vez abrió la puerta una señora japonesa, y me quedé perpleja. Al preguntarle si estaba Henry, me respondió de una manera adusta: «Ah, aquel señor extranjero. Esta primavera le alquilé la casa dos o tres semanas, pero después de que se marchara no he vuelto a saber nada de él». Me despedí secamente y me marché sin más.

—¿Ah, sí? Bueno, desde luego es un relato interesante, sí, interesante de veras. Pero ¿qué tiene eso que ver conmigo?

—Poco a poco va teniendo relación con usted —replicó la mujer.

Le pidió un cigarrillo y lo encendió. Tampoco esa acción tenía la menor gracia, más bien evocaba el descaro de una anciana vendedora de lotería que le pide un pitillo al cliente que le ha comprado un número.

—Después de esa segunda visita no hubo ninguna novedad. Dejé abierto el apartado de correos, pero no se pusieron en contacto conmigo. Hace poco,

al ver el anuncio de «Vida en venta», de repente se me ocurrió una cosa. Tal vez me ofrecieron medio millón de yenes para utilizarme como conejillo de Indias. Esa sería una explicación convincente, ¿no cree? Y pensé que, si aquellos hombres hubieran visto el anuncio, sin duda se habrían puesto en contacto con usted.

—En absoluto. No se pusieron en contacto conmigo. En primer lugar, ahora ese bribón extranjero ya debe de haber volado a Hong Kong o Singapur.

—Claro, si fuera del ACS... —dijo la mujer.

—¿Cómo ha dicho?

Hanio no podía dar crédito a sus oídos.

¡AQUELLA MUJER TENÍA conocimiento del ACS!

Como Hanio había empezado a dudar de que el ACS, que según aquel *sankokujin* era una simple creación de cómic de suspense, pudiera estar relacionado con la muerte de Ruriko, al oír las siglas en labios de aquella mujer le pareció que todo estaba conectado por un hilo único. En su mente surgió la sospecha de que, debido al anuncio de la vida en venta, le estaban utilizando para una escena del ACS. Pero, por otro lado, si la mujer perteneciera a una organización tan habilidosa, no pronunciaría su nombre con semejante despreocupación. Ella la había mencionado con absoluta inocencia, y sin duda su informe sobre la reunión con los extranjeros en Chigasaki también había sido honesto y basado únicamente en lo que había presenciado.

—¿Qué diantres es eso del ACS?

—Ah, ¿no lo sabe? Es el Asia Confidential Service, una organización secreta. Dicen que está relacionada con el contrabando de drogas.

—¿Cómo es que sabe usted una cosa así?

—Un extranjero que acudía a la biblioteca se dedicaba al tráfico de drogas. El hombre iba todos los días a la biblioteca, y parecía tan estudioso que yo le admiraba. Era afable y bien plantado, y al hablar de él con mis compañeras de trabajo me enteré de que era profesor auxiliar de la universidad C. de Los Ángeles y que realizaba una investigación sobre historia japonesa. Le suponíamos una eminencia en su especialidad. Un día me fijé en que un japonés, también asiduo de la biblioteca, que parecía un parado, se sentaba al lado del extranjero en la sala de lectura. Daba la impresión de que se habían conocido allí, y también pedía siempre libros de historia japonesa. Una de mis compañeras me comentó que aquel hombre, aunque era japonés, estaba aprendiendo de un extranjero que sabía mucho más que él, cosa que hacía pensar en el mundo al revés.

»Al cabo de un tiempo, la recepcionista trabó amistad con el extranjero, y este incluso la invitó a una cafetería que estaba cerca de la biblioteca, pero, sin que viniera a cuento, se mostraba demasiado cauteloso y le pidió que fuese en compañía de sus amigas. A ella la idea no le hizo ninguna gracia, pero nos propuso que la acompañáramos y acepté a pesar de que no me apetecía ir. Esto debía de suceder hacia mayo del año pasado. Lo que ocurrió aquella tarde me impresionó tanto que lo recuerdo con todo detalle. Al salir del trabajo, caminamos con aquel extranjero que dominaba el japonés bajo las bonitas hileras de árboles que se extendían entre la biblioteca y la entrada de la ciudad, iluminadas por la luz del sol todavía intensa. Las tres estábamos alegres, aunque un poco nerviosas, y competíamos entre nosotras para conducir al extranjero a aquella cafetería que frecuentábamos.

»Nos sentamos a una mesa y empezamos a charlar. Él tenía mucha labia y nos hacía reír, diciéndonos, por ejemplo: “Tomando té de importación en compañía de tanta belleza me siento como un shogun Tokugawa”. Según como se mire, no es una broma propia de un hombre bien educado, pero en labios del señor Dodwell era del todo inocente. Hablamos de muchas cosas, él en un japonés aséptico, tan fluido que parecía una máquina demasiado bien engrasada, y entonces, en un tono amable, nos preguntó si sabíamos qué era el ACS. “No sé —dijo una de nosotras—, podría ser un canal de televisión, pero en Japón ninguno se llama así. Tal vez sea americano.” “¿No será el nombre de un fabricante de televisores?” Otra propuso: “Creo que podría ser una organización internacional colaboradora en proyectos agrícolas, Agriculture Cooperative System o algo así”. Miré a la chica con desagrado, por la pedantería con que demostraba sus conocimientos de inglés.

»El extranjero nos escuchaba con una sonrisa burlona, y finalmente dijo:

»—La última respuesta es la que más se aproxima a la correcta. Sí, la consideramos una organización internacional, pero parece tratarse de una organización secreta llamada Asia Confidential Service. Tengo entendido que es terrible y, además, se encuentra cerca de vosotras.

»Esta explicación nos produjo escalofríos, y estábamos deseando saber más. El señor Dodwell prosiguió:

»—¿Os acordáis del japonés que siempre se sentaba a mi lado en la biblioteca sin que nos conociéramos de nada y me hacía preguntas de

historia? Nunca había visto a nadie que molestara tanto en una biblioteca pública y, además, que hiciera unas preguntas tan tontas. Por ejemplo, cuántos hijos tuvo Masahige Kusunoki. Todo lo que preguntaba era por el estilo. Como desconocía la respuesta, y fastidiado por su pesadez, le dije al azar que los hijos fueron diez. Entonces se le iluminó el rostro. Más adelante pensé que mi respuesta había coincidido casualmente con la contraseña. A partir de entonces se mostró muy cauto y dejó de importunarme, pero anteayer, de repente, se dirigió a mí: “Así que no es usted del ACS”, me dijo. “¿Qué es el ACS?” “Asia Confidential Service... menos mal... a punto he estado de matarle por error.”

»—¡Qué espanto! —exclamamos nosotras a coro—. ¿Por qué no lo denunció inmediatamente a la policía?

»—Porque habría sido peor complicar el asunto más de lo que estaba —respondió el señor Dodwell, y frunció los labios con una expresión de docilidad.

»Desde ese día el señor Dodwell no ha vuelto a aparecer por la biblioteca, pero las siglas ACS se me han quedado grabadas para siempre en la memoria.

AL LLEGAR A ESTE PUNTO, Hanio intervino.

—Yo diría que ese Dodwell es un miembro de la organización —planteó, aunque no tenía ninguna base sólida para afirmar tal cosa.

—Pero, de ser así, ¿por qué nos habría contado todo eso?

—Seguramente porque habíais visto que se comunicaba con aquel hombre en la biblioteca y quería sondearos para saber qué pensabais.

—Tal vez —dijo ella. Era evidente que no le interesaba esa posibilidad—. Bien, volvamos al asunto principal. Ya es hora de que le diga por qué he venido a comprar su vida. Puesto que ese Henry todavía no se ha puesto en contacto con usted, la cuestión del medio millón de yenes sigue en el aire. En cuanto vi su anuncio, me convencí de que era la persona adecuada para probar el polvo de *hinebuto hanamaguri*. Me basta con cien mil yenes como pago por haberle introducido. ¿Quiere venderme su vida por cuatrocientos mil? Si está de acuerdo, le garantizo que enviaré el dinero a un familiar suyo antes de que usted muera.

—No tengo ningún familiar.

—Entonces, ¿qué va a hacer con el dinero de la venta de su vida?

—Mire, le sugiero que se compre un animal de gran tamaño, como un cocodrilo o un gorila, y que se pase la vida con él, abandonando la idea de casarse. Creo que no habrá un novio más digno de usted, ¿no le parece? Pero no se le ocurra venderlo para hacerse un bolso, ¿eh? Tendrá que esforzarse mucho para cuidarlo, darle de comer, procurar que haga ejercicio físico. Y cada vez que mire a ese cocodrilo, se acordará de mí.

—Realmente es usted un hombre muy raro.

—Si hablamos de rarezas, la suya me supera.

LA MUJER ENVIÓ UNA NOTA urgente al apartado de correos de Henry, en la que le decía: «Acepto el experimento de ese polvo por medio millón de yenes, pero vendré acompañada de una persona». La respuesta a esta sencilla comunicación le llegó en seguida, indicándole la fecha y la hora del encuentro: el día tres de enero por la noche, en uno de los locales de la zona de almacenes de Shibaura.

Hanio se había reunido previamente con ella, y los dos llegaron a la desierta zona de almacenes, bajo un fragmento de luna invernal que parecía a merced del viento. La puerta no se abrió hasta que hubieron llamado por quinta vez. Bajaron por una escalera que se curvaba una y otra vez, en cuyo pie se toparon una fría puerta metálica. Al abrirla, notaron en la cara el impacto de una atmósfera cálida y cargada. Entraron en una habitación de estilo occidental de unos diez metros cuadrados y muy bien caldeada, con una alfombra roja. Había dos ventanas cuadradas contiguas, a través de las que se veía un sucio fondo marino con numerosos desechos y basura acumulados, sin ningún pez. Algo blanco que flotaba junto al marco de una ventana parecía ser un pececillo muerto, pero Hanio se apresuró a desviar la mirada, pues le había dado la impresión de que era un feto humano. Sin embargo, la habitación estaba cómodamente amueblada y en la chimenea unos leños artificiales emitían una luz roja. Al parecer, evitaban encenderla para que el humo no saliera al exterior.

Tres extranjeros les estaban esperando. Uno de ellos, ya en el umbral de la vejez, parecía ser Henry. La mujer fue la primera en hablar.

—El otro día me preguntaron si quería medio millón de yenes, ¿no es cierto?

—Así es, en efecto —respondió uno de los extranjeros.

—Supongo que ese sería el pago si me prestara a hacer de conejillo de Indias de la sustancia, ¿verdad?

—Ajá, lo ha entendido a la perfección.

—Bien, he venido con este señor, que se presta a ello. Ya he pagado por su vida y no tienen más que darme el dinero.

El extranjero estaba sorprendido. Consultó con los otros dos, en voz muy baja.

—Pero va a morir... ¿Está usted de acuerdo?

—Sí, lo estoy —respondió Hanio con semblante impasible—. ¿Por qué se sorprenden tanto? Saben muy bien que la vida es insignificante y que los seres humanos somos unos simples muñecos. No irá a decirme que eso es motivo de asombro precisamente para unas personas como ustedes.

—En eso tiene razón. Empezamos hace bastante tiempo y ya hemos acumulado una cantidad importante de *higebuto hanamuguri*. Mezclándolos con bromisoval, hemos preparado una sustancia que han probado dos o tres personas. Comprobamos que lo que explica ese libro es cierto, actuaban tal como nosotros deseábamos. Pero todavía no hemos conseguido inducir al suicidio. Dudamos de la resistencia que opondrá el instinto de supervivencia al recibir la orden de suicidarse. Y ahora, puesto que tenemos una persona dispuesta a morir, podremos hacer el experimento.

—Pero ante todo preparen el medio millón.

Henry hizo una seña a uno de los hombres, y este presentó un fajo de billetes. Los contó uno a uno y se los entregó a la mujer. Ella separó diez, que se guardó en el bolso, y dio el resto a Hanio.

El hombre depositó una pistola encima de la mesa.

—Está cargada y con el seguro quitado —le dijo—. Basta con que dirija el cañón hacia sí mismo y apriete el gatillo.

Hanio se sentó en el sillón y engulló el polvo con un vaso de agua.

No ocurrió nada.

Después de haber tomado la sustancia, no cambió en absoluto su presentimiento de que el mundo carece de significado. Es un escarabajo vulgar y corriente que vuela de flor en flor. Aunque el polen transportado por un insecto perezoso que se pasa la vida hundiendo sus órganos olfativos en las corolas de las flores penetrara en su cuerpo, este mundo no podría convertirse en un campo florido. De repente se fijó con detalle en la expresión de la casta solterona que estaba ante él. No lo había notado hasta

entonces, pero cada una de las arrugas debajo de los ojos, cada poro de la áspera piel, cada hebra de su cabello, como los tañidos de otras tantas campanas, gritaban «te quiero, te quiero, te quiero», y Hanio deseaba taparse los oídos para librarse de aquellos irritantes sonidos. ¿En qué momento se establecería un compromiso entre la sensación de que, pese a que el mundo adquiriese sentido, no se arrepentiría de morir y la de que, como el mundo carecía de sentido, no le importaba morir? En cualquier caso, la única opción de Hanio era la de morir.

Entretanto, cuanto rodeaba a Hanio se iba licuando lentamente, y veía que el viento hinchaba el papel de las paredes. Unos objetos amarillos parecidos a pájaros volaban en bandada. Desde algún lugar llegaba una música que creaba la fantasía de un bosque azul como de algas oscilantes, y bajo racimos de flores parecidas a glicinas que pendían de las ramas galopaban innumerables caballos salvajes. Desconocía la procedencia de esa fantasía, pero le hacía sentir que este mundo tan tedioso como un periódico cuyos caracteres adoptan la forma de cucarachas se estaba esforzando al máximo por transformarse en algo magnífico. «Pero de todas maneras ese esfuerzo es demasiado visible», criticó Hanio en su fuero interno. «El esfuerzo por aclarar la misma falta de sentido es despreciable.» De súbito cambió el modo de transformación del mundo. Innumerables agujas gigantes se alzaban gradualmente y le rodeaban. Las agujas brillaban y en sus cabezas aparecían al mismo tiempo unas flores semejantes a las del cactus, rojas, amarillas y blancas. Hanio pensó que eran flores de poco precio. Inmediatamente las agujas se convirtieron en antenas de televisión, y una profusión de papeleras de plástico azul colocadas detrás del edificio empezaron a flotar entre las antenas como si fueran globos publicitarios. «Es mediocre, de una trivialidad absoluta», se dijo Hanio.

—Bien, ¿está dispuesto a morir? —oyó decir a alguien.

—Sí, lo estoy.

En cuanto hubo respondido así, se sintió aliviado. Hasta entonces había tenido la sensación de estar atado de pies y manos en una silla, pero ahora notaba libres las extremidades, se alegraba de que estas obedecieran las órdenes que recibía de alguien y todo le daba lo mismo.

—Entonces va a morir. A partir de ahora hará lo que le diga. Le procuraré

una muerte cómoda.

—De acuerdo. Gracias.

—¿Está listo? Extienda la mano derecha hacia adelante.

—¿Así?

—Eso es.

Ni él mismo debía de oír su propia voz, pues estaba en su mente, pero oía claramente la voz del otro que le daba instrucciones precisas.

—Toque esa cosa dura y negra que está encima de la mesa. Cójala bien, ¿eh? Ajá. No toque todavía el gatillo. Llévesela con cuidado a la sien. Sin nervios, tranquilamente. No ponga rígidos los hombros. Lo ha entendido, ¿verdad? Apoye con firmeza la boca del cañón en la sien. ¿Qué? ¿Está fría, no es cierto? Una sensación agradable, ¿a que sí? Te despeja la cabeza como la bolsa de hielo que te aplicas cuando tienes fiebre alta, ¿no le parece? Y ahora ponga el dedo índice en el gatillo.

TRAS HABER APOYADO el cañón de la pistola en la sien, el dedo de Hanio estaba a punto de apretar el gatillo. Sucedió justo en ese momento. Alguien se abalanzó sobre él y le arrebató el arma. Oyó una detonación muy cerca de donde estaba, seguida por los ladridos del perro.

Al parecer, la conmoción interrumpió los efectos de la droga, y se levantó de la silla con una sensación de mareo. Veía claramente la increíble escena en la habitación. A sus pies estaba tendida aquella mujer, contorsionada, la sangre brotándole de la sien. El hombre grueso y rubicundo, el delgado como una mantis y el atildado señor Henry estaban en pie alrededor del cadáver, atónitos. Hanio, todavía mareado, introdujo la cabeza entre los tres hombres y contempló detenidamente el cuerpo de la mujer, que tenía asida con firmeza la pistola en la mano derecha.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Hanio al extranjero rubicundo.

—Ha muerto —respondió en japonés el hombre, abstraído.

—¿Por qué?

—Debía de estar enamorada de usted. Seguro que lo estaba. No hay otra explicación. Por eso ha decidido morir en su lugar. Sin embargo, por mucho que no soportara verle morir, habría bastado con que le quitara la pistola de la mano. No había ninguna necesidad de que ella muriese.

La mente de Hanio tendía a la vaguedad, y se esforzaba al máximo por concentrarse para pensar. El motivo por el que la mujer se había suicidado era simple. Empezaba a enamorarse de él, pero, como no confiaba en ser correspondida, había preferido la muerte. Realmente esa era la única explicación posible.

—No hay ninguna duda de que ha sido un suicidio —dijo el extranjero rubicundo—. No tenemos que preocuparnos de nada.

A Hanio no se le ocurrió pensar por un solo instante qué se podría hacer ante un resultado final tan malo. Que aquella mujer sin el menor encanto le

hubiera amado era un fastidio, y que por esa razón hubiera llegado a suicidarse era realmente excesivo. Resultaba sorprendente que las dos ocasiones en que había vendido su vida hubieran terminado con la muerte de otra persona. Esperaba con interés a ver cómo iban a ocuparse los extranjeros de la situación. Si hicieran las cosas bien, ahora le matarían.

Los tres hombres tenían las cabezas juntas y hablaban en voz baja. El dachshund seguía gruñendo al cadáver. Parecía como si la sangre hubiera despertado de repente la bestialidad de aquel perro que estaba demasiado domesticado. La sangre salía furtivamente por debajo del cuerpo como si lo hiciera con astucia, como si huyera aprovechándose de la confusión. La mujer tenía la boca abierta, y parecía como si en aquella oscura cavidad hubiera un sendero secreto que conducía al fin del mundo. Los ojos estaban semiabiertos, pero sobre uno de ellos había unos pelos desprendidos que se habían quedado atrás. «Ahora que lo pienso, es la primera vez que miro a un muerto de una manera tan directa. No miré así los cadáveres de mis padres. Un muerto da la impresión de una botella de whisky que ha caído al suelo y se ha roto. Si la botella se rompe, es natural que el contenido se derrame.»

A través de la ventana, el oscuro mar estaba agitado. Los extranjeros seguían enfrascados en su interminable conversación. Aunque Hanio no entendía bien el inglés, captaba palabras sueltas, como *flight number* y *airline*, que debían de estar relacionadas con un avión. Uno de ellos se envolvió la mano con un pañuelo y sacó del bolso de la mujer los diez billetes de diez mil yenes, que puso en la mano de Hanio.

—Esto es secreto, ¿de acuerdo? Es para comprar tu silencio. Mira lo que te pasaría si contaras lo ocurrido.

El hombre, que había hablado en voz alta y firme, hizo el gesto de cortarse su propia garganta.

Hanio subió al coche de los extranjeros y se apeó en la estación de Hamamatsucho. Durante el trayecto, los tres hombres no habían intercambiado una sola palabra, y Hanio tuvo la sensación de que se esforzaban por ignorarle. Al bajar, les saludó agitando la mano y dio la espalda al vehículo sin ninguna emoción especial, como si se despidiera de unos amigos habituales con los que hubiera hecho una excursión.

Compró un billete de tren y subió la escalera. Entonces volvió a

embargarle una sensación extraña. Era como si los anodinos escalones de hormigón no terminaran nunca. Él los subía trabajosamente, pero, por mucho que subiera, no llegaba al andén. El número de escalones aumentaba sin cesar. Allá arriba había señales de trenes que llegaban y partían, de pasajeros que bajaban, oía el silbido real del tren, pero no había manera de que esa escena se relacionara con la escalera que él estaba subiendo. Era como si ya hubiese muerto.

Aunque se creía libre de moral y de sentimientos, de todas las cosas de este mundo, le obsesionaba la pesada carga del amor que le había mostrado la mujer muerta. ¡Y eso a pesar de que una persona desconocida debería ser para él como una cucaracha!

De repente sintió que la escalera se derrumbaba en su pecho como una cascada blanca, y sin darse cuenta se encontró en el andén. Llegó el tren y Hanio subió con una sensación de profunda fatiga. La claridad en el interior del vagón vacío evocaba el paraíso, y las anillas sujetamanos cubiertas de plástico blanco oscilaban todas a la vez. Hanio asió una de ellas y le pareció que era la anilla la que le aferraba fuertemente.

HANIO ESTABA DESEANDO conocer el resultado del incidente. Como se sentía muy cansado, dio la vuelta al cartel de la puerta, que ahora decía: «Vida agotada en estos momentos». Su misma fatiga le permitía seguir vivo. Debe de ser cierto que incluso coquetear con la idea de la muerte requiere energía.

Ni el periódico del día siguiente ni el del día posterior traían la noticia de que se hubiera encontrado el cadáver de una mujer que se había suicidado en una misteriosa habitación secreta en el fondo del mar. ¿Seguiría allí el cuerpo, tal como había quedado, pudriéndose?

Entretanto Hanio iba volviendo gradualmente a la normalidad cotidiana. Una sensación de normalidad a pesar del suicidio, en la que todo le parecía irreal e increíble. Cuando vives en el mundo, no sientes ni tristeza ni alegría, todo está velado, con vagos contornos, la falta de sentido ilumina la vida de día y de noche, con una luz suave, como indirecta. Poco a poco se fue convenciendo de que una mujer como aquella no podía haber existido, de que era imposible algo tan absurdo como que la habitación secreta en el fondo del mar fuese real. Pensar así le hizo sentirse mejor e incluso le entraron ganas de salir a la calle, de la que todavía no habían retirado los adornos de fin de año. Llevaba bastante tiempo sin acostarse con una mujer y se sentía raro. Mientras paseaba por las calles de Shinjuku, su mirada se posó de repente en el trasero de una chica que iba a entrar en una tienda que anunciaba rebajas. Probablemente le había llamado la atención que, pese al frío de enero, no llevaba abrigo. El trasero enfundado en una falda a cuadros de un verde descolorido era abundante, como salido de un cuadro de Renoir. Iluminado por la luz del sol invernal, parecía contener apretujadas las esencias de la vida, y evocó en Hanio la sensación de frescura que uno experimenta al sacar de su envase un brillante y tenso tubo de dentífrico nuevo, la promesa de una mañana deliciosa. En pos de aquel trasero, Hanio entró en la tienda.

La joven se detuvo ante los suéteres de liquidación. Prendas de diversos colores se amontonaban desordenadas en una caja que recordaba el cajón de arena en un parque infantil. Hanio observó su perfil mientras ella buscaba suéteres afanosamente, haciendo un mohín. En pleno día llevaba unos pendientes de plata en forma de piña tropical, y Hanio dedujo que trabajaba en un bar de baja categoría. Pero tenía un perfil muy bonito y, sobre todo, la forma de su nariz era exquisita. La nariz encorvada en un perfil femenino activaba la misantropía de Hanio, y gracias a la forma satisfactoria de aquella nariz se puso de buen humor.

—¿Te apetece ir a tomar algo? —le preguntó sin emplear ninguna técnica, como si le diera pereza hacerlo.

La joven ni siquiera se volvió para mirarle, y en un tono impasible replicó: —Un momento, déjame que mire esto primero.

Siguió absorta en los suéteres. Extendió entre sus brazos uno negro como un murciélago y lo estuvo considerando. Su mohín parecía indicar que no le gustaba mucho. En la parte delantera del suéter oscilaba la chillona etiqueta dorada y roja del fabricante, como la tira de papel que se cuelga de una caña de bambú durante el festival de Tanabata.

—Es barato, pero... —dijo la chica, hablando consigo misma.

Entonces se volvió por primera vez hacia Hanio.

—¿Qué tal? —le preguntó, poniéndose la prenda contra el pecho—. ¿Me queda bien?

A Hanio le sorprendió su tono de hastío, apropiado para preguntar algo a un hombre con el que llevara viviendo más de diez años. Miró el suéter que poco antes parecía un murciélago muerto y ahora se adhería flojamente a aquel pecho, pero de repente adoptaba una forma redonda.

—No está mal —respondió.

—Pues me lo quedo. Espera un momento.

La chica se dirigió a la caja para pagar. De haberle pedido que le comprara un suéter tan barato, él habría experimentado una sensación de domesticidad, pero la figura de la joven vista de espaldas, con la cabeza inclinada sobre el monedero, le satisfizo.

Fueron a una cafetería cercana.

—Me llamo Machiko. Quieres acostarte conmigo, ¿verdad?

—Bueno, más o menos.

—Qué malo eres. Disimulas lo que realmente deseas. —Soltó una risa contenida, tratando de mostrarse como una mujer experimentada.

Todo fue muy bien. Machiko le dijo que no tenía que incorporarse al trabajo hasta las siete de la tarde, y Hanio la acompañó a su apartamento, a una o dos manzanas de distancia, en un entorno ruidoso. Mientras se desabrochaba la falda, Machiko bostezó y le informó de que no era nada friolera.

—Ya me había dado cuenta. Al verte sin abrigo, he sabido que te arde el cuerpo.

—Qué malo eres —replicó ella—. Y con ese aire de suficiencia. Pero no me disgustan los hombres como tú.

Su cuerpo despedía un olor como de heno, y luego Hanio se preguntó si se le habría quedado alguna brizna adherida a la americana.

ANTES DE ACOMPAÑARLA hasta su lugar de trabajo, tomaron una cena ligera en una cafetería. Entonces Hanio vio la mitad de una película de yakuzas, y al volver a su apartamento calculó que debían de ser más de las ocho. Se disponía a abrir la puerta cuando tropezó con algo en la oscuridad y estuvo a punto de caer. Había alguien acucillado delante de su puerta.

—¡Eh! ¿Qué haces aquí?

Un adolescente delgado con uniforme de estudiante se levantó sin responderle. Tenía una cara ratonil, pequeña y sombría.

—¿Está definitivamente agotada? —le preguntó el chico con brusquedad, y Hanio no supo de qué le estaba hablando.

—¿Cómo dices?

—Le he preguntado si la vida está agotada —dijo el muchacho.

—Tal como indica este cartel.

—Eso no es cierto. Si su vida se hubiera agotado de veras, usted estaría muerto.

—No es necesariamente así. Anda, pasa.

El chico le caía bien sin que supiera por qué. Hanio le franqueó la entrada, encendió la luz y, mientras preparaba la estufa, el muchacho husmeó el ambiente y miró a su alrededor.

—Es extraño —dijo, todavía en pie—. No parecen faltarle medios para vivir bien. ¿Por qué ha decidido vender su vida?

—No preguntes cosas triviales. Cada uno hace lo que le conviene.

Hanio le ofreció asiento y el chico, exagerando la nota, se dejó caer pesadamente en el sillón.

—¡Ah, qué cansado estoy! Dos horas de espera...

—Qué le vamos a hacer. Mi vida estaba agotada.

—He visto bien ese letrero. Cuando no le apetece trabajar le da la vuelta, ¿no es cierto? Incluso yo entiendo eso.

—No te falta perspicacia, desde luego. Sin embargo, eres un crío. ¿Tienes dinero para comprar mi vida?

—Mientras pague no hay problema, ¿verdad? —Se desabrochó uno de los botones dorados del uniforme y, del bolsillo interior, sacó con toda naturalidad un fajo de billetes de diez mil yenes.

—¿Cómo has conseguido tanto dinero?

—No lo he robado, ¿eh? He vendido un dibujo de Tsuguharu Fujita que estaba en casa. Me han chantajeado para darme menos de lo que vale, pero eso es irremediable. Necesitaba dinero con urgencia.

Esta manera de hablar hizo comprender a Hanio que el muchacho era de buena familia, no el miserable arrapiezo que al principio le había dado a entender que era su cara ratonil.

—Menuda sorpresa. Ahora tengo una mejor opinión de ti. Bueno, dime, ¿qué harás con la vida que vas a comprar?

—Yo soy muy buen hijo.

—Eso está bien.

—Mi padre murió hace mucho tiempo y mi madre y yo vivimos solos. Además, ella está enferma. Me da mucha pena.

—¿Tu madre está enferma?

—Sí.

—¿Y qué quieres que haga yo?

—Digamos, para simplificar, que deseo que la consuele.

El sentido que tenía en este caso el verbo «consolar» era evidente.

—¿A una enferma?

—Está enferma, es cierto, pero si la consolara se curaría en seguida.

—Si solo se trata de eso, ¿qué necesidad hay de que venda mi vida?

—Se lo contaré con calma. Desde que murió mi padre, mi pobre madre está sexualmente insatisfecha. Al principio se mostraba reservada conmigo, le avergonzaba reconocerlo, pero está claro que ya no puede aguantar más.

—Eso suele pasar —dijo Hanio, que empezaba a aburrirse.

Aquel crío con uniforme estudiantil debía de hacerse unas ilusiones exageradas acerca de la vida. Estaba en la edad en que uno cree haber descubierto cuál es su secreto tras haber organizado en su propia mente un drama de tres al cuarto. Pese a ser tan joven, tenía una faceta muy madura,

pero a menudo se encuentra entre los chicos de ahora ese tipo que es como un brote de cola de caballo demasiado crecido, que tiene gusto, pero carece de sabor. En tales condiciones había ido a comprar una vida humana, revelando lo mucho que ansiaba ser adulto, y Hanio sintió cierto menosprecio hacia él.

—En los últimos tiempos mi madre se relacionó con un hombre, pero este huyó en seguida. Consiguió relacionarse con otro, y también huyó. Así ha tenido contacto sucesivamente con doce o trece hombres, y todos han puesto pies en polvorosa, blancos como la cera. Hace dos o tres meses la abandonó un hombre que la quería mucho. Desde entonces sufre una anemia grave y no se levanta de la cama. ¿Sabe por qué?

—Pues no sé... —respondió Hanio por mera cortesía.

El muchacho abordó la cuestión principal con los ojos brillantes.

—¿Sabe por qué? —repitió—. Mi madre es una mujer especial. Es una vampira.

¿QUÉ SIGNIFICARÍA REALMENTE que la madre de aquel chico era una vampira? ¿Es posible que exista tal cosa en el mundo de hoy? Pero el muchacho no añadió ninguna explicación a lo que acababa de decir. Parecía ser metódico, pues llevaba consigo un recibo.

—Indique aquí el importe de doscientos mil yenes —le dijo en un tono muy serio—. Añada esto: «El pago es por adelantado. En caso de que no me sea posible satisfacer al comprador, devolveré sin falta el dinero», y fírmelo.

Tendió el recibo a Hanio y este se lo devolvió firmado.

—Hoy estoy un poco cansado y tengo sueño —le dijo el muchacho—. Vendré a buscarle mañana a las ocho de la tarde. Será mejor que por entonces ya haya cenado. Ponga orden en el apartamento, ya que probablemente no podrá volver. Aunque saliera con vida, calcule que pasará allí unos diez días.

El chico se marchó y, al quedarse solo, Hanio recordó el nombre que le había hecho escribir en el recibo, Kaoru Inoue. Parecía que esta vez sí que iba a morir. Se dijo que aquella noche debía dormir bien.

ERAN LAS OCHO EN PUNTO de la tarde del día siguiente cuando oyó el timbre de la puerta. Kaoru venía a buscarle. Vestía igual que el día anterior, con el uniforme de estudiante.

Hanio se dispuso a salir del apartamento sin la menor vacilación, pero Kaoru insistió una vez más.

—¿Seguro que no lamenta perder la vida?

—No —se limitó a responder Hanio.

—¿Qué ha hecho con el dinero que le di ayer?

—Lo he guardado en un cajón.

—¿No va a ingresarlo en el banco?

—No serviría de nada que lo ingresara. Después de mi muerte, si el portero de la finca encontrara el dinero en el cajón, se quedaría con él... No tardarás en comprender estas cosas. Valga lo que valga mi vida, lo mismo da doscientos mil que treinta yenes. El dinero hace mover el mundo, pero solo si estás vivo.

Salieron a la calle y echaron a andar lentamente.

—¿Tomamos un taxi? —preguntó el chico.

Se adelantó para llamar a uno y su figura, vista por detrás, daba una impresión de ridícula alegría.

Una vez dentro del vehículo, y después de oírle decir a Kaoru que iban a Ogikubo, Hanio le preguntó:

—¿Tanto te alegra que me muera?

Los ojos sorprendidos del taxista brillaron en el retrovisor.

—No se trata de eso, es que estoy contento porque voy a hacer feliz a mi madre.

Poco a poco Hanio fue teniendo la impresión de que todo aquello pertenecía al mundo de quimeras del muchacho. Sin embargo, como los dos casos anteriores habían tenido un final trágico, pensó que en esta ocasión estaría bien que se encontrara con una comedia trivial. El taxi se detuvo ante una casa con un portal majestuoso, en una oscura zona residencial. Como el muchacho se apeó del vehículo, Hanio creyó que iban a entrar en aquella casa, pero Kaoru echó a andar por delante de él. Después de girar a la izquierda, caminaron unos doscientos o trescientos metros. Kaoru se detuvo en el magnífico portal de una casa similar a la anterior, hizo girar la llave en la cerradura y, en la oscuridad, miró a Hanio con una ancha sonrisa.

Dentro de la casa no se veía luz por ninguna parte. El chico fue abriendo las puertas una tras otra y condujo a Hanio hasta el salón, que estaba iluminado por una lámpara suspendida del techo y olía a moho. La estancia tenía un aire antiguo de buen gusto, con una chimenea auténtica sobre cuya repisa había un espejo de estilo Luis XVI, con resquebrajaduras y deslustrado en algunas zonas, así como un reloj antiguo dorado sujeto por un ángel a cada lado. Kaoru estornudó una sola vez y, sin decir nada, se puso a encender la chimenea.

—¿No vive nadie aquí aparte de vosotros?

—Claro que no.

—¿Quién se encarga de cocinar?

—No pregunte por unas cosas tan domésticas. Soy yo quien cocina y quien también hace comer a la enferma.

Cuando las llamas prendieron en los leños, el muchacho sacó de un mueble que estaba en un rincón una botella de coñac de alta calidad, vertió licor en una copa, la sujetó por el pie, la calentó hábilmente al amor de la lumbre y se la ofreció a Hanio.

—¿Dónde está tu madre?

—Bueno, necesitará como una media hora más. En su mesilla de noche hay un timbre que suena cuando se abre la puerta principal. Entonces se levanta sin prisas, se maquilla cuidadosamente y se cambia de ropa antes de presentarse aquí. Así que tardará media hora por lo menos. Está sobre ascuas porque su cara le ha gustado mucho. En general, es demasiado fotogénico, ¿no cree?

—¿Pero cómo has conseguido una foto mía? —le preguntó Hanio, sorprendido.

—Fue anoche. ¿No se dio cuenta?

Kaoru se sacó del bolsillo del uniforme la mitad de una cámara en miniatura, no mayor que una caja de cerillas, y se rio fríamente.

—Vaya, ahora sí que me has ganado.

Hanio movía la copa e iba tomando el coñac a pequeños sorbos. De una manera extraña, el aroma del licor le hizo imaginar que el encuentro de aquella noche sería muy dulce. Kaoru jugueteaba con un botón de su uniforme, sin saber qué hacer, observando a aquel curioso ser vivo, un adulto que, después de comer, disfruta lentamente de una copa de licor. De improviso, se levantó bruscamente.

—Oh, se me había olvidado. Tengo que hacer los deberes antes de irme a dormir. Disculpe, pero me voy. Le dejo con mi madre. Y no se preocupe por la funeraria. Conozco una muy económica.

—Quédate un poco más, hombre —replicó Hanio, pero antes de que hubiera terminado la frase, el muchacho había desaparecido.

Una vez a solas, Hanio no tenía otro modo de matar el tiempo que contemplar la sala. Pensó que para él vivir era aquello, la espera de que

sucediera algo. Cuando trabajaba en Tokyo Ad, un empleo de cuello blanco en una oficina excesivamente iluminada y muy moderna a la que iba todos los días vestido con trajes a la última moda, estaba mucho más muerto que ahora. Era un hombre que había decidido morir, pero en aquellos momentos estaba saboreando lentamente un coñac y tenía cierta expectación sobre su futuro, incluso sobre su misma muerte. Se preguntó si no estaba cayendo en una contradicción curiosa.

Para aliviar el tedio, estaba mirando un dibujo a color de una cacería de zorros y el retrato de una mujer pálida que colgaban de la pared, cuando reparó en un fajo de papeles viejos que sobresalía por un borde del marco. Era uno de esos lugares apropiados para esconder los ahorros secretos, pero a nadie se le ocurriría hacer tal cosa en un salón. La espera se hacía demasiado larga y su curiosidad se intensificó, hasta que no pudo aguantar más y cogió los papeles. El fajo estaba polvoriento, y era evidente que nadie lo había tocado desde hacía bastante tiempo. Seguramente había emergido por el borde del marco durante una sesión de limpieza. Sin duda quien lo escondió allí no tenía la menor intención de que alguien lo descubriera. Eran unas hojas del papel cuadriculado especial que se emplea para escribir caracteres japoneses y, al separar una de ellas, se levantó una nubecilla de polvo y se dispersó a su alrededor. A Hanio se le oscurecieron los dedos como si hubiera tocado las escamas de una polilla negra. En el papel estaba escrito:

«Poema dedicado a una vampira» K.

Desmelenada

Desmelenada en absoluta contradicción consigo misma

A orillas del río, en primavera, una bicicleta tomada por el óxido,

Abandonada

Un éxtasis de erotismo y sangre

En medio de la brillante fluidez del mecánico rechinar de dientes

Una noche tras otra finalizada con una cápsula

Y, una vez engullida como una medicina,

Un gallo lírico canta

Un policía de Endocarditis Subaguda

En el vestíbulo del hotel Excelsior

En la garganta del hotel
Desenrolla una alfombra roja
Ahí se organiza un partido vampiresco revolucionario
Con la absoluta y revolucionaria disciplina del placer.

Aquellos papeles contenían una serie de poemas tan absurdos como el que Hanio acababa de leer, escritos con una caligrafía pésima. Podría tratarse de surrealismo, pero ese gusto por las cosas incomprensibles ya es anticuado. ¿Quién sería el autor? Parecía un hombre con una caligrafía atroz. Hanio siguió leyendo poemas similares para pasar el rato y bostezó.

La puerta se abrió sin que él lo notara, y una mujer esbelta y bella entró en la estancia y permaneció en pie. Al percatarse de su presencia, Hanio se volvió hacia ella, sobresaltado.

La mujer, vestida con un kimono azul brillante y *obi* azul marino, era treintañera y ciertamente hermosa, aunque los signos de que estaba enferma eran evidentes, tan delgada que parecía como si pudiera romperse.

—¿Qué estaba leyendo? Ah, eso... ¿de quién cree que son esos poemas?

—Pues no sé...

—Son de Kaoru.

—Ah, ¿Kaoru los ha escrito?

—No tiene mucho talento, ¿verdad? Me apenaba tirarlos, pero como no siento ninguna inclinación por esa clase de poemas, los escondí ahí hace tiempo. ¿Cómo es que los ha visto?

—Sobresalían por el borde del marco.

Hanio se apresuró a esconder el fajo de papeles detrás del cuadro.

—Soy la madre de Kaoru. No sé por qué, pero parece que esta vez el chico tiene que estarle muy agradecido. ¿Le ha causado alguna molestia?

—No, en absoluto.

—Acérquese, por favor. ¿No quiere sentarse junto al fuego? En seguida le sirvo otra copa de coñac.

Tal como le había sugerido la dama, Hanio se arrellanó en una butaca, apoyando ambos codos en los brazos; por una rotura del asiento sobresalía un poco de relleno y tenía demasiadas tachuelas decorativas innecesarias que brillaban a la luz de las llamas.

Se sentía como un maestro de escuela al que hubiera visitado la presidenta de la Asociación de Padres y Profesores para tener una charla. Ella también se sirvió una copa y, tras sentarse delante de él, la levantó.

—Bienvenido. Es un placer conocerle.

En un dedo lucía un voluminoso brillante que destellaba y contenía muchas llamas rojas. La luz oscilante producía en el rostro de la mujer sentada al lado del fuego un reflejo especular y la hacía aún más hermosa.

—Por cierto, ¿no hay algo que...? ¿Le ha dicho Kaoru algo raro?

—Pues... no... bueno, más o menos.

—Me tiene harta, ¿sabe? Es un chico inteligente, pero ya ha podido ver que tiene demasiada imaginación. A mi modo de ver, el tipo de educación escolar actual le está perjudicando.

—Desde luego, hay cierta tendencia a pensar así.

—¿Qué les están enseñando los profesores? No voy a generalizar, diciendo que la educación de antes era mejor, pero quisiera que a los niños se les inculcara un mínimo de disciplina, como una obligación social, a fin de que no sean un incordio para el prójimo. De seguir las cosas así, pagaremos un mes tras otro la enseñanza de nuestros hijos para que los preparen a fin de pertenecer a la *Zengakuren*⁶.

—Tiene usted toda la razón.

—¿Se ha fijado usted en que últimamente vayas donde vayas el ambiente está muy seco debido a la calefacción? Aquí, en Tokyo, no hace mucho frío, y sin embargo vivimos como si estuviéramos en el norte del país.

—Sí, es cierto, sobre todo en las zonas donde se concentran los edificios altos. A mí lo que más me gusta es una chimenea como esta.

—Me alegro de que le guste —replicó ella, sonriente, e incluso las leves arrugas que aparecieron en las comisuras de sus ojos eran bellas.

—En esta casa utilizamos una calefacción lo más natural posible, y en verano prescindimos del aire acondicionado. Dicen que basta pasar una noche con la sequedad del aire que ahora causa la calefacción de los edificios para que se produzcan hemorragias de garganta. ¡Es espantoso!

Hanio se estremeció, pues por fin empezaban a abordar la cuestión principal, pero ella insistió en aquel tema tan trillado.

—Hoy se habla con mucho rigor de la higiene ambiental de las ciudades,

pero, por otro lado, debido al exceso de civilización, se producen cosas como la horrible contaminación del tráfico rodado, y los basureros apenas se dejan ver, ¿no es cierto?

—Sí, la verdad es que ahora los basureros escurren mucho el bulto.

—Así es. Realmente comprende usted muy bien los problemas domésticos. Los hombres de hoy son curiosos. Los solteros comprenden mucho mejor los problemas del hogar, un tema ante el que los casados se quedan completamente mudos y sordos. Naturalmente, usted es soltero, ¿verdad?

—Sí.

—Claro, como es tan joven... está en la edad del ardor juvenil. ¿No le importa que le llame Hanio?

—En absoluto.

—Estupendo, Hanio. Por cierto, ¿qué le parece el escandaloso divorcio de Tsuyuko Kusano? Se habla mucho de eso en los semanarios.

—Las actrices suelen ser así —respondió Hanio en un tono cortante, para dejar claro que le traían sin cuidado los chismorreos sobre las actrices de cine, pero la dama pareció interpretarlo al revés.

—¿Usted cree? ¿Pero por qué Tsuyuko Kusano se ha divorciado de repente si su matrimonio era tan feliz? La revista habla de una infidelidad de su marido, pero eso es algo que sucede continuamente y no creo que sea el único motivo. Tsuyuko Kusano es de Kyoto y dicen que es sumamente tacaña en las cuestiones domésticas. Seguramente su marido tenía restringido el dinero de bolsillo para sus gastos y se cansó de soportar esa presión. Al fin y al cabo, la esposa tiene que ser generosa y dejar vivir con desahogo al marido. ¿Sabe usted los verdaderos motivos, Hanio?

—Pues no, no sé nada de eso —respondió él bruscamente, sin poder contenerse, debido al tedio y la impaciencia que experimentaba.

Entonces se percató de que se había equivocado al pensar que la butaca que ocupaba estaba bastante apartada de la otra, con el fuego de la chimenea en medio, y que en realidad estaban lo bastante cerca para que, con solo alargar la mano, aquella mujer pudiera tocar la suya, que descansaba sobre el brazo de la butaca. Así lo hizo ella de repente, como si la envolviera. Su mano estaba fría como el hielo, a pesar del calor de las llamas.

—Discúlpeme. Le estaba aburriendo con mi cháchara. No va nunca al cine, ¿verdad?

—Voy con cierta frecuencia, pero solo veo películas de yakuzas.

—¿De veras? Ahora de lo que más les gusta hablar a los jóvenes es de coches. A menudo leo artículos sobre automovilismo en los semanarios. Pero el exceso de velocidad es lo peor que hay. No existe estupidez mayor que la de morir en un accidente de tráfico.

—Tiene toda la razón.

—Este problema de los accidentes de tráfico es el principal y el que debería solucionar a toda costa el gobernador de Tokyo. Cierta vez, en la carretera nacional Keihin 1, presencié un accidente. La gente estaba muy enojada por lo mucho que tardaban en llegar las ambulancias. Los heridos perdían sangre a raudales. Si los hubieran llevado rápidamente al hospital para hacerles una transfusión, habrían mejorado. Por cierto, la venta de sangre clandestina es un horror. ¿Sabe que puede causar hepatitis serosa?

—Sí, es cierto.

—¿Usted ha donado sangre alguna vez?

A la luz de las llamas, los ojos de la mujer despedían destellos.

⁶ Abreviatura de Federación Nacional Japonesa de Asociaciones Autónomas de Estudiantes. Fundada en 1948, es una liga de estudiantes comunistas y anarquistas. En la época en que está ambientada esta obra era muy activa y se manifestaba en contra de la guerra de Vietnam. [N. de los T.]

—**N**O, NUNCA HE SIDO DONANTE.

—No me diga. De ese modo descuida sus obligaciones sociales, ¿no le parece? Hay muchísima gente que sufre por falta de sangre. Si es usted un hombre, ¿no cree que, incluso a riesgo de su vida, debería salvar a esas pobres personas?

—¡Por eso he venido aquí esta noche! —replicó Hanio, alzando la voz a causa de su impaciencia desbordante—. ¡Ya hace mucho tiempo que estoy dispuesto a abandonar mi vida!

—¿Ah, sí? Comprendo. —Ella le miró fijamente, con una leve sonrisa, y esta vez Hanio se estremeció, algo que casi nunca le ocurría.

Los dos permanecieron un momento en silencio.

—Va a quedarse esta noche, ¿verdad? —le preguntó la mujer.

A aquellas altas horas de la noche reinaba un profundo silencio. Kaoru ya debía de estar durmiendo. Ella le acompañó a una habitación al fondo de la segunda planta. Era evidente que no se trataba de su dormitorio, en cuya atmósfera se notaría el olor de la enfermedad, sino una estancia que olía a moho en el frío ambiente.

La mujer encendió tres estufas de parafina que estaban colocadas en tres rincones de la habitación. Un olor a parafina se expandió de inmediato por el aire, y Hanio imaginó lo que sucedería si aquellas tres torres de fuego inestables cayeran al mismo tiempo. El futón tenía tres colchonetas y su altura era considerable. Cuando la mujer, vestida con la prenda interior del kimono, subió a las tres colchonetas, se tambaleó un poco y Hanio la sujetó.

—Sufro una anemia severa y últimamente a menudo se me va la cabeza cuando me pongo en pie —dijo ella, como si ocultara la vergüenza que experimentaba.

El futón era antiguo, pero el cobertor estaba hecho de seda de primera calidad. Su peso llamaba la atención. Debería de ser ligero, pero pesaba

porque el relleno de algodón estaba húmedo, debido sin duda a que nunca lo tendían al sol para que se secara.

La mujer se quitó lentamente la prenda interior del kimono, y Hanio se sorprendió al ver el aspecto juvenil de su piel, que no parecía el de la madre de un muchacho de la edad de Kaoru. Había supuesto que aparentaba solo unos treinta años gracias a su destreza al maquillarse, pero su piel era blanca, suave y tersa, como de porcelana. No tenía arrugas ni señal alguna de deterioro. De todos modos, la tersura no se acompañaba de energía y vitalidad. Era una piel como de cera, que tiene una buena fragancia, pero en cuyo interior no se encuentra la raíz de la vida. Hay algo en el mismo interior del ser humano que irradia y hace brillar el cuerpo entero, pero ella carecía de ese elemento esencial en una persona. Si brillaba, lo hacía con el brillo de un cadáver. Aunque al tocarle el costado se le notaban vagamente los huesos, y ello permitía aquilatar su delgadez, sus senos eran suaves y de buen tamaño, y su vientre como un recipiente lleno hasta el borde de una espesa leche de calidad suprema.

Hanio, presa de una excitación inusitada, se dispuso a abrazarla, pero la mujer, tras dejarse acariciar un rato como si estuviera distraída, se zafó de su abrazo con un movimiento sinuoso, como el de una serpiente, y, antes de que él se percatara de lo que hacía, le guio hábilmente para que se pusiera debajo de ella. No había en su gesto el menor atisbo de dominio. Como una serpiente que emerge y se desliza por el haz de unas hojas de fresa, quedó encima de Hanio sin herir en absoluto su orgullo masculino. Él experimentaba una extraña embriaguez. Notaba un ligero olor a alcohol. Algo estaba siendo purificado. Cerró los ojos, preguntándose intuitivamente si el instrumento de aquella purificación sería un bisturí, y sintió el frío incandescente del alcohol en los brazos. Le recorrió una oleada de dolor.

—Empezaremos por los brazos, ¿eh? —musitó ella—. ¡Ah, qué brazos tan prometedores!

Hanio sintió de inmediato como si la herida fuese objeto de un ordeño doloroso, pues los labios de la mujer la estaban succionando. Transcurrió largo rato en un silencio absoluto, apenas turbado por el leve ruidito que hacía ella al tragar algo. Cuando cayó en la cuenta de que se trataba de su propia sangre, él se estremeció de horror.

—Estaba deliciosa —dijo ella—. Muy agradecida. Ya es suficiente por esta noche.

Se le acercó para que la besara y, bajo la luz de la lámpara de pie, él vio que sus labios estaban manchados de sangre. Sus mejillas tenían un brillo intenso, como antes, cuando estaba sentada al lado de la chimenea. Se veía por el color de su cara que estaba llena de vida. En sus ojos rebosaba la salud de las mujeres jóvenes que caminan por las calles.

A PARTIR DE ENTONCES, Hanio vivió de manera permanente en aquella casa. Cada noche ella le succionaba sangre, y poco a poco le fue abriendo heridas en zonas peligrosas, las venas estaban abiertas y la cantidad de sangre extraída iba en aumento.

Una tarde Hanio la observó a hurtadillas, mientras ella, de espaldas, examinaba atentamente un plano detallado de las venas y arterias, en colores rojo y azul respectivamente, dentro del dibujo de un cuerpo humano. A pesar de que él estaba de acuerdo con las circunstancias del lugar donde vivía, al ver por detrás la figura misteriosa de aquella mujer que daba la impresión de ser una experta en el tema, Hanio se horrorizó de nuevo, consciente de la situación real en la que estaba sumido, de que el cuerpo que contenía aquel plano y que ella investigaba era el suyo. Sin embargo, con esa única excepción, la vida en el seno de la familia Inoue era absolutamente burguesa.

Por la mañana, cuando la luz del amanecer empezaba a blanquear la ventana y cantaban los gorriones, Hanio, tras percatarse de que la mujer se había levantado, volvía a quedarse dormido. Ella iba a preparar el desayuno de su hijo.

Desde el segundo día de su estancia en la casa, la mujer se recobró de tal manera que resultaba difícil reconocerla. Al despertarse estaba de muy buen humor, e incluso se levantaba canturreando. Se despedía de su hijo, que iba a la escuela, y entonces volvía al dormitorio. Hanio se levantaba al oír el sonido de sus pasos. A cada día que pasaba ella tenía el rostro más lustroso y saludable. Pero el que parecía más feliz era Kaoru.

Un día, cuando estaba a solas con Hanio, el muchacho le dijo:

—Qué buena compra he hecho, la mejor desde que nació. Ya no lamento haber vendido la obra de Tsugaharu Fujita, un recuerdo de mi padre. Hombre, desde que viniste aquí, mi madre se ha recuperado por completo y me prepara el desayuno sin falta. Además, se nota la alegría en la casa, y puedo estar

muy contento porque he cumplido con mi deber filial. Y todo gracias a ti, Hanio. Pero a veces me siento inquieto, temeroso de lo que sería de mi madre y de mí si murieses. Por fin hemos encontrado una persona ideal para nosotros. Ojalá pudieras vivir eternamente... y estoy seguro de que mi madre piensa lo mismo en el fondo de su corazón... pero, como te quiere cada día más, sin duda no tardará en matarte. Hasta entonces, quiero decir hasta que mueras, no la abandones, por favor. Los tres seguiremos viviendo en armonía, ¿verdad? Si he de serte sincero, siempre he deseado tener un ambiente familiar como el nuestro.

Al escuchar estas palabras, Hanio no pudo evitar emocionarse.

Después de cenar, se acomodaban ante el televisor y disfrutaban de la intimidad familiar entre padres e hijo. Hanio solo podía pensar que aquel era un hogar ideal. Kaoru, que era un alumno excelente, miraba la televisión con el libro de texto de inglés sobre la mesa, y durante las pausas comerciales se apresuraba a cogerlo e iba pasando las páginas. Su madre se había vuelto muy activa y se entregaba afanosamente a las tareas domésticas. Cada noche le preparaba a Hanio platos succulentos a base de hígado, carne o huevos.

Por otro lado, se dedicaba con diligencia a la limpieza de aquella casa con olor a moho. A veces, cuando estaba sentada ante el televisor, haciendo ganchillo con sus dedos esbeltos y hermosos, una sonrisa que incluso se diría de bienaventuranza animaba sus mejillas. En cuanto a Hanio, empezó a leer asiduamente las noticias internacionales de aquella misma prensa cuyos caracteres un día le parecieron hileras de cucarachas. No podía decirse que la pareja no saliera nunca de casa, pero siempre lo hacían invariablemente juntos. Ella ataba la muñeca derecha de Hanio a su muñeca izquierda con una finísima cadena de oro, y al regresar la desataba en el vestíbulo. La cadena era tan delgada que jamás llamaba la atención de los transeúntes. Tan solo cuando la mujer tiraba un poco de ella, Hanio notaba cierta resistencia en su muñeca.

Empezó a darle pereza salir de casa, en cuyo agradable ambiente doméstico se sentía cómodo y sin nada que hacer. Al mismo tiempo, experimentaba cada vez más una sensación de languidez, lo cual también contribuía a que no le apeteciera salir.

Cuando se mareaba al apresurarse para pasar en un cruce, era consciente

de que no tardaría en morir, y esta certidumbre no le causaba ni inquietud ni preocupación, sino una indolencia que afectaba a todos los aspectos de la vida. Sin embargo, le extrañaba no sentir ningún temor, así como su nula voluntad de seguir viviendo. A cada día que pasaba, la somnolencia y la fatiga iban en aumento, la primavera se aproximaba poco a poco y él sentía como si fuera a disolverse en la nueva estación.

Un día fue con la mujer al edificio de apartamentos del que se había ausentado, a fin de pagar el alquiler, y se presentó al casero que también hacía las funciones de portero.

—¿Dónde estaba usted? —le preguntó el hombre—. Desapareció de repente y empezaba a preocuparme. ¿Qué le ocurre? Tiene muy mala cara. ¿Está enfermo?

—No, estoy bien.

—Pues me ha dado un buen susto. Cuando ha entrado aquí, su cara parecía la de un muerto. Bueno, usted dirá...

El lascivo casero tenía un evidente interés por la mujer que acompañaba a Hanio y que estaba tan pegada a él. Hanio se daba cuenta de que le habría gustado que estuvieran lo bastante separados para preguntarle discretamente quién era, pero la cadena que unía a la pareja le impedía satisfacer ese interés.

—Necesito entrar un momento en el apartamento.

—Adelante, todavía es suyo.

—Mire, quiero pagarle seis meses por adelantado.

Los dos entraron en la vivienda. Hanio abrió un cajón que estaba cerrado con llave, donde permanecían intactos los doscientos treinta mil yenes que había guardado allí. Al parecer, todavía quedaba honestidad en este mundo. Se negó en redondo a que ella le pagara el alquiler, separó del fajo de billetes los ciento veinte mil yenes que correspondían a medio año, se los dio al administrador y este le extendió un recibo.

—Eres muy cumplidor, ¿eh? —le susurró ella.

—No es eso —replicó él en el mismo tono bajo—. He pensado en distribuir mis cosas. Como no tengo parientes cercanos...

Después de comprobar que la inscripción del letrero colgado en la puerta era la que decía «Vida agotada por el momento», Hanio y la mujer regresaron a casa. Él llevaba consigo el correo acumulado durante su ausencia y estaba

contento porque tenía algo para leer. Sin embargo, cuando se dispuso a hacerlo, notó una irritación en los ojos y vio unos destellos blancos que se arremolinaban en la superficie de la carta. Últimamente no soportaba mirarse en el espejo cuando se afeitaba, pero aquella era la primera vez que tenía una prueba fehaciente de la gravedad de su anemia, pues ni siquiera podía leer.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó la mujer.

—Nada. Tengo una molestia en los ojos y no leo bien.

—Pobrecito mío —dijo ella con viveza—. ¿Quieres que te lo lea?

—No, no es necesario.

Sabía que ninguna de aquellas cartas era importante. Una se la había enviado un antiguo condiscípulo. Los remitentes de la mayor parte eran desconocidos. Leyó una de ellas: «Aunque no sé qué clase de persona eres y al leer el anuncio de “Vida en venta” he pensado que se trataba de una broma, no he podido pasarlo por alto, así que te escribo. ¿No conoces el antiguo dicho de que recibimos de los padres el cuerpo, el cabello y la piel, y que el deber filial comienza procurando no dañarlos? Claro, ¿cómo vas a saberlo? Alguien que publica semejante anuncio ha de ser absolutamente inculto. ¿En qué diablos estás pensando al desperdiciar así tu vida? Deberías dedicarla al país, a cuyo pueblo glorioso antes de la guerra se le llamó durante un tiempo “el agosto tesoro”, a pesar de que ahora vivamos en un mundo economicista. El mundo dominado por el dinero todopoderoso siempre me ha indignado, pero la existencia de personas como tú hace que sea imposible evitar que la plutocracia se apodere de la vida. Este anuncio tuyo es repugnante y despreciable. La única manera de calificarlo es considerar que encarna la decadencia de la moral...».

La carta se extendía a lo largo de siete u ocho páginas más, y Hanio rompió las hojas con dificultad, imaginando el rostro congestionado de un parado de mediana edad con mucho tiempo libre, y tiró los pedazos. Notaba que ya no le quedaba fuerza en los dedos ni siquiera para romper unos papeles.

Otra carta, firmada por una mujer, estaba llena de caracteres erróneos: «Genial, sí, genial de veras. Eso de “Compro vida” (confusión con “Vida en venta”) es hablar sin pelos en la lengua, sí, señor. ¿No tendrás luego que lamerte? (¿lamentarte?). Como yo también vendo mi vida, ¿por qué no las

triscamos (¿trocamos?) y nos metemos juntitos en la cama? A la mañana siguiente descubriremos una nueva vista (¿vida?) que te hará zumbar (¿silbar?) de felicidad entre rosas tempranas. La, la, la, la. ¿Por qué no te casas conmigo?». El resto era por el estilo. Una vez leído todo el correo, Hanio, fatigado, pidió a la mujer que lo destruyera. Ella rompió el fajo de cartas con gráciles y fluidos movimientos de sus dedos enrojecidos a la luz de las llamas.

Aquella noche, en el dormitorio, ella le susurró en un tono serio:

—Oye, mañana por la noche enviaré a Kaoru a casa de mi familia para que se quede allí.

—¿Por qué?

—Porque quiero disfrutar a más no poder, solos tú y yo.

—Pero si cada noche disfrutamos a más no poder...

—La noche de mañana será distinta.

Hanio notó en la nariz el cálido aliento de la mujer al sonreírle, y él habría dicho que olía a sangre.

—Verás, no quiero que mañana por la noche Kaoru se vea involucrado de ninguna manera.

—Pero ¿irá allá sin protestar?

—Claro que sí, es un chico muy perspicaz.

—¿Y qué va a pasar?

La mujer permaneció un momento en silencio. Su cabello ondulado, cuyo lustre se había intensificado mucho últimamente, brillaba bajo la lámpara de pie.

—Siento decirte esto, pero estoy cansada de la sangre de tus venas. Tiene un sabor monótono y no da una sensación de frescura. Mañana por la noche finalmente quiero probar la sangre de tus arterias.

—Es decir, ese será el momento de mi muerte, ¿no?

—En efecto. Llevaba tiempo pensando en cuál de las arterias sería la mejor, y al final me he decidido por la carótida. Desde el principio me ha gustado mucho la anchura de tu cuello, y nada más verte deseé hincar los colmillos a esas arterias, pero he esperado pacientemente hasta ahora.

—Bien, como quieras.

—Estupendo, eres un encanto. Nunca había conocido un hombre

auténtico, como lo eres tú. Así pues...

—Dime.

—Una vez te haya extraído suficiente sangre de las arterias, pienso prender fuego a la casa derribando estas estufas que me rodean.

—¿Y tú qué harás?

—Moriré abrasada. Qué pregunta más tonta.

Hanio tuvo la sensación de que por primera vez en su vida se encontraba con la sinceridad humana personificada, y cerró los ojos. Los párpados le temblaban de un modo anormal.

Y por fin llegó la noche del día siguiente.

—**A**NTES DE DESPEDIRNOS de este mundo, vayamos a dar un paseo por última vez —le dijo la mujer.

Ya había llegado el día en que los dos iban a morir. Para ser invierno, la tarde era cálida y hermosa. Al salir de la escuela, Kaoru había ido a casa de sus familiares.

—Cerca de aquí hay un pequeño parque que conserva la atmósfera de la meseta de Musashino. Los árboles zelkova con las ramas desnudas son muy bonitos y desearía verlos antes de morir.

—Eso no es necesario. Quedémonos en casa.

—Pero quiero que paseemos juntos para llevarnos un recuerdo de este mundo. Como si fuéramos dos adolescentes.

—Está bien, pero no más de media hora, ¿de acuerdo?

A decir verdad, salir de paseo era demasiado fatigoso para Hanio. Estaba tan débil que solo podía levantarse apoyándose en una columna, e incluso así la cabeza le daba vueltas cuando se ponía en pie. No estaba en condiciones de dar un tranquilo paseo. Su extenuación era tan profunda, que habría preferido que ella le abriera las arterias tal como estaba en aquel momento, medio amodorrado.

—Además, no me hace ninguna gracia que la gente vea lo pálido que estoy.

—¿Pero qué dices? El color que tienes ahora es realmente ideal, encantador. ¿No comprendes que cuanto mayor sea la palidez de un hombre, como la tuya lo es ahora, tanto mejor es su aspecto? Un aspecto romántico, probablemente el que tenía Chopin.

—Por favor... ¡yo no estoy tuberculoso!

Mientras intercambiaban estas nimiedades, ella, vestida ya con un atuendo de cuero para salir de paseo, se le acercó con la cadena de oro en la mano. Hanio se puso un suéter de llamativo color albaricoque, para que compensara

un poco su palidez, y como un perro al que su ama saca de paseo, salió con la fina cadena de oro en la muñeca.

Ella había estado en lo cierto. Caminar por la calle era muy agradable, la atmósfera vigorizante; cuando Hanio aspiraba hondo, notaba como si el cuerpo se balanceara por el peso del aire en su interior, y al pensar que aquel era el último paisaje crepuscular que veían sus ojos, experimentaba una sensación bastante satisfactoria y se preguntaba si hasta aquel momento había amado realmente la vida, aunque hubiese sido una sola vez.

Sobre ese aspecto carecía totalmente de confianza. Tenía la sensación de que el amor había empezado a surgir, pero tal vez se debiera a que el declive de su vigor físico le provocaba un deterioro mental.

La belleza del cielo crepuscular le conmovió. El corazón, que siempre parecía funcionar a tropezones, le latía con fuerza y las sienes le palpitaban. Pronto empezó a ver un grupo de árboles desnudos en invierno, enormes zelkovas que semejabán un encaje extendido por encima de los tejados del barrio residencial.

—Míralos —dijo la mujer—. Ahí tienes el famoso bosquecillo de zelkovas.

Hanio moriría por fin aquella noche. Que su voluntad no interviniera para nada en ese hecho era emocionante. El suicidio es complicado y, en general, demasiado dramático, por lo que no coincidía con sus gustos. En cuanto a ser asesinado, ha de existir un móvil, y él no tenía conciencia de haber provocado el rencor o el odio de nadie. Además, le desagradaba que un desconocido se interesara hasta tal punto por él que llegara a asesinarlo. Poner su vida en venta era un método estupendo que no entrañaba ninguna responsabilidad.

Sin embargo, ¿por qué diablos las copas de los hermosos zelkovas recogían de una manera tan infinitamente exquisita el tenue color azul del cielo al anochecer, como un esparavel arrojado hacia lo alto? ¿Por qué la naturaleza es tan hermosa sin necesidad y por qué los seres humanos son tan fastidiosos?

Pero todo eso se acababa. Al pensar en que su vida estaba a punto de terminar, sintió como si el aire que respiraba tuviera sabor a menta.

Pasaron por delante de un puesto de tabaco a la entrada del parque, delante del cual había un buzón rojo. Una anciana atendía a los clientes. Estos eran

los últimos detalles que recordaba Hanio. Entonces notó como un remolino en la zona occipital y le invadió un mareo. Estuvo a punto de desplomarse, pero de alguna manera se sujetó en algo, aunque ya había perdido el conocimiento.

CUANDO RECOBRÓ LA CONCIENCIA, estaba en una cama de hospital. Ya era de noche, y una enfermera rolliza leía una revista bajo la pantalla de una lámpara.

—¿Qué me ha pasado? —preguntó Hanio, y las palabras de la enfermera le llegaron a través de un zumbido tremendo en los oídos.

—Ah, ya ha vuelto en sí. Descanse tranquilo, no tiene que preocuparse por nada.

—¿Pero qué me ha ocurrido? Solo recuerdo que me desplomé delante de un puesto de tabaco...

—Ha sido a causa de una anemia cerebral grave. Le ha dado un síncope. Seguramente el vendedor de ese puesto de tabaco llamaría a la ambulancia, porque le han traído aquí en ambulancia. Era un caso de urgencia.

—Otra vez una ambulancia... —dijo Hanio en un tono de decepción—. ¿Y entonces?

—¿Entonces?

—¿Cuál es el diagnóstico?

—Una anemia virulenta. Al extraerle sangre, el doctor se ha sorprendido. Era de color amarillento y totalmente acuosa. Se preguntaba cómo podía ir usted por la calle en ese estado. Presentaba la condición más severa a la que puede llegar un donante de sangre remunerado, pero, a juzgar por su ropa, no podía ser uno de esos y, además, le acompaña su guapa esposa.

—Ah, ¿dónde está esa mujer?

—¿Esa mujer? ¿No es su esposa?

—¿Dónde está?

—Ya se ha marchado. El médico le dijo que debe permanecer un mes hospitalizado, recibiendo un tratamiento de hematogénesis y con una buena alimentación, tras lo cual su restablecimiento será seguro. Sin duda ella se quedó tranquila. Nos dijo que tenía cosas que hacer en casa y se marchó hace

unas tres horas.

—¿Y durante todo ese tiempo he estado inconsciente?

—De haberlo estado, su gravedad habría sido extrema. El doctor añadió un somnífero al medicamento hematogénico y los suplementos alimenticios. En cualquier caso, lo principal es el descanso. Ha de permanecer en absoluto reposo. No debe moverse ni ponerse nervioso.

—Pero ella...

—Es una mujer fantástica, tan amable y tan guapa... Al contrario que usted, tiene un aspecto muy saludable. Qué contraste, es como si ella le hubiera succionado toda la vitalidad.

—Hmmm...

—Ha pagado por adelantado los gastos de un mes de hospitalización con un cheque, incluso ha tenido el detalle de darme una buena propina... Por eso una ni puede imaginar que sea usted un donante de sangre remunerado.

Hanio permaneció un momento con los ojos cerrados. De improviso, algo pasó por su mente y se incorporó con brusquedad.

—¡Es terrible! —exclamó.

—¿Qué hace? ¡Tiene que guardar un reposo absoluto!

—No importa, es terrible. Tiene que hacer una llamada telefónica urgente, se lo ruego.

Hanio le dio el número de la familia Inoue, y la enfermera, antes de marcarlo en el aparato que estaba sobre la mesilla de noche, insistió en que no debía moverse. Él esperó con ansiedad la respuesta a la llamada. Empezó a notar de nuevo las rápidas palpitaciones en las sienes.

—No contestan.

—¿Pero está llamando?

—Sí, llama.

Apenas la enfermera había colgado el receptor cuando desde el otro lado de la ventana llegó el sonido de una sirena de bomberos.

—Vaya, un incendio. Últimamente hace un tiempo muy seco y eso es peligroso.

Hanio no le respondió, atento al sonido de la sirena que iba aproximándose. Entonces el de otra sirena, desde una dirección distinta, se mezcló con el anterior.

—¿Dónde estamos? —preguntó Hanio de repente.

—En Ogikubo. Este hospital tiene fama en la zona de Ogikubo por sus buenas panorámicas, porque se encuentra en el lugar más elevado. Por eso, aunque su estancia sea larga, le resultará agradable gracias a las vistas. Como si estuviera en un hotel. Además, esta habitación es una suite.

—¿Se puede ver el barrio XX desde aquí?

—Creo que sí. Está más allá del parque, ¿verdad?

—Así es. Hágame el favor de mirar por la ventana. Dígame si se ve un incendio en la dirección del barrio XX.

El sonido de sirenas era cada vez más estridente y se mezclaba con otras que venían por distintas direcciones. La enfermera se acercó a la ventana y, tras pedirle una vez más que no se moviera, la entreabrió para asomarse al exterior.

—¡Sí, sí, se ve el incendio! —exclamó la enfermera—. Es en el barrio XX, efectivamente.

El cielo rojizo se reflejaba en la bata blanca de la enfermera, y, sin poder evitarlo, Hanio se levantó de la cama, le entró un mareo repentino y perdió el conocimiento.

A PARTIR DE ENTONCES, por mucho que Hanio preguntara, no le daban ninguna información sobre el incendio. Recibió la visita de un hombre. Aunque vestía de paisano, se veía claramente que era un inspector de policía. El médico estuvo presente durante el sencillo interrogatorio, por lo que no era posible ocultar la verdad.

—¿Qué relación tiene con la viuda Inoue? —le preguntó el inspector, y su fétido aliento se extendió sobre la cama.

—¿A qué viene esto? No soy más que un amigo.

—Se desmayó cuando paseaba con ella y le trajeron aquí, ¿no es cierto?

—Lo es, pero ¿qué tiene eso que ver...?

Cuando el médico le hizo una señal con los ojos ya era demasiado tarde.

—La señora Inoue ha muerto abrasada en el incendio de anoche —dijo el inspector en un tono impasible—. Su reputación dejaba mucho que desear, pero estaba sola en la casa cuando se produjo el incendio y hay algo realmente sospechoso en este incidente. Cuando ocurrió, su único hijo estaba fuera de casa, cuidado por unos familiares, y al volver a casa y encontrarse con el cadáver de su madre, se aferró a él llorando, una escena muy penosa. Parece ser un alumno brillante que saca muy buenas notas en la escuela... Bien, en cualquier caso, usted tiene una coartada perfecta y no hay ningún problema. Bastará con que responda a unas sencillas preguntas.

Al escuchar estas palabras, las lágrimas brillaban incontenibles en los ojos de Hanio, y experimentó una sensación de extrañeza. «¡Yo que jamás había llorado por la muerte de nadie!», se dijo.

—La quería, desde luego —dijo con vehemencia.

—Supongo que no hay problemas de herencia, ¿verdad?

—No me pregunte cosas repugnantes.

El médico susurró algo al oído del inspector.

—Bien, que se mejore —le dijo el policía de una manera mecánica, y se

marchó.

El anciano médico, en pie junto a la cama, inclinó la cabeza para mirar a Hanio.

—Sean cuales fueren sus razones para haber llegado a este extremo —le dijo en un tono sosegado—, lo más importante es que se recupere con paciencia y tranquilidad. Los costes de su estancia en el hospital se pagaron por adelantado. Si recobra la salud lo antes posible, habrá satisfecho el último deseo de la difunta señora. Es usted joven, no debe dejarse abatir por este desgraciado incidente, ha de ser fuerte. La eficacia del tratamiento dependerá de su estado anímico. Pronto se restablecerá y empezará a avanzar animosamente por su nueva vida, y eso, más que cualquier otra cosa, será lo que aporte serenidad al espíritu de la difunta. Bueno, ahora le voy a inyectar un sedante.

Hanio simpatizaba con aquel médico de delgadez excesiva, como un ciervo viejo, que tenía un aire sacerdotal, y recordó que anteriormente, en algún lugar, le habían dirigido unas palabras de ánimo muy similares. Sí, eran casi las mismas, a pesar de que se referían a cosas diferentes. Le habían hablado de una manera parecida cuando salió del hospital tras su intento de suicidio ingiriendo un tubo de somníferos. Palabras que te estimulan ciegamente a seguir viviendo, ¡sin que tengan en cuenta para nada tus circunstancias!

Sin embargo, con independencia de lo que Hanio pensara, a cada día que pasaba se iba afianzando la recuperación de su joven cuerpo. El médico le dijo que no sería necesario que pasara todo un mes en el hospital, pues era muy probable que pudiese darle al alta al cabo de un par de semanas.

Un día recibió la visita inesperada de Kaoru, y Hanio, pensando que iba a insultarle airadamente, no podía mirarle a la cara. Sin embargo, el muchacho estaba sereno y le habló con franqueza y tranquilidad en presencia de la enfermera.

—He venido para decirte que te estoy muy agradecido. Tanto si se trata de un suicidio como de un incendio intencionado o por causas naturales —creo que están haciendo una minuciosa investigación para determinar la causa—, la cuestión es que mi madre ha muerto y no hay nada que objetar. Bien mirado, una persona como ella no podía seguir viviendo, y por eso creo que

guardar todos los recuerdos felices de cuando vivíamos juntos los tres le habrá bastado. Y si tú sigues vivo, podríamos vernos de vez en cuando para hablar de esos recuerdos, ¿no te parece? De todas maneras, gracias a ti creo que mi madre ha saboreado la felicidad por primera vez en su vida. No podría estar más agradecido.

Mientras el precoz muchacho se expresaba como si fuese un adulto, gruesas lágrimas se deslizaban de sus grandes ojos y caían en las rodillas de sus pantalones de uniforme.

—Ven a verme cuando quieras. A partir de ahora puedes venir a consultarme cualquier cosa.

—Gracias.

—Por cierto, quiero pedirte un favor. Por suerte tengo aquí la llave de mi apartamento. Como siempre llevaba el llavero en el bolsillo del pantalón, se ha librado del incendio. Perdona por la molestia, pero te doy la llave para que vayas allá y me informes de su estado.

—¿Cómo? ¿Vas a dedicarte de nuevo a ese negocio? —le preguntó el muchacho, echándose atrás en su asiento—. Déjalo ya de una vez. ¿Todavía no has aprendido de tu experiencia?

—No te preocupes por eso. Anda, hazme el favor de ir a echar un vistazo. Solo quiero que me traigas el correo que sin duda habrán metido por debajo de la puerta.

Una vez el muchacho se hubo marchado, la enfermera, que había llegado a tener mucha confianza con él, le preguntó:

—¿A qué clase de negocio te dedicas?

—Eso no tiene nada que ver contigo.

—Bueno, hombre, solo te lo pregunto por curiosidad.

—Soy un mantenido. Entiendes lo que quiero decir, ¿verdad?

—¿Ah, sí? Yo no podría comprarte, sin duda. Serías demasiado caro para mí.

—A las mujeres jóvenes les ofrezco un servicio gratuito.

—¡No me digas!

La enfermera se subió la bata blanca hasta la liga también blanca y rebeló el muslo amarillento como tierra campestre.

—Ajá. Cuando dijiste que este hospital tiene muy buenas vistas, te referías

a esto.

—Es posible. ¿Qué? ¿Ya te has restablecido?

En lugar de responderle, Hanio la rodeó con sus brazos...

KAORU TARDÓ EN VOLVER del recado que le había hecho, y Hanio estaba preocupado. Por fin apareció poco después de la cena. Lanzó el correo sobre la cama.

—¡Qué miedo he pasado! —exclamó.

—¿Qué te ha ocurrido? La enfermera ya se ha marchado y no va a venir nadie más. No te preocupes y cuéntamelo.

El muchacho jadeaba.

—Abrí la puerta, y estaba recogiendo el correo cuando, de repente, entraron dos hombres.

—¿Japoneses?

—Claro, pero ¿por qué me preguntas eso?

—Por nada. Solo se me ha ocurrido que podrían ser extranjeros. ¿Y qué pasó entonces?

—Me sujetaron por detrás, y cuando uno de ellos me preguntó si era yo el que había puesto el anuncio, me quedé sin aliento. «No puede ser, es solo un crío», dijo el otro hombre. «Después de vigilar durante tantos días, creíamos tenerlo por fin, y resulta que es un niño», dijo el primero. El otro replicó con una voz terrible: «No te preocupes, seguro que es su chico de los recados». Les engañé, haciéndoles creer que se lo iba a decir, hui con el correo y he venido aquí...

Se interrumpió de repente, la boca abierta, con un rictus de temor. La puerta de la habitación se estaba abriendo de repente sin que hubieran llamado.

DOS HOMBRES ENTRARON precipitadamente en la habitación.

—¿Qué queréis? —les preguntó Hanio calmosamente.

A cualquiera le habría parecido admirable que mantuviera la calma en su situación, pero él pensaba que no estaría mal morir de una manera absurda a manos de los intrusos. En el fondo de su mente anidaba el vago pensamiento de que deseaba seguir la suerte de la bella vampira y desaparecer, pero se daba cuenta de que pensar así enturbiaba la idea fría y flemática de la muerte que había tenido hasta entonces. Sin embargo, en realidad eso le traía sin cuidado. El motivo de la muerte del prójimo le era indiferente.

Uno de los hombres, en pie junto a la puerta, vigilaba el interior de la habitación, mientras el otro, al lado de la cama, miraba fijamente a Hanio. Como el tembloroso Kaoru estaba pegado a la pared detrás de la cama, parecía como si Hanio le estuviera protegiendo con su propio cuerpo. Ambos tendrían alrededor de treinta años y vestían con sobriedad, sin nada que evocara el estilo de los yakuzas. De mirada penetrante y mandíbula cuadrada, daban una sensación de militares o de expolicías, porque eran de ademanes ágiles pero desgarrados en su manera de vestir. A Hanio le habría gustado explicarle a uno de ellos que una corbata de un color gris indefinido no quedaba nada bien con un traje gris ceniza.

—Eh —dijo el que parecía algo mayor al que estaba en pie junto a la puerta, sin volverse hacia él. Mientras el interpelado se acercaba, Hanio vio que el primer hombre empuñaba una pistola y le estaba apuntando—. No te muevas ni levantes la voz... Tú, chico, como grites o trates de huir, vas a probar lo que escupe esta.

Hasta aquí era una táctica muy habitual, pero lo que sorprendió a Hanio fue que el segundo hombre, que se le había acercado, le agarró de repente la mano izquierda y, sentado a medias en la cama, se puso a tomarle el pulso con detenimiento. Transcurrió medio minuto en silencio.

—¿A cuánto está?

—Treinta y ocho en medio minuto... Setenta y seis.

—Eso es poco. Completamente normal, ¿eh?

—Tal vez tenga menos pulsaciones por naturaleza. Hay quien no pasa de cincuenta.

—Bueno —replicó el primer hombre, y puso la fría boca del cañón de la pistola sobre el pijama de Hanio, justamente en la zona del corazón.

—Dispararé dentro de tres minutos. Si te mueves o gritas, disparo de inmediato. Si te portas bien, podrás prolongar tres minutos tu vida.

Kaoru sollozaba quedamente.

—Cállate —le dijo el hombre en un tono contenido.

Kaoru, acucillado en el suelo, siguió gimiendo.

Un gesto del primer hombre hizo que el segundo tomara a Hanio el pulso de nuevo. El silencio volvió a fluir como la corriente de un río negro.

—¿Y ahora cuánto?

—Es extraño, pero se ha reducido. Sesenta y ocho.

—No puede ser. Tómaselo otra vez.

—Voy.

Hanio se sentía como si le estuviesen haciendo un electrocardiograma, y eso le tranquilizaba todavía más, pero la comicidad de la situación era inefable y se resistía a rebelarse seriamente.

—¿Cuánto?

—Sigue con sesenta y ocho.

—Bien, creo que realmente tiene sangre fría. Nunca me había encontrado con un hombre así. Valía la pena buscarlo a pesar de lo difícil que ha sido dar con él.

El primer hombre se guardó la pistola en el bolsillo interior de la chaqueta y retrocedió unos pasos para coger una silla y sentarse al lado de la cama en una actitud informal.

—Relájese, por favor —dijo, cambiando de tono por completo—. Ha superado la prueba. Estoy muy sorprendido. Qué valor el suyo. El resultado es excelente.

El inesperado cambio de situación hizo que Kaoru dejara de llorar y se apartara de la cama.

—¿Qué demonios sois? —preguntó Hanio. Se dio cuenta de que tenía desabrochado el tercer botón del pijama y se lo abrochó. Al hacerlo, tocó algo puntiagudo. Era una horquilla para el pelo de color azulado brillante.

—Vaya, un conquistador, ¿eh? —dijo el primer hombre con una ancha sonrisa, y encendió un cigarrillo.

—Te he preguntado quiénes sois.

—Clientes, claro, clientes de tu negocio.

—¿Cómo?

—No deberías hablar de un modo tan descortés a tus clientes. Hemos venido a comprar esa vida que vende la empresa Life for Sale. Que los interesados se presenten en el lugar de la venta no tiene nada de extraño.

—¿NO TENÉIS UNA MANERA algo más pacífica de hacer una compra? —preguntó Hanio, harto de la situación, y cogió también un pitillo. El primer hombre sacó su pistola, apretó el gatillo y de la boca del cañón surgió una llama, que le ofreció.

—Así que era ese truco.

—Sí, empleamos diversos medios para hacer la prueba —respondió el hombre con una sonrisa bonachona—. Oye, chico —dijo, dirigiéndose a Kaoru—, perdona por el trato violento de antes en el apartamento. Teníamos que encontrar a este señor Hanio como fuese, así que nos esforzamos al máximo. No somos más que clientes suyos. Hemos comprobado que el señor Hanio es capaz de comparar su vida con la levedad de una pluma de ave.

—¿Qué es «levedad»? —preguntó Kaoru en voz baja.

—Levedad es levedad. ¿No sabes una cosa tan sencilla? ¡Ah, los bachilleres de hoy en día...! Por eso decimos que la educación japonesa actual es un fracaso. Por cierto, ya puedes irte, porque el señor Hanio está totalmente seguro y, además, no nos proponemos hacer nada ilegal. Será mejor que, en el camino de vuelta a casa, no vayas con el cuento a la policía, ¿entiendes? Si no te portas bien, es posible que un encendedor como este también tenga la función de una pistola auténtica. No te haría mucha gracia ir a la escuela con un agujero en la barriga, ¿verdad?

—Si me haces un agujero en la barriga, podría poner ahí una lente para que se vea el interior, a diez yenes la ojeada. Sería un buen trabajo temporal.

—Anda, chico, lárgate y no digas más tonterías.

—No te preocupes más —le dijo Hanio a Kaoru—. También tú fuiste bastante prepotente cuando viniste a verme para hablar del negocio. Pronto me pondré en contacto contigo, así que estate tranquilo y márchate.

—Está bien —dijo el muchacho en voz baja, mirándole con la expresión de quien no las tiene todas consigo, y abandonó la estancia.

—Vaya, hombre, no me digas que un crío como ese también ha sido cliente tuyo.

—No, quien compró mi vida fue su madre.

—¿Ah, sí?

Esta información impresionó al primer hombre de una manera exagerada, y el segundo, por fin calmado, se sentó en otra silla sin decir nada.

—En cualquier caso, si el trabajo que vais a encargarme es tan importante que no queráis que el chico estuviera presente, ¿por qué no hablamos del asunto tomando una copa? Soy un paciente privilegiado y el médico incluso me recomienda que tome alcohol.

Hanio sacó de debajo de la cama una botella de whisky y unos vasos polvorientos que limpió con la sábana, y se los ofreció. Los dos hombres parecían sentir cierta repugnancia mientras escuchaban el sonido del licor al caer en los vasos. Brindaron y bebieron en silencio.

—Bien, hablemos del asunto. Ganarías dos millones si tienes éxito, y solo el anticipo de doscientos mil yenes si fracasas. ¿Qué te parece?

—Dices que cobraré esa cantidad si tengo éxito, pero en ese caso estaría muerto, de modo que todo lo que vais a pagarme son doscientos mil, ¿no?

—No te precipites, por favor. Si las cosas van bien, es posible que salgas con vida y te embolse dos millones.

—De acuerdo, os escucho.

Hanio se sentó en la cama, en una actitud apropiada para escuchar, con las piernas cruzadas, y fue tomando el whisky a pequeños sorbos.

—BIEN, ¿POR DÓNDE EMPEZAMOS? —dijo el primer hombre, en cuyo rostro de buena persona aparecieron unas patas de gallo que evidenciaban sus tribulaciones—. No podemos decirte nuestros nombres ni a qué nos dedicamos. Creo que eso es muy natural cuando uno compra la vida de otra persona. En fin, sigamos. Nosotros somos japoneses, pero este asunto concierne a las embajadas de dos países extranjeros. Llamemos a esos dos países A y B. La esposa del embajador del país A, famosa por su belleza, organizó una fiesta en la embajada a la que asistieron los embajadores de diversos países. Este es un acontecimiento habitual en una embajada y más fácil de preparar que si nosotros organizamos una partida de *mahjong* e invitamos a unas cuantas personas. La señora recibió a los invitados con un vestido de cola verde esmeralda, porque asistían miembros de la familia imperial.

»No podemos decirte cuál es nuestra relación con esa embajada. Como el vestido era verde esmeralda, con bordado del mismo color, cualquiera pensaría que las joyas deberían ser esmeraldas, ¿no te parece? La señora del embajador del país A tenía un collar extraordinario, de enorme valor, formado por treinta y cinco esmeraldas con un pequeño brillante inserto entre cada par de cuentas.

»El baile dio comienzo y se redujo la iluminación. Los invitados bailaron como locos y, cuando la fiesta estaba llegando a su final, la señora descubrió que le había desaparecido el collar. Ella no dijo nada, y la mayoría de los invitados no se dieron cuenta. Los que observaron que le faltaba la joya pensaron que se la había quitado para bailar. Como la mitad de los invitados se habían marchado antes de que finalizara el baile, el salón estaba bastante despejado. La mujer había palidecido un poco, pero se despidió con aplomo de los restantes invitados, saludándolos sonriente uno tras otro, y cuando ya no quedó nadie se echó en brazos del embajador.

»—Es horrible, horrible —le dijo—. ¡Me han robado el collar de esmeraldas!

»La joya valía decenas de millones, y que la robaran era de por sí gravísimo, pero además había desaparecido de súbito durante el baile y no era posible dudar de la honradez de ninguno de los invitados.

»—¿Qué? —solo pudo balbucir el embajador.

»No es en absoluto un hombre tacaño. En su país tiene grandes propiedades, y se dice que juega a la bolsa por afición. No tenía motivos para mostrarse trastornado por un simple collar.

»Pero el embajador tenía un serio problema del que no había dicho nada a su mujer. Bueno, antes de seguir adelante, he de explicarte algo sobre la esmeralda. La calidad máxima de la mayor parte de las piedras preciosas depende de su transparencia, pero la esmeralda es la única excepción. Las esmeraldas naturales siempre tienen fisuras, que constituyen precisamente uno de los elementos que las dotan de elegancia. Mirarlas es como contemplar a hurtadillas un mar verde, e incluso el valor artístico de la piedra aumenta según sea la disposición de las fisuras. Podría decirse que la esmeralda es una piedra preciosa carnal, lo que la distingue del diamante, por ejemplo, pues si esas fisuras tenues como el humo vinieran a ser la vida de la hermosa piedra verde, no podrían dejar de conferirle cierto misterio orgánico.

»Cuando el embajador regaló el collar a su mujer, mezcló una piedra artificial con las auténticas. Esa piedra artificial era perfecta y apenas se distinguía de las otras treinta y cuatro ni por el aspecto de sus fisuras ni por la tonalidad del color. Realmente estaba muy bien hecha. Sin embargo, en las pequeñas fisuras de esa única esmeralda falsa estaba la clave para descifrar las palabras codificadas en los telegramas que el embajador recibía de su país. Al proyectar las tenues y minúsculas fisuras en el telegrama por medio de una luz, se podía interpretar el significado de las palabras codificadas. El embajador sabía que en algún lugar los telegramas de su país eran objeto de espionaje y, tras muchas cavilaciones, decidió introducir la clave en la esmeralda. La señora dejaba el collar a su cuidado, y si ella lo necesitaba para lucirlo en una fiesta, él lo sacaba de la caja fuerte y se lo daba. Naturalmente, la esposa desconocía este secreto, pero reparó en la palidez de su marido.

»—¿Quién puede robar un objeto así con semejante audacia sin que me dé

cuenta? Todos los asistentes son damas y caballeros japoneses del máximo nivel.

»—¿Cuándo crees que ha sido? —le preguntó el embajador en voz temblorosa.

»—No lo sé, pero solo puede haber sido durante el baile.

»—¿Con quién has bailado? ¿Cuántos hombres?

»—Cinco... no, creo que seis.

»—Vamos, haz un esfuerzo por recordar a cada uno de ellos.

»—El primero ha sido el príncipe.

»—Ese queda descartado. Pasemos al siguiente.

»—El siguiente ha sido el ministro japonés de Asuntos Exteriores.

»—También vamos a descartarlo. ¿Quién más?

»—El embajador del país B.

»—Ese podría haber sido —dijo el embajador del país A, y se mordió el labio.

»Las representaciones diplomáticas de los países A y B en Tokyo competían desesperadamente por la superioridad en el espionaje, y por ello la sospecha del embajador estaba fundamentada. Todos habían bebido, la iluminación de la sala era escasa, había mucha gente y la música sonaba a todo volumen, unas condiciones ideales para que los dedos del embajador del país B, lo único en él que tenía una agilidad extraordinaria a pesar de lo muy corpulento que era, llevasen a cabo la hazaña de quitar del cuello blanco y esbelto de la señora el collar de esmeraldas.

»Aquella noche el embajador y su esposa se enfrentaron al dilema de si debían denunciar o no el robo a la policía, sin acabar de decidirse, pero a la mañana siguiente un criado presentó al matrimonio, que acusaba los efectos del insomnio, un sobre de papel marrón en una bandeja de plata.

»—He encontrado este sobre en el buzón —les dijo.

»Lo abrieron y allí dentro estaba el collar de esmeraldas. Ni que decir tiene, la mujer se volvió loca de alegría.

»Al final todo ha sido una broma, ¿verdad? Una broma muy pesada que nos ha hecho sufrir. Sea quien fuere, hacer una cosa así es indigno de un diplomático.

»—No hay duda de que es tu collar, ¿verdad?

»—Es el mío, desde luego.

»La señora alzó el hermoso collar de treinta y cinco esmeraldas y lo hizo oscilar contra la luz matinal. El embajador lo tomó y buscó la esmeralda que le interesaba. En seguida se dio cuenta de que la piedra artificial había sido sustituida por una auténtica.

—SI EL EMBAJADOR HUBIERA explicado a su mujer el secreto de la esmeralda, tal vez se habría sentido mejor —siguió diciendo el primer hombre—. Pero es por temperamento un caballero chapado a la antigua y se guarda para sí los asuntos de máxima confidencialidad, pese a que la profesión de embajador comporta a menudo la presencia del matrimonio en las funciones públicas. Envió un telegrama a su país pidiendo que en lo sucesivo utilizaran un nuevo sistema para el encriptado de los telegramas, puesto que alguien había robado la clave usada hasta entonces. Esta sería la solución para el futuro. Pero si los telegramas anteriores hubieran sido interceptados, los hubiesen descifrado y su contenido se hiciera público, habría un serio conflicto internacional. Como quien robó la esmeralda conocía su secreto, estaba claro que eso sería lo que iba a pasar. El embajador pensó que todo acabaría si al día siguiente, por ejemplo, se publicaba la información descifrada. Si tardaran un día más en hacerlo, habría una esperanza, que se ampliaría si tardaran más tiempo, pues eso significaría que temen represalias por darlo a la luz o bien tienen otros motivos por los que vacilan antes de hacerlo. Sin embargo, es casi imposible recuperar todos los datos que han robado, porque ya habrán sacado copias y las habrán enviado a su país. Será imposible recuperar una sola de ellas. El embajador no sabía qué hacer. No tenía más remedio que esperar un día tras otro, pensando en cómo utilizarían los datos, y se sentía como si estuviera pisando una delgada lámina de hielo.

»Sin embargo, quedaba una medida por llevar a la práctica. Si nosotros pudiéramos robar su clave, la que equivale a nuestra esmeralda, estaríamos en condiciones de proponer una negociación. También nosotros hemos interceptado sus telegramas, pero no podemos entender las partes encriptadas. El embajador decidió no esperar ni un día más y robar la clave. Pero la cuestión era averiguar dónde se encontraba. El país B no solo ha descubierto

el secreto de la esmeralda, sino que ha conseguido robarla. Tienen una formidable red de espionaje que les permite llegar a ese nivel. El país A también confía en sus espías, pero el hecho de que todavía no hayan encontrado la clave significa que no la están buscando con ahínco. El embajador les dio una orden estricta: tenían dos días para descubrir dónde estaba la clave y robarla.

»Los agentes del país A ya espían al embajador del país B, pero no habían detectado nada que le distinguiera de los demás embajadores. La única diferencia destacable es que el embajador del país B siempre está estudiando hasta avanzadas horas de la noche. Parece que es entonces cuando descifra los telegramas de su país, y se rumorea que ese hombre tiene un gusto desmedido por la zanahoria y que a su lado hay un vaso con unos veinte palitos de zanahoria cruda que se come con un poco de sal cuando le apetece. Este dato procede de un cultivador de verduras con abono orgánico que le provee de zanahorias occidentales de alta calidad. El descifrado de mensajes de máximo secreto y la zanahoria cruda son realmente una combinación extraña y ridícula.

»Ahora bien, un excelente miembro del servicio de inteligencia del país A, con una habilidad fuera de lo corriente, descubrió algo en esa combinación que no tiene nada de casual. Este hombre, al que llamaremos número X1, entró clandestinamente en la embajada del país B. Natural de un pequeño país europeo, recibió un adiestramiento de espionaje exhaustivo en los servicios secretos del país A, de cuya nacionalidad carecía, y tenía a su disposición ocho historiales falsos. Antes de entrar en la embajada del país B, el número X1 se puso en contacto con el embajador del país A.

»—Esta noche encontraré la clave y la traeré —le dijo.

»—¿Tiene algo con lo que guiarse?

»—Probaré la zanahoria del embajador del país B —replicó sonriente, lleno de confianza en sí mismo.

»Esa fue la última vez que el embajador del país A vio al número X1. Encontraron su cadáver en el interior de la embajada del país B.

»Las noticias dijeron que un ladrón no identificado, tras haberse introducido en la embajada, se había suicidado con cianuro potásico. Se dio carpetazo al asunto.

»Transcurrieron varios días sin que la embajada del país B publicara los datos ultrasecretos extraídos de los telegramas del país A, y el embajador de este se tranquilizó un poco, pero, como es natural, no podía serenarse por completo, pues existía la posibilidad de que el país B lo hiciera en un momento en que sacarlo a la luz fuese políticamente más eficaz, al cabo de un mes o incluso de un año.

»El embajador del país A envió al segundo agente, el número X2, para que se infiltrara. Este desapareció sin dejar rastro. Pero antes de emprender su misión, al igual que hiciera el número X1, se había puesto en contacto con el embajador y, según este, le dijo que tendría que probar la zanahoria. Por si eso fuese poco, el número X3 desapareció de la misma manera.

»Finalmente, la embajada del país A no ha tenido más remedio que reconocer la gravedad de lo que está ocurriendo. Parecía innegable que el problema estaba en la zanahoria. Pero el embajador, que daba por descontada la cantidad de nuevos palitos de zanahoria, cada noche dejaba el vaso sobre la mesa. Toda persona que los probara moría en el acto con unos síntomas parecidos a los del envenenamiento con cianuro potásico. Probablemente, entre unos veinte palitos en total, habría alrededor de ocho no envenenados, y el embajador del país B era capaz de distinguirlos y saborearlos tranquilamente. Con toda seguridad, allí estaba la clave para descifrar los telegramas, pero nadie podía distinguirlos. La formación de cada uno de los espías desaparecidos había costado millones de yenes, es decir, son unos expertos tan valiosos como bienes culturales intangibles. La embajada no puede seguir sacrificando inútilmente sus bienes. Entonces, al descubrirte, dimos en el blanco. Eres exactamente el hombre que puede entrar ahí clandestinamente, distinguir los palitos de zanahoria sin veneno para mordisquearlos y conseguir la clave que permita descifrar los telegramas. ¿Qué te parece? Como ves, somos japoneses auténticos, pero recibimos unos beneficios especiales del país A. Al comprar tu vida, queremos corresponder a los favores que ese país nos ha hecho.

—Y, naturalmente, si tenéis éxito, os darán una enorme recompensa, ¿no es cierto?

—Pues claro que sí. De lo contrario a nuestra edad no te estaríamos persiguiendo y actuando como si fuésemos unos pistoleros.

—Comprendo —replicó calmadamente Hanio, y lanzó el humo del cigarrillo hacia el techo.

—Bien, ¿qué dices? Entre los veinte palitos hay una probabilidad. ¿Crees que tendrías alguna perspectiva de éxito?

—Hmm, más bien quisiera saber... —respondió Hanio, con toda la seriedad de que era capaz—. Supongo que la embajada del país A ya habrá conseguido interceptar todos los telegramas ultrasecretos del país B, ¿no es cierto?

—Por supuesto.

—Deduzco que todos esos telegramas no servirán de nada.

—¿Por qué no? Una vez encontrada la clave...

—No se trata de eso. Más importante que la clave es el papel utilizado para los telegramas. ¿Ha conseguido la embajada del país A un formulario de los telegramas que recibe la embajada del país B?

—No lo sé.

—Hay que verificar eso. Bien, toda la cuestión dependerá de mañana. Entonces probablemente moriré, así que esta noche necesito un buen descanso. Ahora marchaos. Venid a recogerme mañana a primera hora.

—No, si te escaparas, estaríamos en un serio aprieto. Nos quedamos a dormir aquí.

—Como queráis. La enfermera se sorprenderá cuando venga a tomarme la temperatura por la mañana, pero le diré que sois familiares de visita y habéis pasado la noche aquí. Uf, sois unos parientes poco gratos... En fin, mañana, temprano, uno de vosotros ha de ir a la embajada del país A antes de que abran, a fin de averiguar si tienen o no el papel utilizado en los telegramas. Todo empezará a partir de entonces.

Hanio había hablado con una absoluta confianza en sí mismo. Entonces apoyó la cabeza en la almohada, dio un gran bostezo y poco después roncaba.

—Qué sangre fría la de este hombre —comentó uno de los visitantes. Su mirada se encontró con la del otro. Ambos estaban admirados.

A LA MAÑANA SIGUIENTE hacía un tiempo muy bueno, primaveral. Hanio había logrado imponerse al médico para que le diera el alta y se estaba afeitando tranquilamente ante el espejo. Uno de los hombres se había ausentado para ir a la embajada. Cuando se hubo ido, el segundo hombre se mostró de improviso muy comunicativo, y era increíble la cantidad de trivialidades que podía soltar sin interrupción. Todo cuanto decía era del más elemental sentido común.

—Ah, ya lo entiendo, es el dominio de sí mismo propio del samurái, ¿no es cierto? Esta actitud mental para enfrentarte a la muerte es admirable de veras.

Estaba comiendo como un niño un bollo relleno de crema que la enfermera le había conseguido a petición suya. Tenía la boca llena, y en la crema amarilla que le rebosaba de los labios incidía bellamente la luz de la mañana. Por primera vez en mucho tiempo, Hanio había descubierto algo que le interesaba y divertía. Los espías de una primera potencia como el país A estaban perdiendo la vida por no haberse percatado de una cosa tan simple. Siempre que su deducción fuese correcta, naturalmente, lo cual estaba pendiente de verificación.

Tras aplicarse loción para después del afeitado, su rostro tenía un aspecto tan juvenil y alegre que a él mismo le encantó. Le parecía la cara de un hijo caprichoso de familia rica que no conocía dificultades ni tenía responsabilidad alguna. Al otro lado de la ventana se mecían las ramas de los cerezos, todavía en un tercio de su floración. El primer hombre regresó, jadeante.

—¡Menos mal! —exclamó—. Ya han conseguido hacerse con un formulario en blanco. Los espías del país A también son diligentes, ¿eh? Por cierto, antes de arriesgar la vida infiltrándote en la embajada, deberías reunirte con el embajador del país A, ¿no crees?

—¿A qué hora?

—Me han dicho que estará disponible de diez a once.

—Bien —dijo Hanio, y consultó su reloj—. Ahora he de acercarme a un sitio. Calculo que podré estar allí a las diez y media.

—¿Adónde has de acercarte? Tienes un poco de espuma de afeitar detrás de esa oreja.

—Ah, gracias.

Aquella mañana la pesada injerencia de los dos hombres no le molestaba en absoluto. Se limpió con una toalla la zona detrás de la oreja y también la barbilla. Vio que unos puntos rojos habían manchado la toalla. Debía de haberse hecho un pequeño rasguño con la cuchilla de afeitar. El recuerdo de la vampira acudió a su mente y le emocionó. Pensó que no volvería a tener jamás aquella sensación dulce y lánguida de estar sumergido en un baño letal. En realidad, fue ella quien le vendió su vida para que él tuviera esa experiencia.

—¿Adónde tienes que acercarte? —repitió el primer hombre.

—Calla y acompáñame. He de hacer una pequeña compra. Ya te he dicho que uno ha de estar preparado antes de morir.

Estas últimas palabras impresionaron al hombre y guardó silencio. A Hanio le divirtió la seriedad de su cara.

La enfermera fue a su encuentro en el vestíbulo del hospital.

—No te pases de rosca en tu primera salida, ¿de acuerdo? Aún no tienes el alta definitiva.

—Según el examen que me hicieron ayer, estoy completamente recuperado —replicó Hanio, y la enfermera le dio un pellizco en el brazo.

Una vez en la calle, inundada de luz primaveral, incluso el dolor del pellizco parecía brillar. Los tres bajaron por una ancha calle en pendiente y se encaminaron al centro de la ciudad. En su semblante se alternaban las expresiones de placer y de tensión, como si fuesen a ver una carrera de caballos.

—Vamos a una tienda de alimentación selecta para comprar una hortaliza cultivada orgánicamente. Está hacia Aoyama.

Había transcurrido largo tiempo desde la última vez que Hanio estuvo en la ciudad, y en ninguna parte veía indicios de muerte. La gente estaba

inmersa hasta el cuello en la cotidianeidad, caminaban como si fuesen, por así decirlo, los pepinillos a la vinagreta de la vida. «En cuyo caso —se dijo Hanio—, «yo soy un pepinillo ácido.» Era un encurtido como los demás, apto solo para tomarlo como acompañamiento de bebidas alcohólicas, sin relación con las tres comidas principales del día. «También eso es mi destino y no hay nada que hacer.»

En la tienda K, Hanio, bajo las miradas serias de los dos hombres, compró una bolsa de zanahorias occidentales ya cortadas en palitos, recubierta de escarcha porque acababan de sacarla del frigorífico.

—¿Solo querías comprar esto?

—Sí, nada más. Ya podemos ir a la embajada del país A.

Era preciso entrar en el majestuoso edificio blanco de la embajada por la puerta de servicio, por donde accedía el personal subalterno, y este detalle hirió un poco el orgullo de Hanio.

Cruzaron la cocina, subieron por unas sucias escaleras y abrieron una puerta tras la que había un amplio y magnífico despacho de estilo eduardiano. Cuando vieron al embajador, erguida la cabeza canosa y sentado ante su mesa, los dos hombres adoptaron la posición de firmes.

—Traemos a la persona de la que le hablamos —dijo el primer hombre.

—Gracias por vuestro esfuerzo. Soy el embajador del país A.

El embajador tendió la mano sin vacilar. Al estrecharla, Hanio sintió como si apretara unas flores secas. Parecía como si fuera a deshacerse y dejar clavadas sus espinas en la palma de Hanio.

—Aquí tiene el anticipo. Tómelo, por favor.

El embajador cogió el cheque por importe de doscientos mil yenes que estaba sobre la mesa y cuya tinta aún no se había secado, y se lo tendió a Hanio con un ágil movimiento.

—Bien, entonces me pondré a trabajar de inmediato. Por cierto, eso son formularios de telegramas del país B, ¿verdad?

—Sí, aquí están preparados.

—Hágame el favor de pedir que mecanografíen los telegramas interceptados, haciendo que el texto quede perfectamente inscrito en la casilla.

—De acuerdo.

El embajador tocó un timbre y cuando apareció la secretaria le entregó los telegramas y los formularios para que los mecanografiara.

—Aquí tiene una copia. Puede usted leerla.

Hanio leyó el texto por encima. Incluso traducido al japonés era rarísimo y carecía de sentido. Mientras esperaba a que lo mecanografiaran en el formulario, los cuatro hombres permanecían sentados unos frente a otros en silencio. De la pared pendía el retrato de un gran político del país A, y en las estanterías se alineaba una lujosa edición de las obras completas de Disraeli entre otros volúmenes. En la estancia flotaba un efluvio dulzón y persistente que debía de ser el olor corporal del extranjero.

La secretaria, una mujer de mediana edad cuadrada de hombros, trajo el formulario mecanografiado, lo entregó con semblante inexpresivo y abandonó el despacho.

—Veamos... —dijo el embajador.

—Veamos... —repitió Hanio, y de improviso sacó un palito de zanahoria y se lo llevó a la boca.

—**E**L COLOR ROJO DE LA ZANAHORIA se debe a la carotina, un pigmento que da origen a la vitamina A. Como es sabido, la zanahoria contiene una gran cantidad de esa vitamina. Si existe un elemento destructivo en la zanahoria es la ascorbinasa, que destruye la vitamina C. Bien, la zanahoria carece por completo de fécula. Por lo tanto, la tialina, un enzima de la saliva que transforma la fécula en maltosa, no actúa en el caso de la zanahoria. Lo más probable es que estos dos elementos sin relación directa entre sí estén distribuidos de un modo ingenioso para que la ascorbinasa y la tialina actúen alternativamente sobre el material con el que se ha untado el formulario del telegrama, produciendo una reacción química: la tialina actúa allí donde la ascorbinasa no tiene efecto y viceversa.

Hanio untó el formulario del telegrama con la zanahoria bien masticada, y al instante aparecieron las letras de la clave entre las palabras.

—¡Es asombroso! —exclamó el embajador, absorto en el descifrado del telegrama—. Humm, ajá —dijo para sí mismo, haciendo gestos afirmativos con la cabeza—. Hay más zanahoria, ¿verdad? Tengo que descifrar muchos telegramas. Esto es nuestra salvación. Así podremos negociar con el país B sin ningún problema. No estarán en condiciones de refutar nada. Ahora estamos exactamente al mismo nivel.

—Necesita un poco más de sal... —masculló Hanio, todavía con la zanahoria en la boca—. Esto se usa principalmente como acompañamiento de bebidas, ¿no? ¿No tendría whisky o algo por el estilo?

—Luego beberemos con calma. Ahora se podría estropear la reacción química.

Con los ojos brillantes, el alegre y esperanzado embajador contempló la cara de Hanio, que trituraba la zanahoria como un caballo.

DESPUÉS DE HABER UNTADO bien con la zanahoria masticada todos los formularios de telegrama, el embajador hizo pasar a Hanio a otra habitación, donde le entregó un cheque por dos millones de yenes. Cada uno de los dos hombres que le acompañaban también recibió un cheque. A juzgar por sus risueñas expresiones, cabía pensar que el importe era muy satisfactorio.

El embajador le sirvió un vaso de whisky.

—¿Cómo se las ha arreglado para tener este gran éxito sin arriesgar la vida? Estaba deseando preguntárselo. Quiero aprender de usted, ¿sabe?

Hanio intentó responderle, pero no tenía el dominio del inglés necesario para explicar cosas complicadas, y pidió al primer hombre que actuara como intérprete. Este adoptó un aire de importancia y, colocándose entre Hanio y el embajador, procedió a interpretar en un inglés fluido que no armonizaba con su aspecto desgarbado. Algunas de las cosas que Hanio decía eran descorteses, pero el intérprete eliminaba adecuadamente todo lo inapropiado.

—¿Por qué es tan descuidado en general el país A? Tan solo la pérdida de tres espías importantes supone millones de yenes evaporados. Claro que, si son tan inútiles, que murieran muchos de ellos más bien sería una ganancia. El error que han cometido las cabezas más selectas del país se debe a que se han fijado únicamente en los detalles sin importancia y las fruslerías, olvidando lo esencial, que es más sencillo. ¿No le parece que estoy en lo cierto? Sí, los tres espías se infiltraron en la embajada del país B uno tras otro para probar la zanahoria. Hasta ahí la deducción es correcta. Por cierto, aquel artículo de prensa que me mostró... ¿qué decía allí? «Ladrón torpe entra en la embajada del país B y muere de súbito al comer zanahoria envenenada.» El embajador del país B hizo reír mucho a la gente con su justificación de lo ocurrido. Encontraron en su boca un trozo de zanahoria masticada que estaba envenenada con cianuro potásico, y lo que el embajador dijo fue que «un ladrón hambriento se comió el pienso preparado para un experimento con

animales». Les engañaron a ustedes con esa explicación. Y lo mismo ocurrió con el segundo espía. No cuesta imaginar que el embajador del país B estaría esperando a los ladrones sucesivos, dejando tranquilamente sobre la mesa la zanahoria envenenada. Ahora bien, ¿hay algún testigo presencial de que el primer espía la probara por sí mismo? ¿No es posible que alguien se la metiera a la fuerza en la boca? Quiero decir que el propósito del país B es hacer creer que una zanahoria especial es imprescindible para descifrar los telegramas, así como que es sumamente difícil distinguir los palitos envenenados de los que no lo están. Todo ha sido un truco psicológico. Lo comprendí en cuanto me hablaron de este asunto. ¿Por qué no pensaron que sucedería lo mismo con las zanahorias normales? Incluso un niño razonaría así. Pero ustedes se han decidido por lo más complicado, hasta el punto de perder vidas humanas. Por eso he estructurado mi visita aquí en dos fases. En primer lugar, probaría con zanahoria normal. Estaba seguro en un ochenta o noventa por ciento de que esa sería la solución, pero, de no ser así, iría a probar la zanahoria envenenada con cianuro potásico, sin lamentarme porque iba a morir. Si corro el riesgo de perder la vida, comer zanahoria no tiene importancia. También puedo confesarle que la zanahoria no me hace ni pizca de gracia. Ese color rojo amarillento es muy pueblerino, y su olor, sobre todo crudas, me repugna. Cuando era niño, mi padre no me gustaba nada, y cuando le veía mascar ruidosamente una zanahoria cruda imaginaba que acabaría convirtiéndose en un caballo. Me decía que yo nunca iba a comer una cosa tan vulgar, y este pensamiento infantil llegó a causarme una aversión fisiológica. Desde entonces, cuando veo un estofado de carne con zanahoria, me siento peor que si viera el contenido sin eliminar de la taza de un váter, y cierta vez, cuando en una librería vi una obra titulada *Zanahoria*, me sorprendió la falta de delicadeza del autor. Si me ofrecieran elegir entre morir abatido a tiros o comer zanahoria, preferiría lo primero, pero mi vida ya no me pertenece, ahora es de mis clientes, y para mí la actuación que acabo de hacer, en el papel de masticador de zanahorias, ha sido más dura que la muerte. La verdad es que dos millones de yenes por tener que hacer eso resulta barato. En fin, sobre todo recomiendo al embajador del país A que a partir de ahora deje de pensar en cosas innecesariamente difíciles. Tanto la vida como la política son más superficiales de lo que se cree. Claro que para

poder pensar así hay que estar dispuesto a morir en cualquier momento. Es el deseo de vivir el que hace que uno lo vea todo complicado y misterioso. Bien, si me lo permite, voy a marcharme. No creo que volvamos a vernos nunca más.

»Asumo la responsabilidad del trabajo que he realizado y no voy a hablar de ello con nadie, por lo que no debe someterme a la vigilancia de esos agentes secretos de los que está tan orgulloso. También le ruego que no vuelva a llamarme, porque es evidente que no podré serle de utilidad en el futuro. No tengo el menor interés por el enfrentamiento entre el país A y el país B. ¿No estarán enfrentados porque les sobra demasiado tiempo? Bien, adiós.

Cuando el primer hombre finalizó la interpretación de sus palabras, Hanio ya retrocedía hacia la majestuosa puerta e inclinaba ceremoniosamente la cabeza.

HANIO VOLVIÓ AL HOSPITAL, recogió apresuradamente sus cosas, se marchó de allí y regresó a su apartamento, ojo avizor por si le seguían. Una vez en su domicilio, se puso de inmediato a preparar la mudanza.

—Finalmente ha llegado el momento de la despedida, ¿eh? —le dijo el casero—. Ahora que se ha restablecido, deja el apartamento. Lamento que se marche, pero no puedo devolverle el adelanto por el alquiler de los próximos seis meses.

—Comprendo. Quédeselo.

—A pesar de lo joven que es, debe de ganarse bien la vida —comentó el casero con cara de envidia, mientras trazaba círculos con la lengua en el interior de la boca. Parecía como si guardara un resto de comida en algún recoveco y lo rumiara para volver a saborearlo.

Empaquetar sus pertenencias fue de lo más sencillo. Hanio apenas leía, y en cuanto a la ropa, se regía por el principio de tirarla cuando se cansaba de ella. Una vez recogidos los muebles, solo quedaban objetos que cabrían en unas tres cajas de cartón. En una de ellas guardó el ratón de peluche con el que cenó un día.

El pequeño camión que había encargado se encontraba delante del edificio. El conductor estaba distraído mirando la copa del humilde cerezo con menos de diez flores que se alzaba junto a la entrada de la casa de enfrente, como si le embargara el estado de ánimo de quien ha salido a contemplar la belleza de los cerezos en flor. Como no parecía tener intención de ayudarlo, Hanio fue llevando los muebles uno tras otro al camión. Tal vez no se había restablecido del todo o quizá la zanahoria le había sentado mal, pero lo cierto es que, cuando solo había transportado un par de sillas, ya estaba empapado en sudor.

El casero se había escondido en alguna parte y no aparecía para echarle una mano.

Estaba bajando con dificultad la mesa por la escalera cuando el mueble se levantó como si fuese ingrátido. La sorpresa de Hanio solo duró un instante. El primero de los dos hombres al servicio de una embajada extranjera había cargado la mesa sobre sus hombros.

—Déjame que te ayude —le dijo—. Un convaleciente como tú no puede cargar con una cosa tan pesada.

Todavía estaba hablando cuando el segundo hombre subió velozmente la escalera.

—Puedo bajar esas cajas, ¿no? —le dijo.

En poco tiempo los dos hombres dejaron perfectamente colocados los muebles en el camión.

—Muy agradecido por vuestra ayuda, pero os había pedido que no me siguierais.

—No tenemos la menor intención de seguirte. Es un pequeño gesto para devolverte el favor. Todas las personas que nos han beneficiado de alguna manera siempre han desaparecido sin dejar rastro. Nosotros lo comprendemos muy bien. Aunque a partir de ahora no volveremos a molestarte, puedes contar con nosotros si te encuentras en cualquier dificultad seria. Llámanos y vendremos de inmediato en tu ayuda.

—Con la pistola encima, ¿no?

—Por supuesto —replicó el primer hombre en voz recia. Su expresión era la de un hombre honesto y sin dobleces.

Le ofreció una tarjeta de visita con el nombre Makoto Uchiyama, la dirección y el número de teléfono, sin ninguna especificación profesional.

—¿Adónde vas a mudarte? —le preguntó con una sonrisa llena de simpatía.

—No tengo respuesta a esa pregunta —respondió Hanio bruscamente—. Ni yo mismo lo sé.

Subió al asiento del copiloto y el camión se puso en movimiento con aparente desgana. Los dos hombres, debajo del cerezo, saludaron agitando las manos.

—¿Adónde le llevo? —le preguntó el distraído conductor.

—A Setagaya —respondió Hanio al azar, pues no había previsto destino alguno.

Llevaba en un bolsillo un cheque por dos millones de yenes y otro por doscientos mil. Por primera vez desde el inicio de su negocio, calculó los ingresos que había conseguido hasta entonces, mientras contemplaba las calles envueltas en un cendal de polvo y polen.

Del primer cliente, el anciano, había recibido cien mil yenes. El siguiente caso, el de la mujer que se suicidó, le había reportado medio millón. El hijo de la vampira le había dado doscientos treinta mil. Los ingresos del último caso se elevaban a dos millones doscientos mil. En total, había llegado a ganar rápidamente tres millones treinta mil yenes, más o menos un millón al mes, lo cual significaba que aquel negocio no estaba nada mal. Casi diez veces más de lo que ganaba como redactor publicitario. A pesar de haber desperdiciado el importe del alquiler del apartamento, con semejante cantidad tenía garantizada una vida de gran lujo durante cierto tiempo. Naturalmente, los cantantes y los actores de cine que gozan de una gran popularidad ganan mucho más, pero, por otro lado, esa clase de personas tienen demasiados gastos. Les sería imposible vivir con una cantidad como la suya, recibiendo tranquilamente los cuidados de otras personas por haber arriesgado su vida o bien prestándose a que le chuparan la sangre.

En cualquier caso, ahora tenía una buena oportunidad para tomarse un descanso en el negocio de vender su vida. Procuraría que la que llevase ahora durante una temporada fuera pausada y lujosa. Si le apetecía seguir viviendo así, lo haría, pero cuando le acometieran de nuevo deseos de morir, solo tendría que abrir de nuevo el negocio. No existía un estado de ánimo más libre que el suyo. No podía comprender a quienes pierden la libertad de por vida al casarse o que la pasan bajo las órdenes de otros en un puesto de trabajo. Si al llevar esa clase de vida se le agotase el dinero, siempre podría optar por el suicidio. ¿Por qué no?

El suicidio...

Al llegar a este punto experimentó una náusea mental cuyo motivo se le escapaba. Fueran cuales fuesen sus pensamientos, el hecho de haber fracasado en su intento de suicidio le quitaba las ganas de probarlo de nuevo. Ahora que le embargaba una agradable sensación de abandono a sus impulsos, no le apetecía levantarse para coger el paquete de tabaco que tenía delante de sus narices. Las ganas de fumar existían, pero levantarse para

coger el tabaco que estaba fuera del alcance de su brazo extendido le parecía un trabajo tan pesado como empujar por detrás un coche averiado. Eso era el suicidio, en pocas palabras.

—¿A qué parte de Setagaya? —le preguntó el conductor cuando circulaban por la séptima vía de circunvalación.

—No vamos a ningún lugar concreto. Déjeme delante de una agencia inmobiliaria.

—¡Vaya! ¿No ha decidido todavía la vivienda a la que va a mudarse?

—Eso es. No lo tengo decidido.

—Increíble —dijo el conductor, aunque en su expresión no había el menor atisbo de sorpresa.

En la esquina de una calle por la que se iba a la estación de Umegaoka, Hanio vio una agencia inmobiliaria con las ventanas llenas de carteles que anunciaban casas y habitaciones en alquiler.

—Ahí está bien —le dijo al conductor—. Pare ahí, por favor. Creo que puede aparcar, ¿no?

—Hum —respondió el hombre con un sonido nasal, la boca entreabierta.

Hanio abrió con firmeza la puerta corredera y entró en la agencia. Una mujer de piel blanquecina, entrada en carnes, cincuentona, examinaba los papeles que tenía encima de la mesa. En un rincón de la sala había un tresillo del que sobresalía el relleno de paja, y una mesa baja con un florero que contenía flores de plástico. En la pared estaba fijado un plano del barrio.

—Estoy buscando una habitación de alquiler, a ser posible un anexo, de modo que pueda entrar y salir sin restricciones. También quisiera que en ese lugar me facilitaran las comidas.

—Comprendo. Mire, lo que usted desea es ideal, y no se puede encontrar así, tan de repente. ¿Cuál es su presupuesto?

—Unos cincuenta mil al mes, incluso podría pagar algo más. Por supuesto, los gastos de manutención serían aparte.

—Un momento, por favor —le dijo la mujer, mientras abría el registro de viviendas.

En aquel momento la puerta corredera se abrió bruscamente y entró una mujer vestida con pantalones.

Al verla, la encargada de la inmobiliaria frunció el ceño sin ocultar su

desagrado.

LA MUJER CON PANTALONES parecía un poco tambaleante, como si careciera de firmeza en los pies, y era rara. Su cutis tenía un mal color, aunque apenas debía de llegar a los treinta años, y su cara era pequeña en comparación con el cuerpo, una cara de estilizadas facciones japonesas a la que no le sentaba nada bien el maquillaje que usaba, como tampoco eran apropiados el suéter que le erguía el busto ni la forma de su cuerpo. En cuanto esta mujer entró en el local, la cincuentona pareció olvidarse de la presencia de Hanio.

—Tú sigue molestándome, que llamaré a la policía —amenazó la mujer blancuzca y rolliza, y su grasa se erizó como los pelos de un gato irritado.

—Llama si *quieres*, no estoy haciendo nada malo —replicó la mujer con pantalones, que parecía tener dificultad para articular bien algunas palabras, y se sentó de espaldas, dando la vuelta a la butaca que estaba delante de Hanio.

—Vamos, es que nunca he conocido a una persona tan cargante. Con ese alquiler exagerado y unas condiciones tan rigurosas, por más que digas que me darás una buena comisión... Aquí no somos intermediarios, ya lo sabes. Si eso es lo que deseas, búscalo tú misma y negocia. Pero no tienes esa capacidad, qué vas a tener, así que no hay nada que hacer.

—Tú no eres más que una agente inmobiliaria y no tienes derecho a decir tales impertinencias. Que tenga capacidad o deje de tenerla no es asunto tuyo.

Tras decir esto la mujer con pantalones apoyó la cabeza en el respaldo de la butaca, se amodorró y al cabo de un momento se puso a roncar. Su cara dormida, con el aspecto suave de los labios entreabiertos, tenía una expresión de inocencia, y Hanio experimentó una atracción momentánea, desbaratada por los ronquidos.

—No me equivocaba al pensar que es rara —dijo la encargada de la agencia inmobiliaria—. Ahí la tiene, drogada. Me está tomando el pelo a base de bien. Tengo que avisar a la policía. Disculpe, pero ¿podría quedarse un

momento mientras estoy fuera? Sería un desastre que esta mujer despertara, se pusiera violenta y empezara a destrozarlo todo. Menudo problema el mío.

—¿Pero qué diablos es lo que ocurre aquí? —le preguntó Hanio mientras se repantigaba en la butaca sin pensar en el camión aparcado en la calle que le estaba esperando.

—Esta mujer es la hija menor de una familia de buena posición afincada en este barrio. Vive en una casa grande con sus padres. Sus hermanos están casados y cada uno tiene su propio hogar. Debido al amor ciego de sus padres, que le consienten toda clase de caprichos, hace lo que le da la gana. Con un ritmo de vida como el suyo, no puede pensar en casarse. Sus padres fueron latifundistas en esta zona, pero después de la guerra empezaron a tener dificultades económicas y les presté bastante ayuda para que vendieran terrenos y casas. Solo les quedó la mansión donde viven. Por muy rico que uno sea, si se dedica a vender sus propiedades, acaba por ver el fondo, ¿no le parece? Bueno, ahora esta me viene con que quiere alquilar una casa anexa de tres habitaciones, del tipo de las casas de té, que hay en la finca. Hasta ahí es una petición muy habitual, por lo que podría ayudarla, pero el problema es que esta chica, que se llama Reiko, lo echa todo por tierra. Pretende cobrar cien mil yenes de alquiler mensual por esa casa vieja, y con un depósito de medio millón. No está dispuesta a rebajar el alquiler ni un solo yen, y pone como condición que el inquilino sea un joven soltero. No hace el menor caso de las propuestas que le presento. Hay un hombre de mediana edad, presidente de una empresa, que se interesa por Reiko y estaría dispuesto a pagar esas cantidades. Pero es inadmisibile que esta mujer venga aquí, se entrometa en mi negocio y dé al traste con las negociaciones que estoy haciendo. ¿Por qué no puede ponerse en mi lugar? ¡Una cosa así es insoportable!

A medida que hablaba, la mujer se fue emocionando hasta echarse a llorar, y se cubrió la cara con la manga del kimono. Había olvidado por completo su intención de ir a la policía, y como lloraba con la frente apoyada en la puerta corredera cubierta de anuncios de casas y habitaciones en alquiler, la puerta de vidrio traqueteaba como en un día de fuerte viento.

Entre una mujer que lloraba y otra que no dejaba de roncar, Hanio no sabía qué hacer, pero finalmente tomó una decisión. Se levantó y puso su

mano en el hombro de la cincuentona llorosa.

—Mire, señora, esa casa de la que acaba de hablarme me interesa.

—¿Cómo?

La mujer se apresuró a enjugarse las lágrimas y taladró a Hanio con la mirada.

—Pero pongo una condición. Para ahorrarme molestias, desearía que me permitieran dejar provisionalmente en esa casa el mobiliario de mi mudanza, y en caso de que no me gustara o de que no le pareciera bien como inquilino a la propietaria, me marcharía de inmediato.

—Pero... ¿se ha mudado ya de su domicilio anterior sin una nueva vivienda?

—El camión espera fuera. Mírelo, ahí está.

Detrás de la valla en el lado opuesto de la calle se veía el camión aparcado debajo de un cerezo cuyas ramas movía un vientecillo que se había levantado de repente. El conductor había vuelto a distraerse contemplando las flores. El cielo estaba despejado, pero parecía sucio, como si se extendiera por él una nube amarillenta. Un gato que caminaba por encima de la valla, su cuerpo oscilante como una medusa, saltó a una rama negra del cerezo y de allí al suelo. La tarde tenía una claridad extraña, producía una sensación como si alguien hubiera dejado abandonado y olvidado un objeto muy grande, era una tarde primaveral que evocaba un terreno baldío inundado de luz.

Hasta aquel momento Hanio había estado pensando en tomarse un descanso, pero, una vez más, empezaba a verse involucrado de nuevo en algo raro. Tal vez la curvatura del mundo sea irregular, y es probable que la supuesta esfericidad de la tierra sea falsa. Una parte del planeta se tuerce, de una manera imperceptible y extrema, hacia dentro, o bien una parte recta se convierte de repente en un precipicio. Resulta fácil decir que la vida es insignificante, pero Hanio reconoció una vez más que para vivir esa insignificancia se requiere una poderosa energía.

La cincuentona sacudió el hombro de Reiko hasta que la despertó.

—Escucha, este señor dice que podría interesarle alquilar la casa anexa. Es joven y soltero, como a ti te gustan. A pedir de boca, ¿no te parece? Anda, date prisa y enséñale la casa.

Reiko abrió los ojos, pero no alzó todavía la cabeza del respaldo de la

butaca. Miró a Hanio desde esa posición, con un hilillo de baba brillante en la boca. Aunque a él le repugnaba, curiosamente no dejaba de encontrarle cierto atractivo erótico. Por fin se levantó despacio.

—¿Que se la enseñe yo misma? —dijo sin que su voz trasluciera la menor emoción—. Está bien. Por fin he encontrado a la persona que he buscado durante tanto tiempo. Qué contenta estoy. No me digas más cosas desagradables.

Y mientras decía estas frases en un tono más bien rimbombante, abrazó a la cincuentona.

—Ya ve usted si tengo motivos para estar harta —dijo la mujer, mirando a Hanio con una sonrisa, aunque esta vez era una sonrisa claramente comercial—. Sabe fastidiar al prójimo y al mismo tiempo se comporta todavía como una niña.

REIKO DIO INSTRUCCIONES para la descarga del camión en el vestíbulo de la casa anexa, que estaba cerca de la puerta trasera de la finca. Hanio avanzó por las piedras pasaderas, pisando los talones a Reiko, hacia el edificio principal. Atravesaron un jardín frondoso, cuya existencia nadie habría supuesto tan cerca de la séptima vía de circunvalación con su tremendo tráfico. En la terraza estaban un hombre y una mujer mayores, sentados en sillones de mimbre.

—Vaya, ¿ya estás de vuelta, Reiko?

—Sí, vengo con un señor que desearía alquilar la casa anexa.

—No me digas, ¿de veras? Ah, bueno. La casa está desordenada, pero... Venga aquí, señor, haga el favor de subir.

La anciana, menuda y elegante, saludó a Hanio con mucha formalidad.

—Encantado de conocerle —le dijo su canoso marido, vestido con kimono y no menos elegante—. Me llamo Kuramoto.

Su manera de presentarse y su sonrisa hicieron que Hanio simpatizase con él.

Pasaron al sobrio salón tradicional, le ofrecieron asiento junto a una de las columnas del *tokonoma* y le sirvieron té. Era una hospitalidad anticuada y demasiado ordinaria, que no convencía a Hanio y le hacía sentirse un poco incómodo. El mobiliario era espléndido, y en unos estantes de palo de rosa había un incensario y un papagayo ornamental de piedras preciosas. La pintura enrollable del *tokonoma* era una representación grácil y esmerada de un paraíso terrenal, con una frase de alabanza inscrita.

—Es una muchacha inexperta, pero espero que sea benévolo y comprensivo con ella —dijo el marido.

—No, decimos que es inexperta, pero en realidad es una chica muy dulce —terció la señora—, una hija divina, inocente, y, como quiere desenvolverse en este mundo manteniendo la pureza de su corazón, solo por eso, toma

himena...

—¿Qué dices, mamá? Es hyminal —le corrigió Reiko en tono tajante. La anciana se refería a aquella mujer que andaría por los treinta años y sobre la que no parecía tener ningún dominio como si fuese una adolescente.

—Sí, de acuerdo, se llama así. Pues toma eso y también ele no sé qué.

—Mamá, por favor, es LSD.

—¿Cómo? ¿Ele qué más? ¿SSB? Parece la marca de curry. En fin, quiero decir que toma esa clase de fármacos que se han puesto de moda, y sale de noche, se va al barrio de Shinjuku, y todo para encontrar al príncipe de sus sueños. ¿No es verdad, Reiko?

—Ya está bien, mamá.

—Es muy orgullosa, esa es la diferencia con sus hermanos, y como tiene una buena disposición para abordar seriamente la vida, debemos hacerle desarrollar esa cualidad. Los mayores tenemos que abstenernos de cortar los brotes, y por eso nosotros la observamos de una manera amable y pausada. Bueno, ya está bien de hablar solo de mi hija. La cuestión es que esta chica de tan dulces sentimientos nos dijo que estaba empeñada en reformar la casa anexa costara lo que costase y que en ella debía vivir un inquilino ideal. ¿Cómo íbamos a ponerle objeciones, no le parece? Yo diría que hoy le vemos a usted gracias a la guía de las potencias divinas. Para Reiko no existe mayor felicidad que la que eso pueda proporcionarle. Bueno, Reiko, ¿por qué no le enseñas ya al señor la casa anexa?

Reiko se puso en pie, asió bruscamente el meñique de Hanio y tiró con tanta fuerza que él se tambaleó al levantarse. A través de las ramas con bastantes hojas dispersas se filtraba la luz primaveral que inundaba el jardín, y volvieron a la casa anexa entre los arbustos punteados de camelias. Ella abrió ruidosamente las contraventanas para la lluvia. Él pensó que un olor a moho iba a asaltarle el olfato, pero no fue así.

En la sala de la ceremonia del té no había una sola estera de tatami. La habían reconvertido en una cocina cuyo suelo era de baldosas con un diseño de pequeñas hojas caídas. Hanio se sorprendió al ver la espaciosa habitación contigua. Todo el suelo estaba cubierto por una lujosa alfombra de Tianjin, había una cama de bambú al estilo de la Indochina francesa con un cubrecama de sarga. Al principio Hanio había creído que en el entrante del

tokonoma pendía una pintura enrollable, pero lo que había allí era un magnífico tocadiscos estereofónico. En un rincón estaba dispuesto un juego de sillas de palo de rosa que tenían un aire vietnamita, pero eran de estilo Luis XVI, con incrustaciones de nácar, y a su lado había una lámpara de pie *art nouveau* de bronce en forma de mujer, cuya parte inferior era una esbelta hoja de lirio del valle, mientras que la parte superior del cuerpo serpenteaba para sujetar la fuente luminosa. Todas las paredes estaban cubiertas con un grueso tejido de seda y en otro rincón había un hermoso mueble bar forrado de espejos que, al abrirlo, reveló hileras de botellas de vino de máxima calidad. «Así se comprende que el alquiler sea tan alto», se dijo Hanio. Reiko pareció leerle el pensamiento.

—La mujer de la agencia inmobiliaria no ha visto el interior de la casa. Es una boba. Me divierte tratarla como lo he hecho antes, pero si le digo esas cosas se enfurece. He hecho grandes esfuerzos para reformar esta habitación. Siempre estoy sola, incluso cuando voy a Shinjuku estoy sola. No trabo amistad con nadie y, como me siento triste, hago reformas. Es raro, ¿no?

—No, no es nada raro. Es una afición un tanto misteriosa, pero, desde luego, se nota que tiene buen gusto.

—He sacado del almacén todos los objetos que colecciona papá y los he puesto aquí. También él hizo cosas malas en el pasado, aunque ahora tenga esa cara de quien no ha roto nunca un plato.

—¿Y papá no le dice nada?

—¿Si tiene algo que objetar? Qué va. En esta casa no le arriendo la ganancia a quien me lleve la contraria.

Tras decir esto, se echó a reír estrepitosamente y pareció como si su risa no fuese a finalizar nunca.

En aquel momento se oyeron unos golpecitos en la contraventana para la lluvia que había quedado abierta, y entró la anciana. Traía una bandeja lacada sobre la que había unos papeles.

—Aquí tiene la factura y el contrato. Tómelos, por favor.

Hanio leyó: «Depósito de quinientos mil yenes y alquiler mensual de cien mil», junto con otros muchos detalles escritos en una caligrafía que debía de ser peculiar de la familia.

—Tengo la mayor parte de mi dinero en un cheque, y no dispongo de

suficiente efectivo. Ya son más de las tres y a esta hora el banco está cerrado. Iré mañana por la mañana y cobraré el cheque.

—Oh, no se preocupe por eso. Cuando a usted le vaya bien.

La anciana hizo una reverencia y se retiró lentamente.

Hanio no podía dejar de pensar en los paquetes con sus pertenencias y los muebles que había dejado en el vestíbulo. Quería pedir que le permitieran guardar en el trastero unos muebles humildes que desentonarían tanto entre los de aquella casa.

—Supongo que quiere guardar las cosas que ha traído, ¿no es cierto? —dijo Reiko al instante—. Cuando le parezca, iremos al trastero.

Aquella mujer parecía tener el don de leer la mente.

—¿Cómo es que capta los pensamientos de los demás?

—Eso es un efecto de las drogas. Desconozco los motivos, pero está claro, porque normalmente no me ocurre.

No tenían nada más que decirse, y los dos se quedaron en silencio.

Cuanto más lo pensaba, más extraña le parecía a Hanio aquella casa. Era incomprensible la finalidad de una habitación tan lujosa en la que había una cama gigantesca, por no hablar de la caprichosa elección del inquilino y el elevado alquiler.

Naturalmente, la alquilaba por razones económicas, pero no había ninguna necesidad de que una mujer que vivía tan a su aire pese a haber dejado atrás la juventud estuviera siempre en la inmobiliaria, donde su presencia desagradaba, buscando un inquilino. Era excéntrica, pero no parecía estar loca.

Tal vez un hombre como Hanio, aunque hubiera salido bien librado de unas experiencias como las que había tenido, estuviese condenado a toparse una y otra vez con alguien semejante a él. Los solitarios husmean como perros la soledad ajena. Esta capacidad había hecho que Reiko, cuando ya no estaba bajo los efectos de la droga y tenía los ojos entrecerrados, se percatara de que Hanio no era un hombre equilibrado y práctico. No deja de ser curioso que esa clase de personas tengan el hábito de decorar espléndidamente su nido.

Tras el éxito conseguido con el negocio de la venta de su vida en el sencillo apartamento donde vivía, Hanio buscaba un sitio lujoso donde

descansar, y aquel era realmente muy adecuado. Empezando por el techo bajo, la estancia daba la impresión de que era una tumba solemne.

—De momento me propongo descansar en esta habitación, tanto física como mentalmente.

—¿Por qué está cansado?

—No es por nada importante, pero en cualquier caso estoy cansado.

—¿No será algo tan mediocre como estar cansado de la vida o cansado de vivir, ¿verdad?

—¿Qué otros motivos puede haber para estar cansado?

Reiko le miró de reojo y se echó a reír.

—Usted mismo lo sabe bien. Está cansado de tratar de morir.

SI BIEN LA MIRADA DE REIKO parecía desenfocada, sus palabras daban en el blanco de una manera siniestra, y Hanio se sentía cohibido. Ella sacó de la estantería un libro grande en edición de lujo, se lo puso en el regazo y fue pasando detenidamente las páginas, en busca de algo.

—Aquí está, mire —le dijo, tendiéndole el volumen.

Era *Las mil y una noches*, con magníficas ilustraciones. La lámina que le mostraba correspondía al famoso relato del incesto. Dos hermanos, chico y chica, de madres distintas, se enamoran y su amor es ilícito. En el fondo de una tumba preparan una lujosa habitación para esconderse del mundo. Se aíslan bajo la losa de la tumba y se entregan al placer de día y de noche. Finalmente provocan la ira divina y perecen abrasados. En el relato, cuando el padre entra en la tumba que era el escondrijo de los hermanos, se encuentra con los cadáveres carbonizados sobre la tela de algodón que cubría la cama. En la ilustración, los cadáveres desnudos y quemados conservaban la forma corporal, abrazados sobre la elegante cama que no había sufrido el menor daño. Era una contraposición de los hermosos cuerpos entregados a los goces ardientes cuando vivían y la abominación y fealdad de la muerte. Se entendía que les abrasaron las llamas del placer carnal y no las de la ira divina.

—A pesar de que están carbonizados se besan —comentó Reiko—. Asombroso, ¿no es cierto? Han muerto en el cenit del placer.

—Sí, todo eso está muy bien —dijo Hanio—, pero hablemos de nuestro asunto—. ¿Cuál es su intención al aceptar a un inquilino como yo, que hace lo que le viene en gana sin pensar en los demás?

—Bueno, ya hablaremos de eso con calma —replicó Reiko—. Mañana, cuando haya recibido lo que he de recibir.

POR LA NOCHE HANIO telefoneó a Kaoru para pasar el rato.

—Vaya, ¿dónde estás? —le dijo alegremente el muchacho. Parecía como si la muerte de su madre ya hubiera dejado de afectarle—. Has cambiado de domicilio, ¿no?

—Sí, me he mudado hoy mismo, de repente. Quería darte mi nueva dirección y número de teléfono.

—¡Un momento! ¿No estarán interceptando esta llamada?

—Es muy probable que así sea, pero eso no tiene importancia.

—¿Has reanudado el negocio?

—De momento me dedico a descansar.

—Haces bien. Descansar durante un tiempo es lo mejor para ti —replicó el muchacho, y añadió—: Supongo que no tienes problemas económicos.

Nunca dejaba de expresarse como si fuese un adulto.

—Cuando empiece de nuevo, te pediré ayuda.

—¿Pero qué dices? Ya es hora de que seas una persona responsable y honesta. Dime, ¿podría ir a verte?

—Por ahora no me va bien.

—Vuelves a estar con una mujer, ¿eh?

—Claro.

—Qué mal hábito el tuyo.

—Cuando me encuentre con alguna dificultad, te llamaré. Ahora eres el único en quien puedo confiar.

Aunque estas palabras estimulaban claramente la autoestima del chico, este replicó:

—Pero si te salvara la vida, estarías resentido conmigo. No sé qué podría hacer. En fin, esperaré tu llamada. Entretanto puedes estar tranquilo, que no te molestaré.

La conversación telefónica finalizó.

Al día siguiente, Hanio fue a un banco, abrió una cuenta corriente, ingresó el cheque, sacó efectivo y volvió a la mansión de los Kuramoto para pagar a la señora.

—Oh, qué amable es usted. Le estoy muy agradecida. Mi hija también se pondrá muy contenta. Ahora está fuera de casa... Ha estado buscando durante años a una persona como usted.

Estaban en el vestíbulo, y mientras hablaba le sonreía de una manera refinada. Entonces, con una reverencia exagerada, le entregó el contrato, envuelto en un pañuelo de seda violeta, de los que se utilizan en la ceremonia del té.

—Quisiera hablar un momento con usted, si no es demasiada molestia —le dijo Hanio.

—Oh, claro que sí —respondió ella calurosamente—. Prepararé el té.

En la quietud de aquel salón, Hanio experimentó una profunda sensación de paz. Todos los demonios del mundo actual habían sido ahuyentados de aquel lugar, con excepción de uno: Reiko, la hija de la anciana pareja.

El señor Kuramoto dejó a un lado la antología de poemas de la dinastía Tang que estaba leyendo.

—Tiene buen aspecto —le dijo—, me alegro de que esté en forma. ¿Ha podido descansar bien esta noche?

—Sí, muchas gracias —respondió Hanio en un tono amable y humilde que le salía de dentro.

Allí estaba él, yendo raudo en pos de la muerte, poniendo en ello todo su empeño, mientras que aquel matrimonio no tenía ninguna prisa por morir. En el suelo del jardín estaban diseminados pétalos de flor de cerezo que el viento había transportado desde algún lugar. Era de día, pero la sala estaba sumida en una fresca penumbra mientras la blanca mano del anciano pasaba las páginas de la antología poética. Él y su esposa dedicaban el tiempo a tejer su muerte lentamente, como si estuvieran tejiendo un suéter, preparándose para la llegada del invierno. ¿De dónde procedía semejante serenidad?

—Supongo que le sorprende la manera de ser de Reiko... —dijo sonriente el señor Kuramoto—. Le ruego que me disculpe. La responsabilidad de que sea así es exclusivamente mía.

Sin que pudiera evitarlo, Hanio miró fijamente el rostro del señor

Kuramoto. En aquel momento entró la señora con el servicio de té.

—Es verdad —dijo la anciana—. Creo que sería mejor que se lo explicásemos.

—Hace mucho tiempo mi trabajo estuvo relacionado con los barcos — empezó a contar el señor Kuramoto—. Primero fui capitán de barco y, cuando desembarqué definitivamente, ocupé un cargo directivo en la empresa marítima y ascendí hasta llegar a presidente. Me propuse comprar todos los terrenos de esta zona y pasar el resto de mi vida como latifundista. Sin embargo, perdimos la guerra, el negocio de arrendador dejó de ser rentable y luego entró en franco declive. Además, si hubiera conservado cuidadosamente los terrenos, ahora tendría una fortuna de miles de millones. Pero unos los vendí para pagar los impuestos sobre la propiedad y luego fui vendiendo uno tras otro para disponer de dinero. En una palabra, no se puede ser más idiota.

»Por otro lado, mi hija pequeña nació en 1939, un año después de que hubiera dejado mi puesto de capitán de barco. Ese trabajo me había extenuado y contraí una ligera neurosis, como se dice ahora. Estuve ingresado en una institución para enfermos mentales durante dos o tres semanas. A la vista de mi trayectoria posterior, en la que pasé de directivo a presidente, cumpliendo siempre a la perfección con mis obligaciones, podrá usted comprender que sané por completo. Sin embargo, al cabo de veinte años, es decir, hace nueve más o menos, ocurrió un pequeño incidente que supuso un gran revés para Reiko. En aquel entonces recibió una propuesta matrimonial de un hombre por el que ella también estaba muy interesada, pero la parte contraria la rechazó de súbito. Como Reiko es inquisitiva por naturaleza, quiso conocer los motivos del rechazo, aunque en realidad no tenía por qué saberlo, y consiguió enterarse a través de la casamentera, que era una chismosa. La familia del pretendiente se había informado de que veinte años atrás estuve ingresado en el hospital, y no se creyeron que el motivo fuese solo la neurosis, sino que, dado mi oficio de marino, sin duda tenía que haber sido una sífilis.

»Desde entonces el carácter de Reiko cambió por completo. Bebe, fuma... Esa historia es producto de la estúpida imaginación de aquella gente. Su falsedad se puede comprobar fácilmente por medio de una analítica, y aunque

le propusimos que ella y yo fuésemos al hospital para que el médico le explicara la situación, Reiko no aceptó. Ninguna explicación científica puede convencerla. Cree que pronto se volverá loca, que su vida solo durará hasta que llegue a esa fase, por lo que no quiere casarse ni mucho menos tener hijos. Una vez ha adoptado una postura, ni con una palanca sería posible moverla. Sus hermanos son serios y decentes e intentaron convencerla, pero ella se volvía cada vez más tozuda y no hacía caso de nadie.

»En definitiva, obedeciendo a los deseos de Reiko, le transferimos la propiedad de la casa anexa, pero como la chica es tan rara, no piensa vivir ahí, sino que se ha propuesto alquilarla por una suma importante con la que pueda independizarse económicamente. No es que yo no pueda mantener sin problemas a una sola hija, aunque a estas alturas mi situación económica no sea muy boyante, pero, como bien sabe, el dinero que usted nos ha pagado será para Reiko. La historia ha de resultarle extraña y le ruego que me disculpe. Ahora conoce la situación y sabe que es una pobre chica, pero si de todos modos pudiera usted vivir aquí con nosotros, seríamos muy felices. Últimamente frecuenta mucho el barrio de Shinjuku y toma fármacos raros. Ha llegado a provocar aversión en el vecindario. Pero ella sigue convencida de que algún día se volverá loca a causa de la sífilis congénita, y ya no sabemos qué hacer. Lo que acabo de contarle es realmente vergonzoso.

»Lo único que nos tranquiliza es que, por mucho que pase las noches en Shinjuku, incluso los domingos, al día siguiente por la mañana vuelve a casa tranquilamente, y no sabemos por qué, pero siempre lo hace sola, nunca se trae a nadie, a ninguno de esos tipos que visten de cualquier manera. Eso es lo único que nos salva. Imagínese si entraran y salieran de nuestra casa esos jóvenes melencólicos como fantasmas, de los que ni siquiera puedes tener la certeza de si son hombres o mujeres. Eso sería una molestia como no hay otra igual. En cambio, permítame decirle que usted, a pesar de lo joven que es, viste muy correctamente. Así es como deben ser los jóvenes.

AQUEL DÍA, REIKO NO VOLVIÓ hasta muy tarde y Hanio, aunque no se había propuesto esperarla, en realidad la estaba esperando, tendido en la cama con un libro en las manos. Ir en su busca a Shinjuku no habría tenido sentido. Él conocía bastante bien a los hippies desde su época de redactor publicitario. Sin duda eran investigadores de la falta de sentido, pero no le parecía que se enfrentaran a la insignificancia que les atacaba inevitablemente. Reiko era un buen ejemplo. En su manera de ser había unos motivos mundanos en extremo, como un temor a la sífilis sin base científica o carecer de interés por ir a la escuela y estudiar, motivos triviales, en una palabra. Al modo de ver de Hanio, todas las personas con «motivos» eran absolutamente despreciables. La insignificancia jamás ataca a los seres humanos a la manera en que piensan los hippies. No hay duda de que es un asalto como el de los caracteres de un periódico que se convierten en cucarachas, como cuando uno camina tranquilamente, creyendo que va por un camino, y en realidad lo hace por la barandilla de la azotea en un edificio de treinta y seis plantas.

Imaginó que jugaba con un gato que, al abrir la boca para emitir un maullido, revela la oscuridad de sus fauces en la que de repente aparece una ciudad reducida a ruinas totalmente negras, como si la hubiese quemado un gran bombardeo aéreo. A propósito, durante algún tiempo estuvo muy interesado en tener un gato persa. Ese deseo le llevó cierta vez a cenar inesperadamente con un ratón de peluche. Al gato persa le daría leche en una pala que le pondría ante la cara, y cuando fuese a beber la levantaría para empapársela. Esta ceremonia, que era muy importante en su imaginación, también debía de serlo con respecto al conjunto de la política y la economía japonesas. Es decir, el consejo de ministros del país debería empezar así, y el problema del Tratado de Seguridad entre Japón y Estados Unidos también debería haberse solucionado de esa manera. Al perder de improviso su orgullo, un gato altivo nos permite conocer en profundidad el sentido que

tiene cuidar de un gato.

Así pues, según el pensamiento de Hanio, en todas las cosas hay que abordar primero la falta de sentido y a continuación aplicarles libremente el sentido que uno crea que tienen. Para ello nunca hay que empezar por las acciones con sentido. Quien lo haga así y, al enfrentarse a la falta de sentido, se sienta frustrado o se desespere no es más que un sentimental, alguien que le tiene apego a la vida. Si abres la puerta de un armario y ves que ya estaba ahí enclaustrada la falta de sentido junto con un montón de ropa sucia, ¿qué necesidad tienes de investigar la falta de sentido o de experimentarla? Hanio pensó que con toda seguridad algún día volvería a colgar el cartel de «Vida en venta».

En aquel momento se abrió lentamente la puerta de la sala de té. Hanio creía que era un gato, pero resultó ser Reiko. De las orejas le pendían unos enormes aros de plástico y vestía una especie de poncho mexicano. La cabeza emergía por el orificio del cuello, rodeado de un llamativo diseño a rayas rojas, verdes y amarillas.

—Ah, ya has vuelto —le dijo él en un tono de familiaridad.

—Tienes hambre, ¿verdad? He pensado en volver y hacerte la cena.

—Vaya, qué atenta es mi casera.

—Supongo que mi padre ya te habrá puesto al corriente, ¿no? —dijo ella, su mirada en un punto indeterminado alrededor de la frente de Hanio.

—¿Está escrito eso en la zona que miras?

—Sí, no hay nada que no pueda captar.

Y tras soltar esta afirmación, fue a la cocinilla y se puso a hacer ruidosamente la cena. Como Hanio deseaba continuar la conversación, porque estaba aburrido, siguió hablándole, alzando la voz para hacerse oír por encima de los ruidos del agua y el cuchillo que cortaba sobre la tabla de picar.

—Si quieres, a partir de esta noche puedes venir a dormir aquí. ¿Qué te parece?

—Muy agradecido, pero...

—¿Pero qué?

—Mañana por la mañana podríamos estar los dos muertos y carbonizados. Sería bastante repulsivo, ¿no?

—Dejaré el gas abierto. Así morirás sin perder tu belleza.

—Pero en *Las mil y una noches* mueren después de habérselo pasado en grande. Una sola noche es muy poco.

—No pidas demasiado, mujer.

Dejaron de hablar durante un rato. Solo se oía el sonido del hervor de la olla.

—No se te habrá ocurrido echar veneno, ¿eh?

—¿Quieres que lo eche?

—Luego descubrirán el arsénico en mi cuerpo.

—Eso no importará si morimos los dos.

—Todavía no he aceptado. He alquilado la vivienda, pero no he firmado un contrato que te incluya a ti.

Ella le sirvió la cena, un consomé de aspecto sabroso, un *filet mignon* y una botella de vino pequeña. Se sentó lánguidamente como una gata cansada y miró a Hanio.

—¿Está bueno? —le preguntó.

—Sí.

—Dime, ¿te gusto? —le preguntó ella entonces en el mismo tono soñoliento.

—Sí, cocinas bien, serías una buena novia.

—No bromees. Hace mucho tiempo que esperaba encontrarme contigo. Te envié una carta. Estaba segura de que vendrías a mi casa, no sé por qué. Es extraño, pero estaba convencida. Después de todo, eres aquella persona, no hay duda, la persona que publicó un anuncio raro en el periódico *Asayuu*. Decía «Vida en venta», ¿no es cierto?

—¿CÓMO HAS PODIDO SABER que soy el hombre que publicó ese anuncio cuando nos vimos por primera vez en la inmobiliaria? Entré en ese local por casualidad, como un cliente más.

—Es que tenía una foto —respondió ella tranquilamente, y se echó a reír.

—¿Una foto mía? ¿De dónde la sacaste?

—Pareces un inspector de policía. Esa manera pequeñoburguesa de dar importancia a nimiedades no es tu estilo, ¿o me equivoco?

Los dos guardaron silencio, y Hanio se puso a pensar en lo que podría haber ocurrido. Era cierto que se había encontrado casualmente con Reiko en la inmobiliaria, pero al parecer alguien le había hecho una foto sin que se percatara, una foto que estaba circulando. ¿Con qué finalidad? Sin que él lo supiera, se había convertido en una estrella en un mundo completamente desconocido.

Concluida la cena, Reiko se le acercó y le puso ambas manos en las mejillas. Sus pupilas, cuando le sondeó con la mirada, eran tan grandes que daban miedo.

—Oye —le dijo—. ¿Te contagio la enfermedad?

—Claro que sí —respondió Hanio en un tono cansino.

—Como pronto me volveré loca, si hago esto tal vez pierda la razón de repente, ¿no te parece?

Hanio se sintió conmovido por aquella mujer que ya había dejado atrás los mejores años para casarse.

AL VERLA DESNUDA, LE SORPRENDIÓ la hermosura de su cuerpo y la sensación de pureza que producía. Hanio había supuesto que su cutis sería áspero y estaría reseco a causa de la droga, pero su piel bajo la tamizada luz

de la lámpara era suave, un envoltorio inconsútil de su alma inestable y solitaria. Sus pechos rozagantes eran voluminosos y en forma de túmulo, y en conjunto la impresión que daba su desnudez era la de algo arcaico. Hasta la estrecha cintura, la forma de su cuerpo era una exageración artística, y su blanco vientre flotaba plácidamente en la penumbra. Desde los lugares a los que llegaban, los dedos de Hanio transmitían vibraciones como olas diminutas a todo el cuerpo de la mujer. Ella no decía nada, y él tenía la sensación de que era una pobre niña abandonada. Sin embargo, en el último momento, Hanio observó un dolor tallado profundamente, como con cincel, entre las cejas de Reiko, que dio al traste con la idea que él había abrigado hasta entonces. Después del acto, en la sábana había una mancha de sangre con la forma de un pajarillo.

Los dos guardaron silencio y Hanio se estiró, relajado. Ella fue la primera en hablar.

—Te ha sorprendido, ¿no es cierto?

—Desde luego. Ha sido toda una sorpresa que fueras virgen.

Reiko se levantó de la cama, desnuda como una odalisca, y volvió con una botella de licor dulce y dos copas en una bandeja.

—Así ya puedo morir tranquila.

—No digas tonterías —respondió él en voz queda, y empezó a dejarse vencer por el sueño. Estaba cansado de hablar de la vida y la muerte.

REIKO LE CONTÓ QUE SIEMPRE había querido tener aquella experiencia en la tumba, mas para ello necesitaba un hombre que la acompañara, alguien idóneo, que fuese similar a ella. A medida que hablaba, iba revelándose su auténtica manera de ser, la de una tímida señorita de buena familia.

—Tomé la firme decisión de no enamorarme de nadie, porque si me relacionaba con un hombre acabaría por contagiarle la enfermedad y entonces lo lamentaría muchísimo. Además, aunque apareciese uno cuyo amor fuese tan intenso que no le importara contraer la enfermedad, ¿cómo se lo agradecería? Convirtiéndolo en una persona como yo, que está a punto de entrar en un manicomio. Eso sería insoportable, y es lo que me explica que no me haya acostado con nadie a pesar de las oportunidades que he tenido. Es cierto que tomaba hyninal y LSD, pero de todos modos me sentía insegura y siempre volvía a casa. Aquí mi madre me cuidaba con todo su cariño y me sentía mucho mejor.

»No me interesan los chicos que visten bien pero solo tienen calderilla en el bolsillo, y los hombres con dinero son mayores y repugnantes. Pensé en entregar mi virginidad a un hombre soltero que comprara esta tumba preparada con tanto esmero, junto con mi cuerpo y mi vida. Y puse otra condición, tenía que ser un hombre al que no me apenara contagiarle mi enfermedad, que no pensara para nada en el futuro, que estuviera dispuesto a morir conmigo en cualquier momento. Me propuse encontrar una persona así, que comprara sin vacilar todo lo que ofrezco. Por eso, desde que conseguí tu foto, la guardaba cuidadosamente. Era la foto de un hombre al que desearía conocer.

—Te lo pregunto una vez más. ¿De dónde has sacado esa foto?

—¿Vuelves a la carga? Qué interrupción tan desagradable. No parece propio de ti.

De nuevo Reiko evitó la explicación del origen de la foto. Hanio le pasó

un brazo alrededor del cuello, mientras con la otra mano le cogía la barbilla para que no pudiera desviar la mirada. La expresión de la mujer era de contrariedad. Él le habló como si tratara de convencer a una niña.

—Escúchame, tienes que despertar de este sueño absurdo. Todavía eres una adolescente que a los treinta años se mezcla con los críos de Shinjuku. Te diviertes pintando el mundo de color azul con tu imaginación de solitaria. Naturalmente, incluso una habitación pequeña se transforma si la dotas de una iluminación azulada. Es así de simple. Has creado un ambiente azul, pero eso no significa que la habitación se haya convertido en un océano. En primer lugar, no tienes ninguna enfermedad. Eso es una pura imaginación infantil. En segundo lugar, nunca te volverás loca. Tu manera actual de pensar ya es propia de una enajenada, de una criatura que no ha madurado. No vas a volverte loca porque ya lo estás. En tercer lugar, no tienes ninguna necesidad de morir porque temes enloquecer. En cuarto lugar, no hay nadie que compre tu vida. Es demasiado pedirle que haga eso a un profesional como yo. Soy un auténtico vendedor de mi vida, y no tengo la menor intención de comprar la de nadie. No me he corrompido hasta ese nivel. Mira, Reiko, soy yo quien vende su vida, y creo que quienes la compran son unos infelices. Hay que haber tocado fondo para no tener más recurso que comprar la vida de un semejante. Sí, todos ellos son unos desgraciados. Por eso no me ha importado que me comprara esa clase de personas. Pero una mujer de treinta años que sigue siendo una niña, que esta noche ha perdido la virginidad y no espera nada de la vida a causa de una imaginación errónea, en realidad no ha llegado al nivel más bajo que puede alcanzar un ser humano y por lo tanto no tiene derecho a comprar mi vida.

—¿Quién habla de comprar tu vida? Solo te digo que te vendo la mía.

—Sigues sin entender. Yo no compro, sino que vendo.

—Yo también vendo.

—No me digas. Eres una aficionada sin experiencia.

—No presumas de profesional.

—Mira, con mi negocio he conseguido un montón de dinero.

Los dos callaron un momento, y entonces se echaron a reír.

ASÍ COMENZÓ SU VIDA EN PAREJA, y fue evolucionando más o menos bien. Sin embargo, el sermón de Hanio no había servido de nada y Reiko seguía estando convencida de que era una enferma amenazada por la locura a corto plazo. Se negaba en redondo a ir al médico.

—Si un día sufro un ataque y pierdo la razón, te ruego que me mates en seguida y que mueras tú también, ¿de acuerdo? ¿Harás lo que te pido?

Ella abordaba ese tema una y otra vez. Hanio la escuchaba sin hacerle mucho caso y le respondía vagamente. Por lo demás, ahora estaban juntos bajo un mismo techo y cualquiera habría dicho de la pareja que eran unos novios que hacían vida matrimonial. Hanio insistió con firmeza en que abandonara el gusto por la estética hippie, y logró más o menos que cuando iban al cine o a pasear vistiera como una joven casada. Así desapareció el aire extravagante que Reiko tenía cuando se conocieron e incluso empezó a adquirir cierta elegancia.

Una tarde fueron a pasear por un pequeño parque cercano a la casa. Contemplaron los cerezos, a los que el viento y la lluvia del día anterior había despojado de sus pétalos. El parque era alargado y se extendía paralelo a las vías de un ferrocarril de propiedad privada. Entre los cerezos, antiguos y enormes, había columpios, troncos horizontales oscilantes que pendían de cuerdas y armazones de barras. Cruzaron un pórtico en forma de silla de montar y entraron en el parque.

El día era espléndido, incluso hacía calor, pero la lluvia del día anterior había mezclado una infinidad de pétalos con el barro en la entrada del parque, y no solo pétalos sino también hojas de periódico. Resultaba extraño no oír ninguna voz infantil. El parque estaba en silencio y el color plateado del armazón de barras reflejaba la luz del sol poniente bajo los pétalos que caían revoloteando lentamente.

Iban a sentarse en un banco cuando vieron de repente el contorno de una

persona que se estaba columpiando. Era un anciano de baja estatura, y Hanio tuvo la sensación de que le había visto antes. Dejó de columpiarse y del bolsillo izquierdo de la chaqueta fue sacando un cacahuete tras otro y llevándoselos a la boca, mientras con la mano derecha movía una marioneta algo mayor que las infantiles. Se accionaba introduciendo en la cabeza el dedo índice por la nuca y los dedos pulgar y corazón en los brazos. Las marionetas que se venden en las tiendas son todas de animales, ranas, por ejemplo, o payasos, pero la de aquel hombre era diferente, pues llevaba un vestido rojo de satén de buena calidad, y el busto estaba bien hecho. La cara era la de una mujer moderna que parecía una modelo, con los labios pintados de carmín.

El anciano movía torpemente los brazos y el cuello de la marioneta, bajo la llovizna de los pétalos, sin que dejara de masticar cacahuets. Ladeaba la cabeza de izquierda a derecha y, de vez en cuando, adelante. Parecía querer que la marioneta hiciera gestos afirmativos con la cabeza, de modo que la tenía un buen rato frente a él, moviéndole la cabeza, y entonces comía cacahuets, probablemente con cara de satisfacción. Se diría que la marioneta le estaba pidiendo al anciano sus más sinceras disculpas.

Ante semejante escena Hanio y Reiko no podían hablar de trivialidades y permanecieron en silencio. En aquel momento se cruzaron los trenes de ida y vuelta del ferrocarril privado con un tremendo estrépito. El ruido hizo que el anciano se volviera, y entonces vio que había alguien sentado a sus espaldas. Su cuello, del que pendía una corbata bien anudada, daba la impresión de no tener más que piel y hueso, con la forma de un rulo para el pelo bajo las mandíbulas salientes. Cuando se volvió más hacia ellos pareció como si se le fuese a romper, y su mirada se encontró con la de Hanio. Entonces se irguió en el columpio, los ojos llenos de temor. Al erguirse bruscamente, el columpio osciló todavía más y el anciano estuvo a punto de caer, pero se sujetó a una columna plateada.

—¡Me has seguido! —gritó—. Prometiste que me dejarías en paz, pero me has seguido.

—Se equivoca, señor —replicó Hanio, que había comprendido de inmediato el temor del anciano—. Es una sorpresa encontrarle aquí por casualidad.

—¿Me estás diciendo la verdad?

El anciano se acercó al banco de la pareja, con la marioneta colgada de la mano derecha y una expresión dubitativa, hasta que la presencia de la mujer que acompañaba a Hanio le tranquilizó. Se detuvo ante ellos.

—¿Esta señora es también clienta tuya? —preguntó, señalando a Reiko con el mentón.

—No, permítame que se la presente. Es mi mujer y vivimos cerca de aquí. Reiko saludó al anciano sin decir palabra.

—¡Vaya, te felicito! —dijo el hombre en un tono sincero—. ¿Puedo sentarme con vosotros?

—Faltaría más.

Después de sentarse, el anciano, que se había puesto la marioneta sobre las rodillas, buscó algo que decir, haciendo sonar su dentadura postiza.

—Me sorprende que pueda comer cacahuets, que son tan duros, llevando dentadura postiza —le dijo Hanio sin ambages, pues tenía la sensación de que estaba hablando con un viejo amigo.

—Es una dentadura especial que me permite hacer eso, pero tiene un defecto, y es que al respirar hace ruido. ¿Quieres que te la enseñe?

—Si es tan amable...

El anciano sacó los dedos de la marioneta, que se guardó con cuidado en el bolsillo interior de la chaqueta. Entonces se metió los dedos en la boca y se quitó la dentadura postiza. Tenía unos colmillos afilados, de apariencia canina, a cada lado de los dientes frontales, y las muelas estaban melladas y tenían forma de sierra. Hanio la examinó con interés.

—Es una dentadura ideal para vampiros, ¿verdad?

Todos los dientes tenían adheridos pequeños fragmentos de cacahuete masticado. El anciano se puso la dentadura.

—Al masticar los cacahuets con estos colmillos, se parten con facilidad. Son unos dientes diseñados especialmente para que pueda comer bistecs hasta el final de mi vida. Ya solo me queda el placer de la comida... Por cierto, parece que también tú has empezado a llevar una vida decente, ¿no es cierto?

—Así es, en efecto.

—Eres un hombre asombroso. Te has casado como si tal cosa, después de

haberte dedicado hasta hace poco a un negocio tan peligroso que te jugabas la vida con él. En cambio, yo... —Se sacó la marioneta del bolsillo interior y se la mostró—: Ya ves, todavía sigo con Ruriko.

Hanio tomó la marioneta, pero era tan ligera en su palma que la palabra «cadáver» cruzó por su mente con unas resonancias tétricas, y se apresuró a devolvérsela. Mirada con detenimiento, la cara de la marioneta no se parecía a Ruriko, pero cuando el anciano la cogió, la cara ladeada se movió de una manera idéntica a la de Ruriko cuando estaba acostada, y Hanio se estremeció.

—Pobre mujer —musitó—. Su espíritu debe de odiarme.

—No lo creas... La verdad es que te estamos agradecidos. Ruriko estaba destinada a morir de todos modos, pero el encuentro contigo antes de desaparecer la hizo feliz.

Reiko pellizcó fuertemente a Hanio, y este dio un bote en el banco. El anciano, sobresaltado por el brusco movimiento, le secundó.

—¿Qué pasa? Qué susto me has dado —se quejó—. Un susto de muerte —insistió, antes de proseguir—: No existe otra mujer tan buena como ella, de veras. Fue como una flor de un día, cuya vida termina con el crepúsculo. Alegre y resplandeciente, pero fría y fugaz al mismo tiempo. El hombre que se acostara con ella, aunque fuese una sola vez, ya no podría olvidarla jamás, y por eso es fácil comprender que tuviera deseos de matarla. Sí, es muy comprensible. Ante un impulso así, la ley carece de importancia. Todos los seres humanos vivimos con la carga de cierta cantidad de crímenes. No murió a causa de mi estrategia, sino que sufrió un castigo divino. Sí, fue la divinidad quien la castigó.

Como su monólogo no tenía visos de terminar, Hanio hizo un guiño a Reiko y se levantó.

—Disculpe, pero nos tenemos que ir. No voy a pedirle su dirección ni tampoco le diré dónde vivimos nosotros. Cuídese.

—Espera un momento, solo un momento. —El anciano se puso en pie y asió el borde del suéter de Hanio—. Estás muy equivocado si crees que la vida se puede vender. Corres peligro de muerte, ¿sabes? Alguien trama tu eliminación. Te vigilan desde lejos, y cuando llegue el momento intentarán matarte. Has de tener mucho cuidado.

HANIO NO PODÍA OLVIDAR el encuentro con el anciano, sin que supiera por qué. Hasta entonces no había creído que de alguna manera sus acciones se encadenaran y unas estuvieran relacionadas con otras. La venta de su vida había sido una acción individual. Era como si arrojase a un río un ramo de flores tras otro. ¿Cómo iba a pensar en que alguien recogería los ramos y, una vez en casa, los pondría en un florero? A los ramos debe llevárselos la corriente, y unas veces se hunden mientras que otras llegan al mar.

Aquella noche Reiko se mostró especialmente apasionada en la cama. Cuando terminaron, sus ojos tenían un fulgor suave.

—Tal vez, si vivimos juntos, podré ser una mujer como es debido, gracias a ti —le dijo seriamente.

—¿Por qué? ¿No pensabas morir aquí como en una tumba de placeres?

—Eso era al principio. Buscaba un hombre que comprara mi vida. Pero a pesar de lo rigurosa y egoísta que he sido para seleccionar al comprador, sabiendo que era un lujo, al final me siento totalmente satisfecha porque te he encontrado a ti. Pensaba que solo me valoraría alguien con dinero, porque, al fin y al cabo, soy una heredera. Solo aceptaría a quien comprara a la hija enferma y la casa en un solo lote. De ninguna manera aceptaría a un hombre caritativo, que estuviera dispuesto a vivir y morir aquí conmigo gratuitamente.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que eso de la enfermedad es una fantasía?

—Quieres consolarme, eso es todo.

—Nada de consuelo. Es la pura verdad. No digas tonterías.

—Pero me preocupa mucho que, cuando te haya contagiado la enfermedad, estés muy resentido conmigo. Antes de llegar a ese punto, si me vuelvo loca de repente, tu frialdad conmigo será terrible, por más amable que seas ahora, y me abandonarás. Eso lo tengo muy claro. Tan solo ahora,

cuando todavía soy una mujer normal, puedo disfrutar. Sí, puedo disfrutar del sueño de que nos casamos, tenemos hijos y vivimos con absoluta normalidad. Es solo algo momentáneo, pero hasta ahora no había pensado en ello.

Reiko hablaba y hablaba de su sueño de color rosa, y la vulgaridad de su imaginación sorprendía mucho a Hanio. Ella se imaginaba una esposa dulce y feliz, que daba a luz, aunque fuese mediante cesárea, a un niño precioso. Todo había salido a la perfección. Por supuesto, ya hacía tiempo que había dejado de tomar hyminal y LSD.

—¿Por qué tiene que ser cesárea?

—Porque será el primer parto a una edad ya madura —respondió Reiko, evidenciando con su tono que eso no tenía ninguna importancia para ella.

Siguió fantaseando. Su tumba de placer se convertía por completo en un nuevo hogar. Transformaban a fondo la casa de té. Talaban los árboles, sobre todo los que crecían al otro lado de la ventana en el lado sur, para que la luz del sol penetrara sin ningún obstáculo. A *Las mil y una noches* le sustituía una enciclopedia de puericultura. Hanio volvía a tener un empleo normal, como antes, y un perro pomerano vigilaba la casa cuando ellos estaban ausentes. El jardín zen había sido eliminado y en su lugar había un columpio sobre el césped, rodeado por arriates de flores que ella cuidaba con esmero. Y cuando el verano se acercase, comprarían un hormiguero artificial.

Se trataba de un nuevo producto que Reiko había visto en unos grandes almacenes y que deseaba comprarle a su hijo. Era una caja con tabiques de plástico y las zonas transparentes llenas de arena blanca. Un plástico de color verde hacía las veces de campo, bosque o colina. A Ambos lados del marco verde había unos pequeños orificios, y al introducir por ellos unas hormigas obreras, empezaban a cavar de inmediato en la arena blanca visible desde el exterior. Es decir, desde fuera se veía perfectamente el funcionamiento del hormiguero. Era un juguete que satisfacía la curiosidad y el espíritu investigador de los niños.

Reiko imaginaba la escena.

—¿Qué tal, cariño? Es divertido, ¿verdad?

—Ah, ba, ba, ba.

—Vaya, ya son las cinco. He de preparar la cena.

—Ah, ba, ba, ba.

—Te quedas tú solito jugando dentro del círculo, ¿de acuerdo? Como papá siempre vuelve a las seis y cuarto, empiezo a cocinar ahora, y mientras el guiso se hace en la cacerola, me maquillaré rápidamente para recibirle. Comprendes, ¿verdad? Estate aquí quietecito.

—Ah, ba, ba, ba.

Hanio fue experimentando una repugnancia progresiva ante el proyecto de vida futura que le describía Reiko. ¡Era exactamente la vida de las cucarachas! ¡La auténtica imagen de las innumerables cucarachas que se movían sobre las hojas del periódico era esa y no otra! ¿No había decidido suicidarse precisamente para evitar esa clase de vida?

Pensó que, de seguir así, como la enfermedad de Reiko no era más que un producto de su imaginación, aquel sueño se convertiría en realidad y le engulliría. ¿Cómo podía zafarse de ello? Por absurdo que fuese, Hanio empezó a tener la tentación de creer que la enfermedad de Reiko era real. Quería convencerse de que semejante imaginación era en sí misma un síntoma de la dolencia.

—Pero todo eso no es más que un sueño. Como estás tan sano (curiosamente, las mujeres solían decirle eso a Hanio), también yo me sentía sana, como si me hubieras contagiado la salud, pero estoy segura de que pronto me volveré loca.

Esta vez Hanio prefirió callar y no llevarle la contraria.

La noche profunda de aquella pequeña tumba de placer no estaba separada completamente del mundo. Desde la curva de una calle en pendiente cercana, le llegaba a Hanio el sonido agudo de los cláxones, como el brillo de las alas de un pez volador que saltara de la noche primaveral semejante a un mar oscuro y denso, y en la lejanía resonaba la agitación de la noche que nunca duerme, expresando la frustración de la enorme ciudad. Era aburrida, aburrida, aburrida. ¿No hay algo interesante?, se preguntaban diez millones de personas al encontrarse en vez de intercambiar el saludo habitual. Los jóvenes noctámbulos eran como un plancton innumerable que pululaba en la ciudad. Insignificancia de la vida, falta de sentido, muerte de la pasión. Tanto la alegría como la diversión tienen un destino inestable, son como el sabor del chicle que desaparece mientras lo masticas y al final lo escupes al suelo.

Hay quienes creen que todo se soluciona con dinero y roban los caudales

públicos, un dinero que reluce rebosante por doquier en Japón, aunque esté guardado teóricamente en lugares a los que no es posible acceder y los particulares no deban gastarlo. Todas las cosas de la vida se asemejan a esos caudales públicos, te provocan, y si te acercas a cogerlas, recibes el trato de un delincuente y te separan de la sociedad. Una gran ciudad en la que solo existe provocación sin satisfacción. Un infierno así rodeaba la tumba de placer de Hanio y Reiko, y sus demonios mostraban los colmillos.

Tal vez Reiko fuese tan pura, tímida y vulgar que había encontrado aquel método tan complicado únicamente para protegerse. Mientras Hanio pensaba así, ella, habituada ya a la vida doméstica, se levantó de la cama.

—¿Quieres tomar una última copa antes de dormir? —le preguntó.

—Sí, que sea algo dulce. Hay una botella de Cherry Heering.

—También yo tomaré una.

Reiko sacó dos copas de la vitrina, vertió el licor de cereza rojo oscuro en dos copas, las opuso sobre una bandeja de plata y volvió a la cama.

—Salud —dijo ella en voz dulce, con una sonrisa que parecía sincera.

Los dos se llevaron la copa a los labios.

En aquel momento, Hanio, que había detectado un leve temblor en la mano de Reiko, le arrebató la copa y vertió su contenido en la bandeja de plata. Esta se tiñó de negro. Hanio olisqueó su copa y también vertió el contenido en la bandeja, que se ennegreció incluso en el borde, adonde había llegado el líquido.

—¿Por qué haces una cosa así? —le gritó Hanio, al tiempo que le aferraba los hombros y la sacudía.

—Lo entiendes, ¿no? Porque creo que ya no hay más felicidad para nosotros que la de morir juntos.

Tras decir esto, se arrojó de bruces sobre la cama y rompió a llorar.

—Pues yo no quiero morir —replicó él en un tono tajante, y se cruzó de brazos. Estaba perplejo por las palpitaciones de su corazón, que nunca había tenido cuando su vida corría el máximo peligro.

—Qué cobarde eres. ¿No vendías tu vida? ¿Qué te ha pasado?

—No tiene nada que ver una cosa con otra. No recuerdo que te haya vendido mi vida. Además, soy yo quien te paga.

—O sea, que no quieres morir conmigo, ¿eh?

—No me vengas con esas simplezas. Eres tú la que se ha de comportar como una mujer que vende su vida. En cualquier caso, mi vida me pertenece. Cuando decido venderla, lo hago por propia voluntad. No tengo la menor intención de morir envenenado de buenas a primeras, sin enterarme siquiera de lo que ocurre, solo porque otra persona lo ha decidido así. ¿Por quién me tomas? No soy esa clase de hombre.

—¿A qué clase de hombre te refieres?

Hanio no pudo responderle de inmediato. Ella tenía razón. No era esa clase de hombre, pero tampoco sabía qué clase era la suya. De repente sus airadas palabras empezaron a flotar en el aire como globos. No podía creer que esas palabras hubieran salido de su boca. Le habían parecido razonables, pero, bien miradas, eran un tanto raras. Por la razón que fuese, ahora no quería morir de ninguna manera. En eso se resumía su reacción airada.

¿No se estaría traicionando a sí mismo? Tanto vender la vida como ser asesinado no suponía ninguna diferencia. Antes había dicho que moriría cuando ella lo decidiese, pero lo cierto era que había iniciado el negocio de la venta de su vida porque había fracasado en su intento de suicidio y buscaba el método y la oportunidad de morir a manos de alguien. No se había dedicado a aquel negocio con fines lucrativos, sino que sus clientes le habían gratificado voluntariamente. Morir en unas circunstancias como las de ahora, cuando Reiko había intentado envenenarle, era la situación ideal que él había buscado y, por lo tanto, Reiko, que había preparado esa manera de morir, ¿no era la mujer más adecuada para él, dulce, amable y bondadosa? Esta clase de reflexión había pasado por su mente una y otra vez, pero las palpitaciones, de las que no quería pensar que fuesen de temor, seguían reverberando en su pecho, y en lo más profundo de su ser tenía la sensación de que debía aparentar valentía.

AQUELLA NOCHE NO SUCEDIÓ nada más, pero a partir de entonces la relación de Hanio con Reiko se volvió muy complicada, porque debía tomar muchas precauciones con la comida y la bebida que ella le ofrecía. Reiko, por su parte, también debía ser cauta para evitar que él huyera.

—Cómetelo tranquilo, hombre, que no está envenenado —le decía ella en tono de broma—. ¿Quieres que lo pruebe yo primero?

Cuando decía tales cosas, en sus ojos había auténtico veneno. No había vuelto a decirle ternezas infantiles, y él empezó a notar con frecuencia un tono despectivo cuando le hablaba.

—Tienes tanto, tantísimo apego a la vida... Ten mucho cuidado, no vayas a resfriarte.

También le decía cosas como estas:

—Debemos hacer lo posible para que tengas una larga vida, ¿eh?

—En serio, ¿quieres que tengamos un perro pomerano? Solo contigo me siento insegura, porque eres como un caballero que, en vez de defender a su dama, trataría de huir al sentirse amenazado.

—Has de ser precavido con las tres comidas del día, ¿no es cierto? ¿Quieres que te añada algún suplemento alimenticio?

Adondequiera que Hanio fuese, Reiko le acompañaba, y al mismo tiempo le obligaba a acompañarla cuando ella salía.

Había vuelto a vestirse de una manera informal, incluso más acusada que antes, y empezó a abusar de los somníferos.

Ella misma diseñaba, uno tras otro, atuendos a cuál más extravagante. Se basó en la forma de un farolillo redondo para confeccionarse un vestido abombado, con el que fue a una discoteca en compañía de Hanio. En el apogeo del baile, se puso a gritar como una loca: «¡Soy un farolillo! ¡Soy un farolillo! ¡Rompedme y veréis el fuego que llevo dentro!». Unos jóvenes rasgaron el vestido de papel y Reiko se quedó tan solo con una combinación

de color rojo.

Cuando ella estaba bajo los efectos de las drogas, Hanio buscaba la ocasión de huir, pero era precisamente en esos momentos cuando a Reiko se le agudizaban los sentidos y se ponía delante de él para preguntarle adónde iba. Incluso cuando él quería ir al lavabo, ella le seguía y se quedaba montando guardia junto a la puerta.

La Reiko que un día le dijera que gracias a las drogas podía leer el pensamiento gritaba sin cesar y le decía:

—¡Planeas huir esta noche! ¡No voy a permitirlo! Sé perfectamente que tienes la libreta del banco guardada en la *haramaki*⁷ incluso mientras duermes, para poder huir en cualquier momento. ¡Eres un cobarde al que solo le importa su vida! ¡Un avaricioso! Si intentas marcharte, te mataré. Solo tendrás larga vida si no huyes de aquí. Ya ves, por fin me he vuelto loca. No sabía que perder la razón fuese tan divertido. De haberlo sabido, habría enloquecido mucho antes.

Le hablaba así a gritos mientras bailaban en una discoteca.

Una noche estaban en la discoteca y Reiko empezó a quejarse repentinamente de dolor de vientre. Pidió a Hanio que entrara con ella en el lavabo de señoras y él se vio obligado a obedecerla. Varias mujeres se quejaron airadamente y el personal de la discoteca los expulsó.

Aquella era su última oportunidad. Hanio echó a correr en la oscuridad de la noche. Cuando se hubo alejado lo suficiente de ella, caminó en la dirección más imprevisible, pasando por dédalos de callejuelas. Si corriera demasiado, los transeúntes sospecharían de él. A aquella hora había pocos taxis y temía abordar a un taxista y pasar un rato detenido mientras hablaba con él y se inventaba un lugar de destino. No tenía más remedio que seguir caminando sin descanso.

Cada momento estaba lleno de peligro. Fuera como fuese, quería llegar a un sitio donde se sintiera completamente seguro, y por ello daba largos rodeos, se internaba en los barrios laberínticos y recorría callejones con muchos letreros de neón. Pisó un ratón muerto y rechazó a las prostitutas que le tiraban de la manga.

Emergió en una zona residencial de tercera clase, donde había casas de una sola planta por debajo de las vías de un ferrocarril elevado, cuyos

habitantes estaban completamente dormidos. Allí llegaba apenas la luz de la urbe, y caminó a oscuras a lo largo de un dique por un sendero que no solo no estaba asfaltado, sino que contenía montones irregulares de grava procedentes de una obra cercana.

Cuando iba a doblar una esquina, caminando más despacio, y se enjugaba con el pañuelo la frente empapada de un sudor del que no se había percatado hasta entonces, notó los pasos de alguien que se acercaba. El sonido se oía cuando él echaba a andar y cesaba cuando se detenía.

[Z](#) Es una faja cuyo origen se remonta a la armadura del samurái. Aunque parece que debería ser un complemento de vestir obsoleto, lo cierto es que se ha seguido usando por motivos de salud (protección del abdomen) y de moda. *[N. de los T.]*

AUNQUE VOLVIERA LA CABEZA para mirar atrás, no veía a nadie, pero al reanudar su camino oía de nuevo el sonido de los pasos que le seguían. Intentó no pensar en ello, pues probablemente se debiera a que temía el sonido de sus propios pasos, y cuando llegó a un lugar de la zona bien iluminada de la ciudad, le invadió el deseo de ir hacia allí, aunque hasta entonces había preferido desplazarse por oscuros vericuetos. Se dispuso a correr en dirección a la luz, y en ese momento notó un pinchazo en un muslo.

Hanio pensó que no era posible que en aquella época le hubiera picado un mosquito, pero el dolor fue momentáneo. Siguió andando, llegó a una calle ancha y bien iluminada y se tranquilizó.

Por supuesto, todas las tiendas estaban cerradas. Las farolas en forma de cascabel estaban encendidas y hacían resaltar innecesariamente letreros y escaparates. Era una calle muy vulgar en la que de día debía de atronar el ruido del tráfico.

En la entrada de un callejón al otro lado de la calle, Hanio vio un antiguo farol rectangular de papel con un letrero en caracteres de color blanco que decía: «Dormir una noche, 800 yenes. Descanso, 300 yenes». Se cercioró de que no había nadie a su alrededor, cruzó la calle y, echando otro vistazo a sus espaldas, entró en el callejón.

El establecimiento se llamaba Keikou-kan, y sin duda era uno de esos hoteluchos para citas, pero resultaba incomprensible que hubiera un solo alojamiento de esa clase en semejante lugar. La luz de la lámpara redonda en la entrada era débil, y los insectos que revoloteaban a su alrededor parecían al borde de la extinción. Al abrir la puerta de vidrio, Hanio comprobó que no había recepción. Tocó un timbre amarillento y agrietado sobre el que estaba fijada una nota: «Si no hay nadie, pulse este botón».

El timbre sonó melancólicamente al fondo de la casa y se oyó una voz quejumbrosa y el ruido de algo que, al ser derribado, había tenido

consecuencias, seguido por unas toses. Entonces apareció una anciana bajita.

—¿Quiere usted dormir aquí? —preguntó, alzando la cabeza para mirar a Hanio. Los iris de sus ojos flotaban en un exceso de blanco.

—Sí, señora. ¿Tiene una habitación disponible?

Había supuesto que la mayor parte de las habitaciones estarían vacías, pero se lo preguntó por cortesía.

—Ya no quedan buenas habitaciones, ¿sabe? Aunque la economía va mal, nuestro negocio funciona. Ni siquiera tenemos aire acondicionado, pero incluso en verano viene mucha gente. Estamos en un sitio escondido y seguramente eso es un atractivo. Viene a ser como tener una tienda de empeños.

Mientras escuchaba a la anciana, Hanio supo por intuición que aquel era un alojamiento adaptado para mirones. Si insistiera en que quería una «buena habitación», la anciana le habría conducido a una con mirilla para *voyeurs*, robándole cinco mil yenes. En ese sentido la explicación de la mujer era muy hábil. Resultaba asombroso que insinuara el servicio especial que ofrecía la casa mencionando la cantidad de clientes que acudían incluso en verano a pesar de que no había aire acondicionado.

—No, la habitación mala me sirve —respondió Hanio secamente—. Son ochocientos por noche, ¿no?

La cara de la anciana se puso muy seria de repente. Condujo a Hanio hasta una habitación alargada, de solo tres esteras de tatami y que parecía un trastero, al fondo de la segunda planta. Él le pagó ochocientos yenes.

—El futón está en el armario. Extiéndalo usted mismo cuando vaya a dormir.

Tras dar esta muestra de extrema descortesía, la anciana salió y poco después se oyeron los crujidos de los escalones de madera.

No parecía que fuese a servirle el té. Hanio se sentía extenuado y a punto estuvo de decirle que le preparase ella el futón, pero prefirió callarse para evitar la mirada de aquellos ojos con demasiado blanco.

En el exterior había empezado a haber mucho tráfico, y su estrépito hacía vibrar la pequeña habitación. Era como el rumor del oleaje de la ciudad. Desde el otro lado del pasillo le llegó un grito de mujer, pero como le siguió de inmediato una retahíla de suspiros, Hanio dejó en suspenso su alarma.

Flotaba en el ambiente un ligero olor a lavabo.

Apoyó la cabeza en un brazo y, mientras contemplaba las manchas de humedad del techo, pensó que por encima de aquel techo y la capa de contaminación había un cielo lleno de estrellas y todo el equipo de los dioses. Existía un enorme cielo estrellado tanto por encima del lujoso salón con arañas de luces como por encima del tugurio donde él se había refugiado. Bajo el cielo, la tragedia y la soledad eran exactamente iguales que la felicidad y el éxito. El cielo estrellado no variaba fuera cual fuese el lugar de observación. Por eso la insignificancia de su vida tenía una conexión directa con el firmamento. Hanio se dijo que a lo mejor él era el Principito de Saint-Exupéry que se había escondido allí.

Sacó del armario el futón frío y húmedo y lo extendió de cualquier manera, pensando en dormirse de inmediato, pero al final se quitó los pantalones porque se sentía incómodo. Entonces notó de nuevo el dolor en el muslo. Era como si se le hubiera clavado una pequeña astilla a través del pantalón. La buscó, pero no se veía fácilmente. Mirando detalladamente a la luz de la habitación, reparó en un resto de astilla metido bajo la piel, con un punto negro. No sangraba y le dolía ligeramente.

Deseaba dormir, pero no podía. La cara de Reiko se le aparecía y le miraba fijamente. Metía los dedos en el hormiguero, sacaba dos o tres hormigas y se las arrojaba a la cara. Cada vez le dolía más el muslo, lo notaba caliente, y entonces el calor se extendió a toda la pierna, acompañado de una sensación de pesadez que le dificultaba todavía más conciliar el sueño.

AL DÍA SIGUIENTE A PRIMERA hora Hanio abandonó el Keikou-kan arrastrando la pierna dolorida y buscó una farmacia. La farmacéutica que le atendió era antipática. Compró una pomada y un antibiótico y se curó él mismo rápidamente en una cafetería cercana. Se sintió algo mejor, si no física, por lo menos anímicamente.

Pensó que probablemente podría evitar la persecución si viviera en un hotel de lujo. Decidió comprarse un traje y una bolsa de viaje de alta calidad. Para ello tenía que esperar la hora de apertura del banco.

CUANDO ESTUVO EN EL HOTEL K ya era cerca de mediodía. Ocupó una habitación con buenas vistas y se acostó en una cómoda cama doble para recuperar el sueño perdido la noche anterior. El dolor de la pierna parecía haber disminuido un poco, pero quería aplicarse más pomada y la examinó a la luz que penetraba por la ventana. Era un hermoso mediodía del mes de mayo. Había nubes dispersas sobre la autopista, y los automóviles que avanzaban ordenadamente por ella, vistos desde aquella altura, parecían miniaturas. Todo se veía con mucha claridad y nitidez.

Si se sentía perseguido, era por influencia de Reiko, producto de una idea delirante. En aquel momento, un recuerdo acudió a su mente y se le encogió el corazón. «Reiko me dijo que había visto una foto de mi cara.» Pero que estuviera preocupado por una cosa tan trivial era una prueba de que seguía teniendo apego a la vida. De lo contrario, no debería tener ningún motivo de inquietud. Claro que rechazar una muerte que él no deseaba y tener apego a la vida no es lo mismo.

Se examinó el muslo bajo la luz clara. Retiró la pomada que se había aplicado y observó el resto de astilla.

Para ser una astilla, tenía una forma demasiado definida. Su color negro tampoco era un tono de madera, sino que parecía más bien de alambre, era cónica y de un espesor mayor al que él había creído ver la noche anterior. Era lógico que se hubiera infectado.

Por mucho que intentara recordar, no sabía dónde se la había clavado. Cuando huía del sonido de los pasos, se había escondido en un contenedor de madera para basura. Debió de ser entonces cuando se hizo un rasguño con un clavo. No, no podía ser eso. Seguro que fue mientras caminaba, pero es muy extraño que a uno se le clave una astilla mientras camina. Tratando de recordar, le pareció que en el momento en que se le clavó la astilla había oído una especie de siseo que cortaba el aire, pero tal vez eso también fuera una ilusión.

Hanio se echó a reír de repente.

La única explicación de que estuviera tan preocupado solo podía ser que le atormentaba la inquietud. ¡Él, que no había sentido ni una pizca de inquietud cuando la vampira le chupaba la sangre a diario!

Pensándolo bien, esa sensación de que vivir equivale a sentir inquietud era algo que había olvidado mucho tiempo atrás, lo cual demostraba que había recuperado su vida. Se dijo que, si la herida empeoraba, iría al médico. No tenía más importancia. Volvió a aplicarse la pomada, tomó el antibiótico y se sumió en un profundo sueño.

Cuando se despertó, en el exterior ya había oscurecido. Tenía hambre, y pensó en bajar al restaurante del hotel, pero se abstuvo para evitar que los demás clientes del hotel le vieran. Era cierto que temía algo, pero, una vez admitido que las miradas ajenas le preocupaban, quedaba corroborado su temor, y eso era algo que no deseaba. Tenía que limitarse a cenar en la habitación, pero no por miedo sino porque así lo deseaba.

Pidió al servicio de habitaciones un filete de carne, una ensalada Waldorf y una botella pequeña de vino. Cuando el camarero cruzó la puerta empujando el carrito, le escudriñó la cara. Era un hombre alto, de expresión adusta, con huellas de acné en las mejillas, y Hanio no podía tener la seguridad de que no estuviera relacionado con alguna organización. Todos los seres humanos pertenecen a alguna organización y planean asesinar a los solitarios. La comida y el vino eran buenos. Hanio pasó la larga noche

mirando la televisión, sin poder dormir debido a la siesta de la tarde. Cuando finalizó la programación, se quedó mirando la estática de la pantalla y le pareció que de repente emergían de ella las caras de Ruriko, la vampira y Reiko, pero la pantalla seguía siendo como una extensión desértica de arena brillante. Hacia las dos de la madrugada empezó a bostezar y, creyendo que los bostezos eran precursores del sueño, decidió acostarse. Antes de hacerlo, se dispuso a ir al lavabo, pero en aquel momento oyó unos golpecitos en la puerta.

Por un instante pensó si sería un cliente, pero no era posible que alguien hubiera ido hasta allí para comprar su vida. Tiempo atrás había retirado el anuncio del periódico, y además nadie podía saber que se encontraba en aquel hotel, donde se había registrado con un nombre falso. ¿Quién podría ser?

Sonaron de nuevo los golpes, ahora con más intensidad. Hanio abrió decididamente la puerta. En el pasillo había un hombre con gabardina y sombrero de fieltro.

—¿Qué desea?

—¿Es usted el señor Tanaka? —le preguntó el hombre en voz fuerte y aguda.

—No, no soy esa persona.

—Oh, disculpe —dijo el hombre, en un tono indiferente que no evidenciaba una auténtica intención de disculpa.

Mientras cerraba la puerta, Hanio miró al desconocido que se alejaba por el pasillo y empezó a sentir de nuevo las palpitaciones. «Esta manera de preguntar y de marcharse no es normal —se dijo—. Han dado conmigo. Mañana cambiaré de hotel.»

Cerró bien la puerta y se metió en la cama, pero no pudo conciliar el sueño.

Aunque el dolor de la pierna había remitido, tenía la sensación de que el visitante estaba todavía en las inmediaciones. Cuando vendía su vida, no sentía ningún temor, pero ahora un miedo cerval, un miedo peludo y cálido, como si tuviera en los brazos un gato dormido, se le aferraba al pecho y le clavaba bien las uñas.

AL DÍA SIGUIENTE POR LA MAÑANA pidió la cuenta en la recepción y se trasladó a otro hotel de lujo, con la bolsa de viaje vacía por todo equipaje.

Como no le apetecía salir a la calle, se pasó el día entero en la habitación, sin hacer nada más que mirar la televisión. Tal vez debido a la falta de ejercicio, no tenía apetito. A medida que se aproximaba la medianoche y el silencio reinaba en el hotel, se iba apoderando de él una profunda inquietud. Quería huir de allí, pero estaba seguro de que si lo hacía volvería a perseguirle aquel sonido de pasos desconocidos.

La sensación de esperar algo era otra cosa que Hanio no experimentaba desde hacía mucho tiempo. Mientras esperaba a los clientes que acudían para comprar su vida, en aquella época en que estaba dispuesto a abandonar tanto el tiempo como la vida, no le preocupaba nada, pero ahora la sensación de aguardar algún acontecimiento, como quien espera a su novia, le hacía saber por primera vez que el futuro tiene un cuerpo real y pesado.

A las dos de la madrugada Hanio entreabrió la puerta y se asomó para cerciorarse de que no había nadie. Era exactamente como el pasillo de un hospital que condujera al depósito de cadáveres. Solo se veía el brillo de la silla con asiento de cuero rojo delante del ascensor, en la que se reflejaba la luz de los apliques.

Tal como había temido, a las dos y media se oyeron de nuevo unos golpes en la puerta. Como Hanio no la abría, los golpes se repitieron. Tras unos momentos de vacilación, la abrió. Allí estaba un hombre distinto del de la noche anterior, rechoncho y vestido con un traje a rayas.

—¿Quién es usted?

—¿El señor Ueno?

—No, se equivoca.

—Ah, usted disculpe. —El hombre hizo una inclinación de cabeza muy formal y se marchó sin más.

Después de cerrar la puerta y correr el pasador, Hanio volvió a la cama. El corazón le latía con fuerza. Volvió a notar un ligero dolor en el muslo. De repente tuvo una inspiración, «¡Ah, ahora lo entiendo! ¡Cabrones!». Examinó la herida bajo la luz de la habitación, eliminó la pomada y la tocó con un dedo. Entonces hizo una complicada contorsión para aplicar el oído en aquel lugar y percibió una ligerísima vibración a través del residuo de astilla negra. Tenía embutido en el muslo un transmisor en miniatura de alta precisión. No importaba dónde se escondiera, pues gracias a aquel dispositivo siempre conocerían su paradero.

Intentó extraerlo con una uña, pero estaba tan incrustado en el músculo que no lo podía mover. Fue tranquilizándose gradualmente. «No tendría sentido que lo sacara ahora, porque saben que me alojo aquí y el enemigo ha venido a verificarlo. Mañana, al salir del hotel, me libraré de él y entonces me ocultaré. Pero de todos modos he de ir al hospital. Es mucho mejor que lo extraiga yo mismo y luego me curen en el hospital en vez de que lo haga un médico y entre en sospechas.»

Después de haber tomado esta decisión, pudo dormir bien. Al día siguiente pidió el desayuno al servicio de habitaciones. Encargó un bistec, aunque no le apetecía en absoluto, pero lo hizo para utilizar el cuchillo de cortar carne. Quemó la afilada hoja con una cerilla y se la clavó en el muslo. Al introducir la punta y tirar hacia arriba, salió un finísimo cable metálico junto con abundante sangre.

EL MÉDICO TORCIÓ EL GESTO al ver la herida en el muslo de Hanio. Era un cirujano joven, frío y con mucha confianza en sí mismo.

—¿Cómo se ha hecho semejante herida? Parece como si le hubieran hurgado ahí con un arma blanca. Si la causa ha sido una pelea, es necesario avisar a la policía.

—Sí, es como usted dice, pero he hurgado yo mismo.

—¿Por qué lo ha hecho?

—Se me hincó un clavo oxidado y temía contraer el tétanos.

—Un típico pensamiento innecesario de alguien que no es experto en medicina.

El médico no le preguntó nada más. Le inyectó un anestésico local y se dispuso a suturar la herida. La inyección fue muy dolorosa, pero, al pensar que sus perseguidores no sabían que se encontraba en aquel hospital, sentía un alivio enorme. Entre aquellas paredes blancas, con estanterías que contenían material quirúrgico y bandejas de acero inoxidable con desinfectante, no podía estar más lejos de un ambiente familiar y acogedor, lo cual corroboraba su convencimiento de que nadie sabía dónde estaba. Eso era lo único que le procuraba una profunda tranquilidad.

Hanio cerró los ojos. El dolor había desaparecido y pensó que el cirujano, al ponerle los puntos de sutura, era como si estuviera cosiendo un pantalón de cuero.

CUANDO SALIÓ DEL HOSPITAL, tras recibir instrucciones de que volviera al cabo de una semana para que le quitaran los puntos, Hanio decidió no volver allí. Cualquier cirujano podría hacerlo.

Bajo la clara luz del día, caminaba pegado a las paredes, precaviéndose

por si le perseguían. Era un hábito que había adquirido últimamente. Doblaba las esquinas con una precaución especial. Se preguntaba adónde iría ahora. Lo mejor sería que huyera de Tokyo, porque ya no tenía que seguir engañándose a sí mismo. Era evidente que temía a la muerte.

NO HAY MAYOR SEGURIDAD que la de no saber hacia qué destino te dirigen tus pasos.

Hanio arrastraba la pierna dolorida, pues ya le había pasado el efecto de la anestesia. Llegó a Ikebukuro, entró en los grandes almacenes S y se detuvo en varias secciones. Trajes veraniegos, camisas, frigoríficos, persianas de juncos, abanicos, aparatos de aire acondicionado. A pesar de que aún no había llegado la estación de las lluvias⁸, ya no había artículos propios de la primavera, sino que todos estaban orientados al verano y evocaban las casitas, los hogares a los que estaban destinados. Al pensar así, Hanio experimentó una sensación de ahogo. ¿Por qué la gente tiene tanto afán por vivir?

¿No es un sentimiento antinatural tener ese afán cuando no se corre ningún peligro de muerte? ¿No era lo natural que quien deseara tanto vivir fuese una persona como él?

Tomó un tren de la línea Seibu sin ningún destino concreto, y se distrajo contemplando el paisaje de las afueras. Tenía la inquietante impresión de que los demás pasajeros no le hacían el menor caso a pesar de que le conocían. Un universitario al estilo *Zengakuren*⁹, colgado indolentemente de la anilla de sujeción, y, a su lado, una estudiante uniformada, de clásica belleza nipona, un hombre fornido de mediana edad que bien podría haber sido un suboficial del ejército... Las ojeadas que le echaban podrían ser las mismas que se dirigen a las fotos de delincuentes en una comisaría. «Ese tipo está aquí, bajaré en la próxima estación y pondré sobre aviso al personal.»

En la cara de Hanio parecían discernir a un enemigo de la vida social.

El aire tibio de mayo le hizo sentir por primera vez en mucho tiempo el olor ingrato para él de la vida social mezclado con el olor corporal de los pasajeros. Era evidente que deseaba vivir. Sin embargo, quien ha huido una vez de la sociedad ¿podría tener de nuevo el valor de volver a sumirse en un

olor tan horrendo? La sociedad funciona fluidamente porque nadie percibe su propio olor. El olor de los calcetines del universitario que llevaba una semana sin lavarlos, el dulce olor a sobaco de la estudiante, unido al olor fuerte y misantrópico característico de la virginidad, el olor del hombre de mediana edad, como el de una chimenea con exceso de hollín... ¿Cómo podían difundir sus olores sin la menor reserva? Hanio se había imaginado inodoro e insípido, pero no confiaba en que así fuera.

Como había comprado un billete hasta Hanno, la última estación, habría podido apearse en cualquiera del trayecto, pero de repente le invadió de nuevo la sensación de que le perseguían, y se apresuró hacia una puerta del vagón justo antes de que se cerrase, pensando que si alguien le vigilaba también correría hacia la misma puerta. Hizo ademán de bajar, aunque en el último instante se detuvo, y un hombre delgado, con un bigote que le daba un aspecto zorruno, trató de bajar al mismo tiempo que él, pero como Hanio le impedía el paso, la puerta se cerró en sus narices. Hanio se sintió incómodo porque el hombre le dirigió torvas miradas hasta la próxima estación, pero, al fin y al cabo, recibir aquellas miradas que solo traslucían irritación era tranquilizador.

Al apearse en Hanno, todos los pasajeros se dispersaron. Hanio, aliviado, salió a la plaza delante de la estación, donde no se veía a nadie. Le llamó la atención un mapa enorme de una ruta de senderismo, pero estaba muy fatigado y no quería seguir caminando.

Delante de la estación había un *ryokan* de aspecto humilde. Hanio entró en el vestíbulo y el encargado, al ver que era un joven bien vestido, se apresuró a invitarle a pasar.

Le dieron una habitación en la segunda planta. Al lado del *tokonoma* había una ventana redonda, y Hanio la abrió. Permaneció allí durante largo rato, contemplando el cielo. Hanno era una ciudad llana y sin nada destacable. El cielo azul iba perdiendo su color poco a poco, hasta que empezó a oscurecer. Entonces Hanio vio una araña que pendía del alero. Bajó hasta la altura de sus ojos, la luz crepuscular reflejándose en el hilo. Era tan pequeña que ni siquiera se veía con nitidez su contorno, como una pelusilla negra redondeada, y el hilo de cuyo extremo colgaba parecía sintético. Hanio no podía apartar los ojos de ella. Entonces la araña se puso a oscilar, como si

dijera: «Ahora voy a enseñarte mis habilidades circenses».

«Qué cosa tan rara hace», pensó Hanio distraídamente. Entretanto la oscilación pendular se ampliaba y el tamaño de la araña también iba en aumento. Su forma se trocó por la de un hacha afilada y el hilo se convirtió en una cuerda de color plateado brillante. La hoja del hacha cortó el aire para atacar la cara de Hanio. Él se cubrió el rostro con las manos y se tendió en el tatami boca arriba. Cuando se hubo serenado, la araña había desaparecido de la ventana redonda, en cuyo centro flotaba la luna en cuarto creciente. Tal vez la luna fuese lo que le había hecho imaginar la hoja de un hacha. Se preguntó si estaría enloqueciendo, y al pensarlo recordó la enfermedad de Reiko y se estremeció.

[8](#) *Tsuyu*, de principios de junio a mediados de julio. [*N. de los T.*]

[9](#) Véase nota al pie en la página 114.

NO SUCEDIÓ NADA MÁS.

Decidió conocer el lugar donde ahora se hallaba y salió a pasear, pero allí no había nada digno de verse. A lo largo de una calle ancha y ordenada, entre las casas con aleros, interminables viviendas vulgares con muretes de piedra ante la fachada, había una serie de establecimientos, como un taller donde fabricaban bañeras de madera tradicionales o una tiendecita de dulces. Hanio tenía la sensación de que allí los habitantes del lugar vivían por inercia, pero eso mismo le tranquilizó. Una tarde, cuando paseaba por un barrio solitario en dirección a un paso a nivel para vehículos con un puente peatonal, un camión dio marcha atrás cruzando las vías. Desde lo alto del puente, a Hanio el camión le parecía gigantesco, como si le intimidara. Bajó la escalera, caminó por la calzada ancha y vacía y el camión, dando un pequeño brinco, avanzó en línea recta hacia él. Hanio saltó a un lado para evitarlo, como si estuviera sufriendo una pesadilla. Corrió al otro lado de la calle y el camión le siguió. No había allí ninguna tienda donde pudiera refugiarse, tan solo había setos y humildes vallas de madera. Corrió a la izquierda y el camión le siguió, corrió a la derecha y el vehículo cambió de dirección. Parecía que se estuviera divirtiendo, como si se dedicara a la caza de un ser humano. El parabrisas era oscuro, como si se le hubiera adherido el cielo de la tarde, y reflejaba parcialmente las nubes, impidiendo ver la cara del conductor.

Hanio no tenía tiempo para memorizar la matrícula. Al huir por un callejón que le pareció demasiado estrecho para permitir el paso del camión, este redujo la velocidad y entró.

A sus espaldas no había más que una puerta antigua con dos columnas de piedra completamente cerrada. El camión avanzó con aparente determinación, llegó casi al lugar donde estaba Hanio, pero de repente dio marcha atrás y se alejó por el callejón como si una corriente se llevara su masa de metal negro.

Hanio permaneció un momento agachado, presa de violentas palpitaciones. Cuando paseaba con la vampira y se desmayó a causa de la anemia, la sensación de perder la vida fue placentera, pero un temor como el que le embargaba ahora no lo había experimentado jamás.

AHANIO NO LE APETECÍA VOLVER al *ryokan* y tomar una cena insípida. Hanno ya no era una ciudad donde se sintiera seguro. Antes de volver a la zona comercial, se aseguró de que el camión había desaparecido, echó a andar y llegó a un barrio de calles anchas y polvorientas, pero había muchos transeúntes y se inquietó todavía más.

Era la zona comercial, pero en un barrio periférico, con tiendas sin luz y escaparates polvorientos. Había una zapatería que exhibía zapatillas deportivas en desorden, con suelas de goma contra el vidrio, cordones desatados, unas zapatillas encima de otras, como si alguien hubiera recogido el calzado de un montón de cadáveres en un campo de concentración.

Sin embargo, todas las farolas estaban encendidas, las tiendas de comestibles bien iluminadas y muy concurridas. Hanio oyó un sonido nostálgico, como el zumbido de una avispa. Era musical, cálido, y causaba una sensación de añoranza. El sonido provenía de un taller de ebanistería, a través de cuya puerta entreabierta se veían claramente virutas de madera y el brillo de una sierra eléctrica. Un letrero fijado a la puerta decía: «Cajas pequeñas, estanterías, confección inmediata de artículos de madera». Más allá vio una relojería. Estaba vacía, parecía como si sus relojes solo marcaran el tiempo pasado. Hanio entró decididamente.

—Quisiera comprar un reloj.

—Sí, aquí tengo relojes —dijo la mujer que estaba detrás del mostrador. Tenía una cara blanca e hinchada—. ¿Cómo lo quiere?

—Un cronómetro con el sonido más fuerte posible.

—No sé si tengo algo así.

Finalmente, Hanio consiguió un cronómetro que se debió de utilizar en acontecimientos deportivos del siglo pasado y de una marca totalmente desconocida. Al pulsar la corona, la segundera producía un sonido preciso e insistente.

Entonces se dirigió al taller de ebanistería que había visto antes.

—¿Podría confeccionarme en seguida una caja pequeña?

—Sí —respondió sin mirarle el hombre con aire de hábil artesano, delgado y al borde de la vejez, que trabajaba inclinado sobre una mesa—. Ahora mismo dispongo de tiempo y puedo hacerlo.

—Necesito que me haga urgentemente una caja para guardar este cronómetro.

—¿Para esto? ¿Es para un regalo? En ese caso debería adquirir un estuche en la relojería.

—No, no, se trata de algo especial. No debe notarse que la caja contiene un reloj. Ha de ser algo mayor de lo necesario y de confección un tanto desmañada. El reloj ha de quedar totalmente oculto.

—En ese caso la caja no servirá para guardar un reloj.

—No me pregunte el motivo y haga lo que le digo, por favor. Tan solo la corona debe salir por un orificio. El resto debe estar herméticamente cerrado. Y pinte de color negro el exterior.

—No hace falta que se vea el reloj, ¿verdad?

—Exacto. Lo único imprescindible es que se oiga bien el sonido —replicó Hanio en tono paciente y como si lo que estaba pidiendo fuese lo más natural del mundo.

El cronómetro quedó fijado dentro de la caja. Era un objeto muy feo, y solo se veía la corona que emergía de un pequeño agujero. El ebanista pintó burdamente la superficie rugosa de la caja. A primera vista, nadie sabría qué era aquello, pero, al pulsar la corona, sonaba muy claramente el tictac a través de la madera. «Así está bien —se dijo Hanio—. Por fin tengo un arma defensiva.»

EL OBJETO ABULTABA DEMASIADO para meterlo en el bolsillo interior de la chaqueta. De todos modos, Hanio lo llevaba siempre consigo, porque le procuraba cierta tranquilidad. Al pulsar la corona dentro del bolsillo, la segunda se ponía a marcar ceremoniosamente el paso. «Vivo en una ciudad rural y vulgar, pero dondequiera que vaya me encontrarán.» Pensando así, tomó la decisión de quedarse allí. No es que hubiera perdido el miedo por

completo, pero los días transcurrían sin que pasara nada.

Al despertarse por la mañana le extrañaba seguir vivo, y se sentía tranquilo porque no habían vuelto a asaltarle imágenes como la de la araña. Delante de la estación de Hanno estaba el punto de partida de los senderistas, pero los extranjeros eran muy infrecuentes.

Un día, cuando fue a la estación para comprar tabaco, un extranjero mayor, canoso, elegante, con bombachos a cuadros y sombrero tirolés, abordó a Hanio y le preguntó con mucha formalidad:

—Por favor, ¿cómo se va al monte Rakan?

—Ese monte se encuentra pasada la Cámara de Comercio e Industria. Gire a la derecha, luego a la izquierda, donde está la comisaría, y cuando llegue al auditorio municipal, justo detrás está el monte.

Hanio fue capaz de orientarle como si fuese un residente de la zona.

—Muchas gracias, pero, si no fuera pedirle demasiado, le agradecería que me guiara hasta que me aclare, porque tengo muy mal sentido de la orientación.

Como no tenía nada que hacer, Hanio se avino a ayudar a aquel caballero que parecía buena persona. Incluso se sintió lo bastante amable para corregirle un término japonés cuando, mirando el cielo, mencionó el buen tiempo que hacía. Al lado de la Cámara de Comercio, a la sombra, estaban aparcados dos o tres automóviles, entre ellos uno muy hermoso, de color negro bruñido. Al pasar por su lado, el extranjero comentó lo bueno que era, deslizándose una mano por la carrocería, y abrió la portezuela con toda naturalidad. Hanio no podía dar crédito a sus ojos. El extranjero le ordenó en voz baja, como si le reprendiera: «Sube». Tenía una pistola en la mano.

LE ATARON LAS MUÑECAS, le pusieron unas gafas de sol y el coche partió. Eran unas gafas de diseño refinado, con unas aberturas triangulares en las patillas que también tenían cristales negros. Estaban tintadas con mercurio y no permitían ver nada ni siquiera lateralmente. Era como si le hubieran puesto una venda en los ojos para que no viera adónde lo llevaban. El inglés del sombrero tirolés iba al volante, y Hanio no era el único pasajero. Una vez introducido en el vehículo, un hombre se apresuró a ponerle las gafas y apoyó el cañón de una pistola en su costado. Hanio no tuvo tiempo de verle la cara. Tres hombres viajaban en el coche sin que cruzaran entre ellos una sola palabra. Hanio se preguntaba dónde le matarían. Lo único que oía era un jazz alegre emitido por la radio del coche que no armonizaba con la gravedad de la situación. Hanio, sorprendido porque el miedo a la muerte que había sentido durante su huida le había abandonado por completo, pensó que al publicar el anuncio de la venta de su vida había elegido el destino de morir de aquella manera injusta. Ese pensamiento le envolvía las entrañas como un ardor de estómago.

¿A qué se debía el temor a morir que había experimentado? Mientras se sentía perseguido por la muerte, aunque apartara la mirada de ella, la muerte se erguía como una chimenea gigantesca y negra en el horizonte, pero ahora no había ni rastro de la chimenea.

Después de que, en el hospital de Hanno, le quitaran los puntos del muslo, de donde había desaparecido por completo el dolor, le había quedado una cicatriz como un recuerdo del temor que había sentido. Al fin y al cabo, lo más terrible para un ser humano es la incertidumbre, y cuando uno tiene la certeza de saber lo que está ocurriendo, el temor se reduce de súbito.

De vez en cuando las manos del hombre tocaban nerviosamente las suyas para comprobar si las ataduras seguían firmes. Hanio notó el vello del dorso, y esto unido al olor corporal dulzón, insistente, mezclado con olor a ajo

tierno, le indicó que era un extranjero. Contaba el número de veces que el vehículo giraba a la izquierda, pasaba por calles asfaltadas, cruzaba un paso a nivel, pero llegó a la conclusión de que ese esfuerzo no servía para nada. De haber sido un trayecto corto, habría podido hacer alguna estimación, pero el viaje duró más de dos horas. Percibió varias carreteras asfaltadas y se dio cuenta de que no le estaban llevando a las montañas ni tampoco a un valle en cuyo fondo podría acabar su cadáver. Tal vez estuvieran yendo a Tokyo.

El vehículo empezó a traquetear al pasar por caminos con muchos baches y cuestas pronunciadas. Notó que se levantaba viento y que empezaba a oscurecer.

Cuando por fin el coche se detuvo, Hanio empezó a sentir inquietud porque sin duda transcurriría cierto tiempo antes de que le asesinaran. Le hicieron apearse y avanzaron por un camino de grava. Supo que entraba en una casa de estilo occidental porque pisó una alfombra.

ESTABA EN UN SÓTANO. En el frío suelo de hormigón había unas sillas y una mesa muy sencillas. Le hicieron sentarse en una de las sillas, sin desatarle las manos, y le quitaron las gafas de sol.

En la habitación había seis hombres, incluidos los dos del coche. Hanio recordaba a los otros cuatro. Tres de ellos eran los extranjeros que estuvieron presentes cuando probó el fármaco extraído del escarabajo *higebuto hanamaguri*. El viejo Henry no tenía al dachshund a su lado. El otro hombre era el *sankokujin* con boina, el amante de Ruriko que hizo un dibujo de los dos en la cama.

El hombre, de mediana edad y aspecto ridículo con aquella boina, le ofreció un cigarrillo, se lo encendió amablemente y se sentó a su lado. De los otros cinco, unos estaban sentados, otros en pie, pero todos ellos observaban con detenimiento la cara de Hanio. Los dos que le habían llevado en el coche no dejaban de apuntarle con sus pistolas, preparados para disparar en cualquier momento.

—Bien, empecemos con el interrogatorio —dijo el *sankokujin* con una voz cálida y pegajosa, que reverberaba en la habitación—. En primer lugar, será mejor que confieses que eres de la policía.

Hanio se sorprendió ante una afirmación tan absurda.

—¿Por qué iba a ser de la policía?

—Es inútil que busques subterfugios. Confesarás lo que eres, no lo dudes. Escucha, te explicaré por qué te hemos dejado en libertad hasta ahora en lugar de matarte. Eso será lo más rápido y fácil de entender. Me gustan los métodos pacíficos y convincentes. Siempre dejo a otros la tarea de matar. Al principio, cuando vi tu anuncio en la prensa, entré en sospechas y te envié a un anciano que está a mis órdenes. Ahora le llamaré. Él también tiene ganas de verte. Ven, acércate.

El *sankokujin* batió palmas, y pareció como si aplaudiera en un concierto.

El anciano entró por una puerta lateral. Saludó con una ligera inclinación de cabeza, la dentadura postiza emitiendo su característico sonido sibilante.

—Disculpa... —le dijo a Hanio.

—¡No digas cosas innecesarias! —le espetó el hombre de la boina—. He traído mi cuaderno de dibujo para plasmar la muerte del señor Hanio. Espero que, antes de morir, adoptes diversas posturas interesantes para dibujarte. ¿Sabes por qué tu anuncio nos llamó la atención? Sabíamos que la policía estaba investigando nuestra organización, pero ignorábamos cómo lo hacía y pensamos que utilizar un espía que no temía por su vida publicando un anuncio tan raro facilitaría la investigación de nuestro secreto. Es lógico, ¿no crees? Por eso nos interesó tu anuncio.

»Hicimos que te encontraras con Ruriko. Ella ya sabía demasiado sobre nuestra organización y era imprevisible hasta qué punto podía informar de sus actividades. Por eso ya habíamos planeado matarla. Antes de hacerlo, te pusimos en contacto con ella, y así tuvimos la seguridad de que informarías a la policía, pero eres muy listo y cauto. Creíamos que dejándote vivo, cuando regresaras del apartamento de Ruriko lograríamos saber cómo te pones en contacto con la policía y le informas, y, por supuesto, te habíamos fotografiado. Este cuaderno de dibujo es una cámara. Mira.

El *sankokujin* le mostró la tapa del cuaderno de dibujo, que tenía la palabra SKETCHBOOK impresa con una caligrafía de buen gusto. Una de las dos oes estaba abierta y la otra parecía un ojo que hiciera un guiño. La O abierta tenía una lente. Con razón la tapa del cuaderno era muy gruesa.

—No te pusiste en contacto con la policía, como si no hubiera pasado nada. Cuando estabas cenando con el ratón de peluche, ya sospeché algo y entonces investigamos, pero dentro del ratón no había ningún transmisor. Eres asombrosamente listo y no dejas el menor rastro al que pueda asirme. La verdad es que me quedé boquiabierto. Entonces empleé a otra mujer también perteneciente a la organización. Intentamos que confesaras, llevándote a nuestro escondrijo. Pero parece ser que aquella solterona se enamoró de ti y murió en tu lugar.

»Disponer de un cadáver es complicado, pero tratándose de un suicidio se puede solucionar fácilmente. Por eso, tras consultar con Henry y los demás, te dejé en libertad para observarte durante cierto tiempo. Algún día habría

que matarte, pero si te utilizábamos como señuelo, podríamos descubrir a otros espías de la policía. Sin embargo, eres demasiado listo y nunca se te veía el cobre.

»Entonces te fuiste a vivir con la vampira. Empezamos a pensar que no eras más que un tipo raro y nuestras sospechas eran solo imaginaciones nuestras. Habíamos actuado como unos pardillos y deseábamos que murieses lo antes posible, cuando la vampira te dejase sin una sola gota de sangre. Así, todos felices, nos decíamos, todo solucionado. Pero nos equivocábamos. Lo de la vampira era un camuflaje, aunque tan bueno que con él arriesgabas la vida, ¿no es cierto? Desde luego, eres un espía excelente. Sabemos lo que has hecho después. Ingresaste en un hospital fingiendo muy bien que padecías anemia cerebral. Durante los días en que estuviste ingresado hiciste tu verdadero trabajo, mientras nosotros, con cierta tranquilidad, aflojábamos la vigilancia.

—Eso... —empezó a decir Hanio, aturdido.

—Es inútil que busques excusas. ACS dispone de un contacto con el país B. Tras el incidente de los telegramas descifrados con zanahoria, ese país tiene una lista de espías de la policía japonesa en la que figura tu nombre. Fallaste en ese trabajo, pues reveló quién eres realmente. Eres un idiota.

El *sankokujin*, sonriendo amablemente, le tocó la garganta con la punta del lápiz que sostenía.

—Desde entonces empezamos a pensar que lo más importante era hacerte confesarlo todo y matarte después, a fin de investigar las actividades de tus colegas. Pero como ya habíamos aflojado las riendas una vez y te habíamos perdido de vista, nos atolondramos. Estábamos seguros de que, si te dejábamos en libertad, nuestras vidas peligraban. Por cierto, tu foto la tenemos bien guardada. Hemos utilizado muchas copias. Pensamos que estarías pasando el tiempo en Shinjuku, por donde antes te movías, y utilizamos a un vendedor de LSD que es un último mono de nuestra organización para que distribuyera las fotos a fin de buscarte.

»Hemos preguntado a las hippies si conocían al hombre que ha publicado un anuncio muy raro en el que vendía su vida, pero no hemos averiguado nada. Te has acostado con muchas mujeres, pero eres muy cauto y ninguna sabe dónde te encuentras. Has abandonado tu apartamento. Tokyo tiene diez

millones de habitantes... Habíamos llegado a un callejón sin salida. Eres un hombre que conoce el secreto de ACS, y un piojo metido en una aglomeración donde es imposible encontrarlo.

»Pero, mira, Hanio, la divinidad existe y nunca nos abandona. Le gusta que los seres humanos creamos organizaciones secretas y les ayuda. ACS se fundó a partir de la sociedad secreta Hung-pang, y el dios de esa sociedad me está ayudando. ¿Lo conoces? En la época de la rebelión de los bandoleros de pelo largo, un general del ejército de Zeng Guofan, llamado Lin, fue a Huaiyang para luchar contra ellos. No era un combatiente experto y, aunque estaba al frente de miles de soldados, siempre sufría derrotas. Zeng Guofan estaba muy enfadado y le condenó a la decapitación. Lin, aterrado, huyó con dieciocho subordinados. Corrieron sin parar, perdiendo la noción de la distancia, hasta que encontraron una capilla abandonada en la que se refugiaron. Entonces oyeron cierto estrépito en el exterior y vieron una gran cantidad de gente que se dirigía a la capilla. Los hombres empuñaron las armas, pero no se trataba de soldados sino de los habitantes de un pueblo cercano.

»Uno de los aldeanos les dijo que en el pueblo habían oído un ruido enorme y que al salir de sus casas vieron una columna de fuego que iluminaba como si fuese de día y que se derrumbó en seguida sobre otra capilla. Habían acudido porque creían que en aquella capilla se alojaba una persona importante. Lin se tranquilizó y preguntó por el nombre del pueblo. Era una aldea a unos seiscientos *li*¹⁰ de distancia desde el último puesto militar, lo cual resultaba sorprendente. Corriendo tan solo durante unas horas, habían podido cubrir aquella enorme distancia. Pensaron que realmente la divinidad les había ayudado. Miraron a su alrededor y vieron una placa rectangular según la cual aquella capilla estaba dedicada a un dios cuyo nombre en japonés es Kouchou. Como el general pensó que el viejo Kouchou le había salvado, al día siguiente compró papel aromático y otros artículos con los que hizo una ofrenda. Él y sus hombres se convirtieron en bandoleros buenos, que robaban a los ricos y repartían el botín entre los pobres. Ese es el origen de la actual sociedad secreta Hung-pang.

»Me he desviado un poco de lo esencial, pero quiero decir que también yo he rezado a ese dios, y así este anciano se encontró casualmente contigo en el

parque. Por eso decidimos seguirte.

—Así es, exactamente —corroboró el anciano.

Bien vestido, como de costumbre, el anciano hizo una reverencia muy formal a Hanio y le miró con una expresión contrita.

—Está bien, ahora lo comprendo —dijo Hanio—, pero yo no tengo nada que ver con la policía. Tenéis la creencia supersticiosa de que todos los seres humanos pertenecen a alguna organización, pero os equivocáis. En este mundo hay personas libres que no pertenecen a ningún colectivo, que viven y mueren sin depender de nadie.

—Di lo que quieras mientras puedas hacerlo, pero un espía de la policía japonesa sabe perfectamente decir lo que le conviene. Comprendo que la formación de la policía ha llegado a un nivel bastante alto. Bien, tengo más cosas que decirte. Después de que eliminaras el transmisor clavado en el muslo, volvimos a tener problemas para encontrarte. Eres muy hábil para huir. Dices que vendes tu vida, pero no he conocido a ningún hombre que protegiera tanto su vida como tú lo haces, aunque eso va a terminar esta noche.

»¿Sabes cómo te hemos encontrado después de tu llegada a Hanno? Tenemos una agencia de viajes que recopila información de todos los *ryokan* de Japón. Les presentamos clientes y a cambio nos facilitan información sobre ellos. Mi agencia de viajes es muy amable, ofrece buen servicio, tiene una gran reputación y los *ryokan* están muy contentos con nosotros. Por eso, si un cliente raro permanece demasiado tiempo en uno de esos establecimientos, en seguida nos enteramos.

»Hemos investigado minuciosamente los *ryokan* de cada zona de Japón, buscando un cliente solitario, más o menos de tu edad, alojado durante largo tiempo. Mediante un proceso de eliminación, supusimos que un huésped del *ryokan* que hay delante de la estación de Hanno eras tú. También en eso hemos tenido suerte. Al atrapar a un espía como tú, haciéndole confesar y matándolo, la organización nos da a todos nosotros una buena recompensa. Por eso estamos muy entusiasmados. A estos extranjeros les gusta el dinero. Bueno, empecemos con el interrogatorio. ¿Cuántos espías de la policía como tú investigan al ACS? ¿Dónde están? ¿Qué clase de actividad realizan? ¿Qué informes envían?

Hanio recordó la caja negra que tenía en el bolsillo e intentó sentirse esperanzado por la expresión compungida del anciano.

[10](#) Unidad tradicional china de distancia. Un *li* equivale a quinientos metros. *[N. de los T.]*

—**A**H, ENTIENDO, ENTIENDO... —dijo Hanio—. Así que vais a torturarme, ¿no?

—Sí, eso no estará mal. Dibujaré tranquilamente el proceso. Pienso hacer una exposición para mis colegas, junto con el dibujo que hice cuando estabas con Ruriko. Creo que será una elegante exposición artística. Nacer, amar y morir son cosas totalmente naturales.

—Por cierto, ¿qué pasará si me suicido antes de que me torturéis?

—¿Es que piensas morderte la arteria de la lengua?

—No, quiero hacer algo que os afecte a todos.

Hanio introdujo la mano atada en el bolsillo de la chaqueta y el tictac del cronómetro se oyó nítidamente.

—Oís el sonido del reloj, ¿no es cierto?

—¿Qué es eso?

Los demás se levantaron de las sillas.

—Será inútil que me disparéis. Pulsaré el botón y todos quedaremos reducidos a migajas.

—¿No le tenías apego a la vida?

—Mira, yo publiqué un anuncio vendiendo mi vida. No me mezcles con esos espías cobardes. La bomba está preparada para que estalle dentro de ocho minutos, pero si aprieto el botón lo hará al instante. Tiene suficiente potencia para derribar una habitación como esta.

Los hombres retrocedieron poco a poco.

—¿Queréis que os la enseñe? —les dijo Hanio, sacando la caja pequeña y siniestra. Estaba haciendo una apuesta. La caja seguía emitiendo un sonido creíble.

—Eh, espera un momento. ¿No quieres vivir?

—¿A qué viene esto? Me asesinaréis después de torturarme, ¿no? Es lo mismo.

—No, es posible que te salves.

—¿Cómo? Dímelo rápido. Solo quedan siete minutos.

—Te permito integrarte en nuestro colectivo. Estudiaremos la remuneración, y será muy elevada. Si guardas nuestro secreto te ofreceremos la posición que quieras, lujo, mujeres, todo lo que puedas desear, Hanio.

—No pronuncies tan fácilmente mi nombre. No quiero pertenecer a una organización tan sucia como la tuya. Como carezco de ética, me es indiferente lo que hagáis, aunque matéis, robéis, trafiquéis con drogas. Todo eso no me importa en absoluto. Quiero acabar con la superstición de que basta mirar a una persona para pensar que pertenece a una organización. Eso es algo que incluso vosotros reconocéis, ¿o no es cierto? Pero también reconoceréis que ciertos hombres, además de no pertenecer a ninguna organización, no tienen el menor apego a la vida. Serán pocos, sin duda, pero los hay. Yo no tengo apego a la vida. La mía es un producto para venderlo. No me quejo sea cual fuere el trato que reciba. Pero me enfurece que me maten de una manera injusta. Por eso ahora estoy intentando suicidarme, llevándoos a todos vosotros por delante. Quedan cinco minutos.

—Espera, entonces déjame comprar tu vida.

—¿Y si te digo que no te la vendo?

Hanio miró la cara del anciano y alzó la caja negra. El anciano tuvo una reacción muy rápida. Corrió hacia la puerta, la abrió y se puso a gritar:

—¡Vámonos todos! ¡Lo mejor es dejar a este hombre aquí encerrado! Si quiere saltar por los aires, que lo haga. ¡Huyamos!

—Quedan cuatro minutos.

Hanio permaneció sentado tranquilamente en la silla, dejando la caja negra sobre la mesa que estaba a su lado, con una mano encima.

—Cuando hayáis huido, no pulsaré de inmediato el botón. Esperaré a que finalice el límite de tiempo y moriré cuando estalle el artefacto. Durante esos cuatro minutos, recordaré mi vida. Si no huis muy lejos, la explosión os alcanzará. No sé cuánto podréis alejaros en esos pocos minutos.

Uno de los hombres resbaló y estuvo a punto de caer al suelo. Como si eso hubiera sido una señal, todos los hombres se levantaron y huyeron por la puerta que el anciano había abierto.

Tras cerciorarse de que habían desaparecido, Hanio se levantó

tranquilamente, cerró la puerta por la que habían salido, se acercó a la otra puerta, comprobó que no estaba cerrada con llave, se asomó y, al ver que no había nadie, subió corriendo tan rápido como pudo la escalera que partía de allí.

ESTABA SEGURO DE QUE NO le dispararían. Saltó por encima de una valla y se encontró con un precipicio. Sin embargo, no era vertical, sino que tenía una inclinación que, si se tomaban precauciones, permitía bajar por ella, y Hanio lo hizo deslizándose entre los matorrales sobre el trasero. Durante su rudo descenso, vio las luces de la ciudad que comenzaban al pie del precipicio. El lugar al que le habían llevado no era una casa solitaria en medio de una montaña. Lleno de rasguños, echó a correr mientras gritaba: «¡Ayuda! ¿Dónde hay un puesto de policía?».

Como seguía teniendo las manos atadas, perdía el equilibrio al correr. Los transeúntes se apartaban para que no chocara con ellos, todos con caras de indiferencia, pero al final oyó una voz que decía:

—El puesto de policía está a la vuelta de la esquina, a la derecha.

Hanio entró en el puesto sin poder respirar ni articular palabra.

—¿De dónde vienes? —le preguntó el policía de mediana edad—. Vaya, estás atado y también herido —añadió en un tono impasible¹¹.

—¿Dónde estoy? —preguntó Hanio.

—En Oumeshi —le respondió el policía, sin interrumpir el trabajo que estaba haciendo.

—Agua, por favor, deme agua...

—¿Agua? Espera un momento —dijo el policía, pero siguió pasando las páginas de un archivador.

Por fin dejó su vieja estilográfica sobre la mesa, se levantó, miró someramente a Hanio y fue en busca de un vaso de agua. No hizo el menor ademán de desatarle, y Hanio tomó con ambas manos el vaso que reflejaba la luz del puesto.

—Ah, no hay nada mejor que el agua en este mundo.

El policía dirigía furtivas miradas a las manos atadas de Hanio. No debía de tenerlas todas consigo y prefería no desatarlo. A pesar de su fatiga, Hanio

razonaba y se abstuvo de pedirle que le quitara el cordón, diciéndose que más adelante denunciaría la negligencia del agente. Pero apenas había cruzado este pensamiento por su mente cuando el policía empezó a desatarle, y Hanio comprendió que se había apresurado al juzgarlo.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó en el tono de un padre que regaña a su hijo porque ha vuelto tarde a casa.

—Han estado a punto de matarme.

—Ya. —El hombre desenroscó el capuchón de la pluma, sacó un folio de un cajón y empezó a escribir, todo ello con una lentitud enervante—. A punto de ma-tar-le —articuló en voz alta mientras escribía. Le hizo varias preguntas, sin reaccionar a ninguna de las respuestas. Su impasibilidad dejaba a Hanio insatisfecho, pero finalmente el policía descolgó el teléfono y procedió a informar a la central, lo cual le tranquilizó.

Mientras se deslizaba por la pendiente del precipicio, una rodilla que se había golpeado con un saliente rocoso empezó a dolerle... Se puso una mano en el pantalón, por detrás de la rodilla, y notó que allí había sangre seca.

Tardaban mucho en llegar desde la central. Entretanto el policía le ofreció té y cigarrillos y, sin escuchar lo que Hanio le decía, se puso a hablarle de su hijo.

—Mi hijo estudia en la universidad N. Estoy tranquilo, porque no pertenece a la *Zengakuren*, pero en vez de estudiar cada noche invita a casa a sus amigos para jugar al *mahjong*. Por eso estoy harto de él. Cuando mi mujer le dice: «Para estar así, sin dar golpe, ¿por qué no te pones un casco, coges un palo largo y te vas a una manifestación?», y el chico, sin inmutarse, le responde: «¿Ah, sí, puedo hacer eso? En tal caso, mañana mismo lo hago». Como la amenaza de esa manera, su madre se calla. Hoy en día, los hijos tienen más labia que los padres. Pero estoy satisfecho porque he cumplido con mi obligación de padre e hice que mi hijo estudiara en la universidad.

Finalmente apareció la luz de una bicicleta que avanzaba despacio y en la que montaba un policía joven. El del puesto policial le presentó a Hanio.

—Es este señor.

—Bien, me lo llevo —replicó el recién llegado sin la menor cortesía.

El joven agente empujaba la bicicleta, desentendiéndose de Hanio, que debía vigilar por sí mismo a su alrededor mientras cruzaban de noche el

centro comercial. Desde una tienda de discos llegaba la música de un conjunto. Hanio caminaba arrastrando la pierna lastimada y luchaba contra el mareo que le invadía con intermitencias.

Cuando llegaron a la central, un inspector cuarentón, vestido con un traje amorfo, le saludó de una manera rara.

—Ah, hola, bienvenido. ¿Instruyo el atestado? Venga por aquí.

Al parecer, acababa de cenar y se escarbaba los dientes despreocupadamente con un palillo. Hanio pensó que llevaba demasiado tiempo sin comer nada, aunque no tenía ni pizca de hambre.

—Bueno... acomódese. Empecemos por su nombre y dirección.

—En estos momentos no tengo dirección.

—No me diga —replicó el inspector, mirándole desagradablemente de reojo. El tono de su voz también había cambiado.

—Así que tenía las manos atadas, ¿eh?

—Sí.

—Uno puede atarse a sí mismo las manos usando los dientes.

—No diga tonterías. Esto no es ninguna broma. Han estado a punto de asesinarme.

—Vaya, eso es terrible. ¿Y dice que ha bajado corriendo a la ciudad? ¿Desde dónde?

—Desde una casa en lo alto de un precipicio.

—Eso debe de ser en la zona norte de la ciudad, ¿no es cierto?

—No sé si es el norte o el sur.

—Ahí está la casa del presidente de la industria K, entre otras fincas lujosas. ¿No puede especificar qué casa es?

—No, no he tenido tiempo de ver la placa con el nombre de los inquilinos.

—Bien, ya volveremos después a eso. Ahora explíqueme más o menos qué ha pasado.

Se inició entonces una fase que requería larga paciencia. Cuando dio comienzo a una vehemente explicación, el inspector alzó una mano para que hablara más despacio.

—¿ACS? ¿Qué es eso?

—Asia Confidential Service.

—¿Asia Confi...? ¿De qué se trata? ¿Una compañía de gasolina o algo así?

—Es una organización criminal y de contrabando.

—Ah, ya —dijo el inspector, sonriente—. ¿Qué pruebas tiene?

—Lo he visto con mis propios ojos.

—¿Les ha visto matar a alguien?

—No, eso no he llegado a verlo.

—En ese caso, ¿cómo sabe que matan?

—¿Recuerda el cadáver de una mujer llamada Ruriko Kishi que encontraron en el río Sumida? Yo la conocía.

—¿Kishi... Ruriko?

—Kishi como el primer ministro Kishi.

—¿Era guapa? ¿Encontraron el cadáver desnudo?

—Probablemente sí.

—Tampoco lo vio, ¿eh?

—Desnuda sí que la he visto.

—¿Entonces teníais relaciones íntimas?

—Eso es lo de menos. La cuestión es que la asesinó esa organización ACS.

El inspector se volvió de repente hacia Hanio con el semblante muy serio.

—Menciona a ACS una y otra vez, pero ¿cómo puede probar que existe tal cosa? No estoy haciendo un atestado para matar el tiempo, ¿entiende? Si usa un nombre desconocido, aunque intente convencerme, mi larga experiencia me dice que se lo ha inventado. Uno no viene a la policía para contar sus invenciones. Probablemente ha leído demasiadas novelas policíacas. Si insiste en eso, cometerá una falta de injerencia en el ejercicio de las funciones públicas.

—Diga usted lo que quiera. ¿Qué va a entender un inspector de policía en un sitio tan rural? Lléveme a la jefatura superior y allí daré mis explicaciones a alguien más adecuado.

—Siento que esté hablando con una persona de bajo nivel, pero a menudo la experiencia del último mono vale más que la de alguien de arriba. ¿Dice que soy un inspector de policía rural? Y lo dice usted, que ni siquiera tiene domicilio fijo. Anda, muchacho, no seas tan prepotente.

—¿Es que todo el que no tiene un domicilio fijo es un presunto delincuente?

—Claro que sí —replicó el inspector, en un tono más suave, consciente de que se había propasado un poco—. Una persona honrada siempre tiene familia y cuida al máximo posible de su mujer y sus hijos. A tu edad, si eres soltero y no tienes domicilio, es bastante comprensible que te falte la confianza de la sociedad, ¿no crees?

—¿Me está diciendo que todos los seres humanos han de tener cónyuge, hijos, domicilio y trabajo?

—No soy yo, es la sociedad la que lo dice.

—Y quienes están al margen de ese esquema, ¿qué son? ¿Escoria humana?

—Pues sí. Uno que está solo, se abandona a imaginaciones raras y viene corriendo a la policía para hacer una denuncia por daños... No creas que eres el único, hay bastantes como tú, no te equivoques.

—¿Ah, sí?

—Exactamente.

—Pues entonces trátame como a un auténtico delincuente. Yo tenía un negocio amoral. Figúrese, vendía mi vida.

—¿Tu vida? Vaya trabajo que tenías. Claro que eres libre de vender tu vida, eso no está prohibido por la ley. Criminal será quien compre tu vida y le dé un mal uso. Quien vende su vida no es ningún criminal. No es más que escoria humana.

A Hanio se le encogió el corazón, y en aquel momento comprendió que debía cambiar de táctica para conseguir como fuese el apoyo del inspector.

—Por favor, permítame pasar unos días en el calabozo. Protéjame, se lo ruego. Le aseguro que me quieren matar. Tengo la certeza de que lo harán. Ayúdeme, por favor.

—No, eso no es posible. La policía no es un hotel. Olvídate de un sueño tan absurdo como eso del ACS.

El inspector tomó un sorbo de té frío, se volvió hacia un lado y guardó silencio.

Hanio insistió en voz quejumbrosa, pero el inspector le rechazó fríamente. Al final los agentes le obligaron a marcharse.

Estaba solo. En el cielo despejado brillaban innumerables estrellas. Los farolillos rojos en el exterior de una taberna frecuentada por policías después

del trabajo oscilaban al fondo de la oscura callejuela delante de la central. Hanio tuvo la sensación de que la noche se le adhería al pecho y el rostro, como si le asfixiara. La pierna le dolía tanto que no pudo bajar los tres escalones de la entrada, y se sentó, se sacó de un bolsillo del pantalón un cigarrillo arrugado y lo encendió. Tenía ganas de llorar, no podía contener los sollozos. Cuando alzó los ojos para mirar las estrellas, se difuminaron por un instante a través de las lágrimas y entonces todas ellas se agruparon en una sola.

[11](#) Los *koban*, o puestos policiales, omnipresentes tanto en las ciudades como en las zonas rurales, en ocasiones son una simple caseta con un solo agente. [N. de los T.]

OMNIPOTENCIA E IMPOTENCIA DE YUKIO
MISHIMA

HANIO, UN HOMBRE JOVEN que ha fracasado en su intento de suicidio, considera que ya ha perdido la vida una vez y llega a la conclusión de que prefiere que alguien se la compre. Pone un anuncio de «Vida en venta» en un periódico y en seguida se presenta un comprador. El encargo consiste en seducir a la bella esposa del hombre, que es la amante del jefe de una organización secreta, de modo que este descubra su infidelidad y la asesine, lo cual supone muchas probabilidades de que Hanio sucumbirá también. Él acepta. Consigue seducir a la bella mujer y, en plena entrega de los dos al placer, aparece el jefe de la organización. Hanio cree llegada su hora, pero se salva milagrosamente. A la mañana siguiente se entera por la prensa de que el cadáver de la mujer ha sido encontrado en el río Sumida.

El próximo comprador es una bibliotecaria solterona que había entrado en relación con unos turbios extranjeros a los que vendió una rareza bibliográfica, un libro que contenía la receta para preparar una droga capaz de inducir al suicidio. Le ofrecieron una suma considerable si actuaba como conejillo de Indias para probar la droga, y ella acude a Hanio a fin de proponerle que sea él quien lo haga. Los dos van al encuentro de los extranjeros, y cuando Hanio, bajo los efectos de la droga, apoya el cañón de una pistola en su sien y se dispone a apretar el gatillo, la solterona le arrebató el arma y se suicida. Al parecer, se ha enamorado de Hanio e, incapaz de verle morir, lo hace en su lugar.

Hanio ha tenido un buen comienzo en su empresa. Vuela como Pegaso, con una expresión de triunfo, y, desde lo alto, contempla el mundo y piensa que los seres de aquí abajo son como bichos. Además, las dos víctimas eran simples mujeres. Una belleza y una solterona sin atractivo eliminadas, eso es todo. Si la euforia sexual y la melancolía espiritual se apoderan de él con independencia una de la otra, no le afectan lo más mínimo. No afectan a un personaje creado por Mishima, cuyo lema es «sé hábil tanto en el arte

literario como en las artes marciales». Hanio es ese personaje, que ha dado su vida por perdida y es totalmente insensible a tales cosas. «Avanzaba como si careciera de voluntad, manejado por hilos. Se sentía eufórico y sin responsabilidades, una persona distinta del hombre que había sido antes de la tentativa de suicidio. La vida no podía ser más liviana.»

Sus movimientos son tan ágiles como una melodía de jazz, y está de tan buen humor que parece a punto de ponerse a silbar. Renuncia a su yo y confía en que alguien, llamémosle un «comprador», le facilitará los medios para morir, alguien que carece de todo rasgo y que podría ser la misma divinidad. En tal caso, él sería una marioneta movida por los hilos de la potencia celestial, liberado de la gravedad terrestre, lo cual le procura esa alegría irresponsable y esa ligereza que experimenta. Si uno renuncia a la voluntad de ser él mismo que le ata al mundo dominado por la ley de la gravedad, es decir, si renuncia al yo, la carga que sobrellevan los seres humanos, desaparecen por completo todas sus ataduras en el mundo.

De repente se encuentra en un espacio sin gravedad, vacío e infinito, en el que se extravía como si fuese un globo errante. Al entregarse a una persona sin identidad, paradójicamente nace en Hanio una sensación de libertad ilimitada. La vida es ligera como una pluma de ave, el vacío exterior se corresponde con su vacío interior, y en el vacío se siente libre y omnipotente.

La primera impresión del lector es que tiene en sus manos una novela negra del subgénero *hardboiled* ambientada en Japón, que comienza de un modo ligero, con un estilo frívolo, mucho más que el de la serie 007 de Ian Fleming. Pero no tarda en resultar evidente que el recurso al *hardboiled* es superficial y que se trata de un relato genuinamente japonés que responde a la estética de la *Hagakure*, la guía práctica y espiritual del guerrero, el seguidor del *bushido*, cuya finalidad precisamente es morir; o bien se atiene a la filosofía de la entrega abnegada, como la de los comandos suicidas durante la guerra. Lo que se compara con la ligereza de una vida es el contenido de oro puro, mientras que el armazón *hardboiled* no es más que un ropaje teatral.

Pero también cabe otra interpretación. Puesto que el protagonista se ha vaciado por completo del yo, el ropaje superficial lo será todo. En ese caso, la manera más justa de abordar esta obra sería considerarla como un cómic de suspense y divertirse inocentemente con ella, pues incluso el cuerpo de

músculos bien desarrollados que parece tener bajo su ropaje teatral era un elemento más del atrezo. Esta novela se publicó en 1968 en la revista *Playboy*, orientada a un público joven, y cabría suponer que el autor se ha plegado a los gustos de ese público, como la estética de la *Hagakure*, el interés por el *hardboiled* y los cómics de suspense. Incluso el mismo título, *Una vida en venta*, responde a una vulgarización de la filosofía conductista visible en las películas de yakuza producidas por los estudios Toei que eran muy populares en la época.

Hasta mediada la novela, la insolencia exhibicionista de Hanio, que es como un gran miembro viril ambulante, resulta excesiva. La conquista de mujeres termina ahí, y en la segunda parte él deja de ser conquistador para pasar a conquistado. El exhibicionismo desaparece con rapidez y entonces Hanio pone todo su empeño en huir. ¿A qué se debe este cambio? Al actuar así, ya no es posible la interpretación basada en la *Hagakure* ni los cómics de suspense ni las películas de yakuza. Parece ser que esa afición al exhibicionismo fálico que ha ocupado el lugar central no es más que un camuflaje para desviar la atención, y la filosofía del conductismo es una máscara, detrás de la que podría haber un elemento de verdad. ¿Cuál es ese elemento? Es la voluntad de avanzar hacia la ruina y la decadencia. Reconozco que esta afirmación es un tanto brusca, pero creo que es así porque no puedo dejar de pensar en el incidente que ha desencadenado el intento de suicidio de Hanio. ¿Por qué ha pensado que no tiene sentido seguir viviendo? Porque mientras leía un periódico los caracteres se convertían en cucarachas y huían mostrando sus lomos de un negro rojizo. Hugo von Hofmannsthal, un poeta vienés fallecido en 1929, escribió *Carta de Lord Chandos*, obra que contiene un poema genial en el que menciona la experiencia que tuvo en su adolescencia de que las palabras se deshacen por completo en el interior de la boca como setas podridas.

Ha caído desde el cielo donde tenía un dominio absoluto de las palabras y una sensación de omnipotencia, como un Pegaso que surca los aires, y ahora solo puede utilizar las palabras deshechas en su boca como «setas podridas». Se trata de la penosa confesión del joven poeta que fue Lord Chandos, o más bien de la de Hofmannsthal, que inició su andadura poética cuando era un adolescente genial. El protagonista de *Una vida en venta* no pasa de ser un

simple redactor publicitario, aunque, dentro de su nivel, ha pasado de tener una posición brillante, que le procuraba una sensación de omnipotencia, a la oscura sensación de impotencia, y se arrastra por el fango que es la mezcla del derrumbe y la decadencia.

Es casi indudable que Yukio Mishima planeó esta novela de entretenimiento tomando como modelo la elegante obra de Hofmannsthal. También él fue adolescente durante la guerra, en sus años mozos escribió un poemario, *Hanazakari no mori* (El bosque en plena floración), y llegó a experimentar el desaliento de un escritor no suficientemente valorado al que la sociedad de masas de la posguerra impulsa a escribir *Una vida en venta*. En otras palabras, coherente con el espíritu de decadencia, la circunstancia de su propio desaliento le divierte y hace algo que va más allá de lo que asume la opinión pública, que es un mero pasatiempo de un gran escritor candidato al Nobel. Es como si dijera que el placer de arruinarse poco a poco, siendo el amante de una vampira y una burguesa extravagante, no sería tan deplorable, y, efectivamente, en la segunda mitad de la novela, cuyo marco temático es la prostitución masculina y el personaje se vende a las mujeres, incluso percibimos un toque de la literatura japonesa clásica, la de la era Heian, en contraste con la primera parte, cuyo marco temático es el de la prostitución masculina. Ahora bien, tal vez la comparación entre la brillantez del gran escritor y la oscuridad que supone ser el autor de una vulgar novela de aventuras ambientada en la realidad actual no equivalga a comparar la luz y la oscuridad, términos antitéticos, sino que es posible elegir uno u otro. El sentimiento de derrumbe y declive de la literatura decadente finisecular se contradice con el elogio de la habilidad para expresar acciones llenas de vitalidad que tiene la vulgar novela de aventuras que se produce en la misma época. Últimamente se suele considerar que el sentimiento de derrumbe y declive de la literatura decadente finisecular es el hermano gemelo, el reverso del elogio de la novela de aventuras.

Por ejemplo, existe la teoría de que la jungla del Tarzán de Burroughs y el bosque de la poesía simbolista se homogeneizan en el espíritu finisecular que es el reverso de la admiración tanto hacia la acción como hacia la impotencia de actuar. El personaje nihilista y el hombre de acción dan vueltas en el laberinto finisecular, como si estuvieran metidos de repente en un callejón de

impotencia por el que corren sin parar en pos de la aventura sintiéndose omnipotentes. Este personaje es distinto del escritor Yukio Mishima que, como Tarzán, está revestido de una armadura de músculos gracias al culturismo. Es posible que lo que acabo de decir le parezca más certero al lector de hoy que al que leyó el relato cuando se publicó por primera vez.

Por decirlo de una manera algo más vulgar, los japoneses de fines de la década de 1990 han perdido por completo la sensación de omnipotencia, debido al estallido de la burbuja económica, y probablemente han madurado lo suficiente para leer como es debido esta novela.

Ahora bien, antes he avanzado la hipótesis de que el modelo de Hanio era el Lord Chandos de Hoffmannsthal, pero ahora creo que sería más acertado decir que el modelo ha sido Oscar Wilde. Como es bien sabido, Wilde brilló en el firmamento literario británico a fines del siglo XIX, difundiendo aforismos y paradojas, y finalmente cayó desde la cima debido al escándalo de su relación con Lord Alfred Douglas. Escribió la confesión sincera de su alma, *De profundis*, en la prisión de Reading. También Yukio Mishima hizo gozar a los lectores difundiendo aforismos y paradojas en gran parte de su obra, y esta novela es un buen ejemplo de ello, pero se suicidó sin haber escrito una confesión como la de Wilde. Esto no es más que una opinión personal, pero tal vez una novela como *Una vida en venta*, a juzgar por cuyas características nadie esperaría que tuviera entre sus páginas la confesión del alma de su autor, podría contener secretamente su verdadero pensamiento.

La soledad desolada del protagonista en un hotelucho delante de la estación de Hanno, la inseguridad, como la de un perro callejero que huye por la ciudad de noche sin que tenga donde ir, el ansia de vivir, incluso de llevar una vida vulgar, a la que antes había renunciado, todo esto, más que de Hanio, es una clara confesión del novelista Mishima.

SUEHIRO TANEMURA
crítico literario

Título original: *Inochi Urimasu*

Edición en formato digital: 2018

Copyright © 1968, The Heirs of Yukio Mishima. All rights reserved

© de la traducción: Jordi Fibla Feito, 2018

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2018

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

alianzaeditorial@anaya.es

ISBN ebook: 978-84-9181-125-1

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

www.alianzaeditorial.es